



«Imprescindible...
Apasionante,
conmovedor, brillante.»
The Times

UN MONSTRUO VIENE AVERME

PATRICK NESS

A PARTIR DE UNA IDEA ORIGINAL DE
SIOBHAN DOWD

Lectulandia

El monstruo apareció justo después de la medianoche. Pero no era el que Conor había estado esperando, el de la pesadilla que ha estado soñando todas las noches desde que su madre comenzó con el tratamiento. El de la oscuridad y el viento y el grito... Ese monstruo del jardín es diferente. Antiguo, salvaje. Y quiere de Conor algo terrible y peligroso. Quiere la verdad.

Lectulandia

Patrick Ness

Un monstruo viene a verme

A partir de una idea original de Siobhan Dowd

ePub r1.3

OZN 15.10.14

Título original: *A monster calls*

Patrick Ness, 2011

Traducción: Carlos Jiménez Arribas

Retoque de cubierta: OZN

Editor digital: OZN

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Siobhan

Solo eres joven una vez en la vida, dicen, pero ¿no se alarga mucho en el tiempo? Más años de los que puedes soportar.

Hilary Mantel
An Experiment in Love

Nota de los autores

No llegué a conocer en persona a Siobhan Dowd. Solo la conozco como la conoceréis la mayoría de vosotros: a través de sus extraordinarios libros. Cuatro novelas para jóvenes llenas de fuerza, dos de ellas publicadas en vida, dos después de su temprana muerte. Si no las habéis leído, poned remedio a ese descuido inmediatamente.

Este habría sido su quinto libro. Tenía los personajes, una premisa y un inicio. Lo que no tenía, desgraciadamente, era tiempo.

Cuando me preguntaron si estaría dispuesto a convertir su trabajo en un libro, dudé. Lo que no quería —lo que no podía hacer— era escribir una novela imitando su voz. Eso habría sido hacerle un flaco favor a ella, al lector, y sobre todo a la historia. No creo que la buena escritura pueda funcionar así.

Pero lo que tienen las buenas ideas es que generan otras ideas. Casi antes de que pudiera evitarlo, las ideas de Siobhan me sugirieron otras nuevas, y empecé a sentir ese deseo que todo escritor ansía: el deseo de juntar palabras, el deseo de contar una historia.

Sentí —y siento— que me habían cedido un testigo, como si una escritora especialmente dotada me hubiera dado su historia y me hubiera dicho: «Adelante. Corre con ella. Métete en líos». Y eso fue lo que intenté hacer. A lo largo del camino tuve una única directriz: escribir un libro que a mi parecer a Siobhan le habría gustado. Ningún otro criterio importaba realmente.

Y ahora ha llegado el momento de pasarte el testigo. Las historias no terminan con los escritores, aun cuando sean muchos los que tomen la salida. Aquí tienes lo que se nos ocurrió a Siobhan y a mí. Así que, adelante. Corre con ello.

Métete en líos.

PATRICK NESS
Londres, febrero de 2011

Un monstruo viene a verme

El monstruo apareció pasadas las doce de la noche. Como hacen todos los monstruos.

Conor estaba despierto cuando el monstruo llegó.

Acababa de tener una pesadilla. Bueno, una pesadilla no. La pesadilla. La que tenía tantas veces últimamente. La de la oscuridad y el viento y los gritos. La pesadilla en la que unas manos se escapaban de las suyas por muy fuerte que las sujetara. La que acababa siempre con...

«Vete», susurraba Conor a la oscuridad de la habitación en el intento de que la pesadilla retrocediera, de que no lo siguiera al mundo del despertar. «Vete de una vez».

Miró el reloj que su madre había colocado en la mesilla. Las 00.07. Muy tarde si al día siguiente había que levantarse para ir al colegio, tarde sobre todo para un domingo por la noche.

No le había contado a nadie lo de la pesadilla. A su madre, por razones obvias, pero tampoco a su padre cuando hablaban por teléfono cada dos semanas (más o menos) y, por supuesto, tampoco a su abuela, ni a nadie del instituto. Eso por descontado.

Lo que sucedía en la pesadilla no tenía por qué saberlo nadie.

Conor miró adormilado su habitación y frunció el ceño. Algo se le estaba escapando. Se sentó en la cama, un poco más despierto. La pesadilla lo iba soltando, pero había algo que no podía precisar, algo diferente, algo...

Aguzó el oído intentando desentrañar el silencio, pero solo oyó los ruidos de la casa en calma; de vez en cuando el crujido de algún mueble en el desierto piso de abajo, o el roce de las mantas en la habitación de al lado, donde su madre dormía.

Nada.

Y luego algo. Aquello que lo había despertado.

Alguien decía su nombre.

Conor.

Sintió una oleada de pánico, se le encogieron las tripas. ¿Lo había seguido? ¿Había conseguido salir de la pesadilla y...? «No seas idiota —se dijo—. Eres mayor para creer en monstruos».

Y lo era. Había cumplido los trece el mes anterior. Los monstruos eran cosa de bebés. Los monstruos eran cosa de niños que se hacían pis en la cama. Los monstruos eran...

Conor.

Allí estaba otra vez. Conor tragó saliva. Era un octubre inusitadamente cálido y la

ventana estaba abierta. Tal vez el roce de las cortinas movidas por la brisa sonara igual que...

Conor.

Vale, no era el viento. Era una voz, pero no una voz conocida. No era la de su madre, eso seguro. No era para nada una voz de mujer, y por un instante se preguntó si su padre no habría hecho un viaje sorpresa desde Estados Unidos y habría llegado demasiado tarde para llamar por teléfono y...

Conor.

No. Su padre no. Esa voz tenía un sonido muy peculiar, un sonido monstruoso, salvaje e indómito.

Entonces oyó fuera un crujido, como si un ser gigantesco caminara por un suelo de madera.

No quería levantarse a mirar. Y, a la vez, una parte de él lo deseaba más que nada en el mundo.

Se zafó de las mantas, se levantó de la cama y fue hasta la ventana. A la pálida luz de la luna vio claramente la torre de la iglesia en la pequeña colina que había detrás de la casa, allí donde las vías del tren trazaban una curva, dos líneas metálicas que lanzaban un pálido resplandor en mitad de la noche. La luna también brillaba sobre el cementerio adosado a la iglesia, lleno de lápidas que apenas se podían leer.

Conor vio también el enorme tejo que crecía en el centro del cementerio, un árbol tan viejo que parecía hecho de la misma piedra que la iglesia. Sabía que era un tejo porque se lo había dicho su madre; primero de pequeño, para que no se comiera las bayas, que eran venenosas; y luego otra vez el año anterior, cuando ella miró por la ventana de la cocina con una expresión rara y le dijo: «Sabes que eso es un tejo, ¿verdad?».

Y entonces oyó de nuevo su nombre.

Conor.

Como si se lo dijeran muy bajito a los dos oídos a la vez.

—¿Qué? —dijo Conor, con el corazón dándole saltos en el pecho, impaciente de pronto por ver qué sucedía.

Una nube ocultó la luna, dejó el paisaje en tinieblas, y se oyó el susurro del viento que descendía a toda velocidad por la colina, se metía en su cuarto y mecía las cortinas. Sonó otra vez el crujido seco de la madera, como el gemido de un ser vivo, como el estómago hambriento del mundo pidiendo a gritos su comida.

Entonces pasó la nube, y volvió a brillar la luna.

Sobre el tejo.

Que ahora estaba plantado en medio de su jardín.

Y ahí estaba el monstruo.

Mientras Conor lo miraba, las ramas más altas del árbol se juntaron hasta tomar la

forma de una cara enorme y terrorífica, con un destello del que surgió una boca, una nariz y hasta unos ojos que lo miraban fijamente. Otras ramas se enredaron unas con otras, sin parar de crujir, sin parar de gemir hasta formar dos largos brazos y una segunda pierna apoyada junto al tronco principal. El resto del árbol fue uniéndose en torno a una espina dorsal, después en un torso, y las hojas, finas como agujas, trenzaron una piel peluda y verde que se movía y respiraba como si debajo hubiera músculos y pulmones.

Más alto ya que la ventana, el monstruo crecía a lo ancho e iba dando forma a una figura imponente, la figura de algo que parecía fuerte, que parecía poderoso. Miraba fijamente a Conor, que oía el rugido huracanado de la respiración que salía por su boca. El monstruo apoyó las gigantescas manos a ambos lados de la ventana, agachó la cabeza hasta que sus enormes ojos ocuparon todo el marco, y clavó en Conor una mirada fulminante. La casa gimió quedamente bajo el peso del monstruo.

Y entonces el monstruo habló.

—Conor O’Malley —dijo, y una ráfaga enorme de aquella cálida respiración que olía a hojas descompuestas entró por la ventana de Conor echándole el pelo hacia atrás.

La voz del monstruo retumbaba, sonaba alta y baja a la vez, con una vibración tan honda que Conor la sentía dentro del pecho.

—Vengo a por ti, Conor O’Malley. —El monstruo se apretó contra la casa y cayeron cuadros, libros, aparatos electrónicos y un viejo rinoceronte de peluche.

«Un monstruo», pensó Conor. Un monstruo tan real como la vida misma. En la vida real, despierto. No en un sueño, sino allí, en su ventana.

Que venía a por él.

Pero no salió corriendo.

De hecho, ni siquiera estaba asustado.

Lo que sentía, lo que había sentido desde que apareció el monstruo, era una desilusión cada vez mayor.

No era el monstruo que él esperaba.

—Pues vale, ven a por mí.

Hubo un extraño silencio.

—¿Qué has dicho? —preguntó el monstruo.

Conor se cruzó de brazos.

—He dicho que vale, que vengas a por mí.

El monstruo se quedó parado unos instantes, luego soltó un bramido y empezó a darle puñetazos a la casa. El tejado se combó y aparecieron grandes grietas en las paredes. El aire resonaba con los bramidos enfurecidos del monstruo.

—Grita todo lo que quieras —dijo Conor encogiéndose de hombros—, he visto

cosas peores.

El monstruo rugió todavía con más fuerza y metió el brazo por la ventana, destrozando los cristales, el marco de madera y los ladrillos. Una rama enorme y nudosa agarró a Conor por la cintura, lo sacó de su habitación y lo sostuvo contra el cerco de la luna; apretaba con tal fuerza que casi no podía respirar. Conor vio los dientes aserrados de madera dura y rugosa en la boca del monstruo, y sintió que un aliento cálido llegaba hasta él.

—No tienes miedo, ¿eh?

—No —dijo Conor—. Por lo menos, no de ti.

El monstruo entrecerró los ojos.

—Ya lo tendrás —dijo—. Antes del final.

Y lo último que recordó Conor fue el rugido del monstruo cuando abrió la boca para comérselo vivo.

El desayuno

—¿Mamá? —dijo Conor entrando en la cocina.

Sabía que no estaría allí, no se oía el agua hirviendo en la tetera, y eso era lo primero que hacía su madre, pero últimamente Conor la llamaba cuando entraba en cualquier habitación de la casa. Tal vez se había quedado dormida en algún sitio sin pretenderlo, y él no quería asustarla.

Pero su madre no estaba en la cocina. Posiblemente seguía en la cama. Lo que implicaba que Conor tendría que prepararse el desayuno, algo a lo que se había acostumbrado últimamente. Bien. Mejor que bien, de hecho, sobre todo esa mañana.

Abrió el cubo de la basura y metió bien la bolsa de plástico que llevaba y la cubrió con más basura.

—Ya está —dijo hablando con nadie, y respiró hondo unos instantes. Luego asintió con la cabeza y dijo—: El desayuno.

El pan en la tostadora, los cereales en un bol, el zumo en un vaso, y ya sentado a la pequeña mesa de la cocina. Su madre se compraba el pan y los cereales en un herbolario del centro, y Conor, afortunadamente, no tenía que compartirlos con ella. Eran de un sabor tan triste como el aspecto que tenían.

Miró el reloj. Quedaban veinticinco minutos. Ya llevaba puesto el uniforme del colegio, la mochila con todo lo necesario para el día lo esperaba junto a la puerta. Se lo había preparado todo él solo.

Se había sentado de espaldas a la ventana de la cocina, la que estaba encima del fregadero, con vistas al pequeño jardín de la parte de atrás de la casa, a las vías del tren y, más arriba, a la iglesia con su cementerio.

Y su tejo.

Conor tomó otra cucharada de cereales. El sonido que hacía al masticar era lo único que se oía en la casa.

Había sido un sueño. ¿Qué otra cosa podía haber sido?

Esa mañana al abrir los ojos, lo primero que hizo fue mirar la ventana. Todavía seguía allí, por supuesto, sin daño alguno, sin ningún boquete. Pues claro que seguía allí. Solo un bebé pensaría que había sucedido de verdad. Solo un bebé creería que un árbol, ¡en serio, un árbol!, había bajado andando desde la colina y había atacado la casa.

Después de un poco, por lo absurdo que era, se había levantado de la cama.

Y había sentido un crujido bajo los pies.

Todo el suelo de su habitación estaba cubierto de hojas de tejo, cortas y picudas.

Se llevó a la boca otra cucharada de cereales sin mirar bajo ningún concepto el

cubo de la basura, donde había metido la bolsa de plástico llena de hojas que había barrido esa mañana nada más levantarse.

Había sido una noche ventosa. Estaba claro que se habían metido con el viento por la ventana abierta.

Estaba claro.

Se acabó los cereales y las tostadas, se bebió lo que quedaba del zumo, luego enjuagó los platos y los metió en el lavavajillas. Todavía le quedaban veinte minutos. Decidió sacar la basura, así corría menos riesgos, y llevó la bolsa al contenedor con ruedas que había frente a la casa. Como le pillaba de paso, recogió lo que había para reciclar y lo sacó también. Luego puso una lavadora con las sábanas que había tendido en la cuerda cuando volvió del colegio.

Entró otra vez en la cocina y miró el reloj.

Todavía quedaban diez minutos.

Seguía sin haber señales de...

—¿Conor? —oyó que decían en el piso de arriba.

Soltó todo el aire que, sin darse cuenta, había retenido en los pulmones.

—¿Ya has desayunado? —le preguntó su madre, apoyada contra el quicio de la puerta de la cocina.

—Sí, mamá —dijo Conor, mochila en mano.

—¿De verdad?

—Que sí, mamá.

Ella lo miró no muy convencida. Conor entornó los ojos.

—Tostadas y cereales y zumo —dijo—. He metido los platos en el lavavajillas.

—Y has sacado la basura —dijo su madre en voz baja al ver lo ordenada que había dejado la cocina.

—También he puesto una lavadora —dijo Conor.

—Eres un buen chico —dijo ella y, aunque le sonreía, había tristeza en su voz—.

Siento no haberme levantado.

—No pasa nada.

—Es que este nuevo ciclo de...

—No pasa nada —dijo Conor.

Su madre se quedó callada, pero le seguía sonriendo. Todavía no se había atado el pañuelo, y el cráneo pelado parecía demasiado blando, demasiado frágil con la luz de la mañana, como el de un bebé. A Conor le dolía el estómago solo de verlo.

—¿Fuiste tú el que hizo ruido anoche? —preguntó su madre.

Conor se quedó helado.

—¿Cuándo?

—Tuvo que ser poco después de medianoche —dijo ella, arrastrando los pies al ir

a encender la tetera—. Pensé que estaba soñando pero juraría que oí tu voz.

—Seguramente hablaba en sueños.

—Seguramente —dijo su madre con un bostezo. Tomó una taza de la repisa que había al lado de la nevera—. Se me olvidó decirte que tu abuela viene mañana —añadió susurrando.

—Jo, mamá. —Conor hundió los hombros.

—Ya lo sé, pero así no tendrás que hacerte el desayuno cada mañana.

—¿Cada mañana? ¿Cuánto tiempo se va a quedar?

—Conor...

—No la necesitamos...

—Sabes cómo me pongo con el tratamiento.

—Hasta ahora estábamos bien...

—¡Conor! —zanjó su madre, con un tono tan duro que los dos se sorprendieron. Tras un largo silencio, ella volvió a sonreír; parecía muy, muy cansada—. Intentaré que sea el menor tiempo posible, ¿vale? Sé que no te gusta dejarle tu cuarto, y lo siento. No le habría pedido que viniera si no hiciera falta, ¿de acuerdo?

Conor tendría que dormir en el sofá. Sin embargo, ese no era el problema. No le gustaba cómo le hablaba su abuela, igual que si fuera un empleado suyo que estuviera a prueba. Una prueba que por supuesto no superaría. Además, su madre y él siempre se las habían apañado los dos solos: por muy mal que se sintiera su madre con el tratamiento, era el precio que pagaba para ponerse buena...

—Solo serán un par de noches —dijo su madre, como si le hubiera leído el pensamiento—. No te preocupes, ¿vale?

Conor pellizcó la cremallera de la mochila e intentó pensar en otras cosas. Y entonces se acordó de la bolsa llena de hojas que había metido en el cubo de la basura. Quizá que su abuela ocupara su cuarto no era lo peor que podía pasar.

—Esa es la sonrisa que a mí me gusta —dijo su madre; cogió la tetera cuando el agua estuvo caliente y dijo con una mueca fingida de horror—: Me va a traer sus pelucas viejas, ¿te lo puedes creer? —Se pasó la otra mano por la cabeza pelada—. Voy a parecer el zombi de Margaret Thatcher.

—Se me hace tarde —dijo Conor mirando el reloj.

—Vale, cariño —dijo ella, y fue tambaleándose hasta donde él estaba para besarlo en la frente—. Eres muy bueno —dijo de nuevo—. Ojalá no tuvieras que ser tan bueno.

Cuando Conor se disponía a salir, vio que su madre se llevaba la taza de té hacia la ventana de la cocina que quedaba encima del fregadero y, al abrir la puerta de la calle, oyó que decía «Ahí está ese viejo tejo», como si estuviera hablando sola.

El colegio

Cuando se levantó, notó el sabor de la sangre. Se había mordido el labio por dentro al golpearse contra el suelo, y una vez de pie se concentró en ese sabor extraño y metálico que te daba ganas de escupir nada más sentirlo, como si hubieras comido algo que no era comida ni nada que se le pareciera.

Pero en vez de escupirlo se lo tragó. A Harry y a sus compinches les habría encantado saber que Conor estaba sangrando. Podía oír a Anton y a Sully riéndose detrás de él, y sabía exactamente la expresión que Harry tendría en la cara aunque no pudiera vérsela. Hasta podía adivinar lo que iba a decir a continuación con su voz tranquila y divertida, como imitando la de esos adultos que es mejor no encontrarse nunca por la calle.

—Ten cuidado con esos escalones —dijo Harry—, no te vayas a caer.

Justo, eso mismo.

No siempre había sido así.

Harry era el Rubito de Oro, el mimado de los profesores curso tras curso en el colegio. El primero en levantar la mano, el jugador más rápido en el campo de fútbol, pero aparte de eso, era un niño más en la clase de Conor. No habían llegado a ser lo que se dice amigos (Harry en realidad no tenía amigos, solo seguidores; Anton y Sully se limitaban a estar siempre detrás de él y a reírle todas las gracias), pero tampoco habían sido enemigos. Si le hubieran dicho que Harry sabía cómo se llamaba no se lo habría creído.

Pero en el último año algo había cambiado. Harry empezó a fijarse en Conor, lo buscaba con la mirada, lo observaba con divertida indiferencia.

Este cambio no se produjo cuando empezó todo con la madre de Conor. No, llegó más tarde, cuando empezó a tener la pesadilla, la pesadilla de verdad, no el tonto del árbol, la pesadilla de los gritos y la caída, la pesadilla que nunca le contaría a ningún bicho viviente. Cuando Conor empezó a tener esa pesadilla, Harry se fijó en él, como si le hubieran puesto una señal secreta que solo él pudiera ver.

Una señal que atraía a Harry igual que un imán atrae el hierro.

El primer día del nuevo curso, Harry le puso la zancadilla en el patio del colegio, y él se cayó al suelo.

Así había empezado.

Y así había seguido.

Conor continuó dándoles la espalda mientras Anton y Sully se reían. Se pasó la

lengua por dentro del labio para ver si el corte era muy profundo. Nada serio. Saldría vivo de esa si conseguía llegar a su clase sin que pasara nada más.

Pero entonces pasó algo más.

—¡Dejadlo en paz! —oyó Conor, y se estremeció al oírlo.

Se dio la vuelta y vio la cara enfurecida de Lily Andrews a escasos centímetros de la de Harry, lo que solo consiguió que Anton y Sully se rieran todavía más fuerte.

—Tu caniche ha venido a salvarte —dijo Anton.

—Solo intento que sea una lucha justa —dijo Lily enfurruñada; por mucho que se recogiera el pelo, los rizos le quedaban tan tiesos como los de un caniche.

—Estás sangrando, O’Malley —dijo Harry tranquilamente, sin hacer caso de Lily.

Conor se llevó la mano a la boca demasiado tarde para retener un poco de sangre que le salía por las comisuras.

—¡Su madre la calva tendrá que darle un besito ahí para que se le cure! —dijo Sully con un cacareo.

A Conor se le contrajo el estómago como si tuviera dentro una bola de fuego, un sol en miniatura que le quemara las entrañas, pero antes de que tuviera tiempo de reaccionar, Lily se le adelantó. Con un grito de indignación empujó contra el seto a un sorprendido Sully, que perdió el equilibrio y cayó al suelo.

—¡Lillian Andrews! —La voz fatídica venía del patio.

Se quedaron quietos. Hasta Sully, que intentaba levantarse. La señorita Kwan, su tutora, se acercaba hecha un basilisco, con el ceño más fruncido y temible que le habían visto nunca grabado como una cicatriz en la cara.

—Han empezado ellos, señora —dijo Lily ya a la defensiva.

—No me cuentes historias —repuso la señorita Kwan—. ¿Estás bien, Sullivan?

Sully le echó una mirada a Lily, luego puso cara de dolor.

—No sé, señora. A lo mejor tengo que irme a casa.

—No te pases de listo —dijo la señorita Kwan—. Lillian, a mi despacho ahora mismo.

—Pero, señorita, se estaban...

—Ahora mismo, Lillian.

—¡Se estaban riendo de la madre de Conor!

Se quedaron todos petrificados; el sol ardiente que Conor tenía en el estómago subió de temperatura, a punto de devorarlo vivo (y le vino a la mente un recuerdo repentino de la pesadilla, del rugido del viento, de la oscuridad que ardía). Se lo quitó de la cabeza.

—¿Es verdad eso, Conor? —preguntó la señorita Kwan con una cara tan seria como un sermón.

La sangre que Conor tenía en la lengua le daba arcadas. Miró a Harry y a sus compinches. Anton y Sully parecían preocupados, pero Harry lo miraba sereno, sin

inmutarse, como si sintiera verdadera curiosidad por oír lo que Conor iba a decir.

—No, señorita, no es verdad —dijo Conor tragándose la sangre—. Me caí. Ellos estaban ayudándome a levantarme.

A Lily le cambió la cara en el acto, llena de sorpresa y dolor. Se le quedó la boca abierta, pero no emitió ningún sonido.

—Todos a vuestras clases —dijo la señorita Kwan—. Todos menos tú, Lillian.

Lily seguía mirando a Conor mientras la señorita Kwan se la llevaba del brazo, pero Conor apartó la mirada.

Y se topó con la de Harry, que le tendía la mochila.

—Bien hecho —dijo Harry.

Conor agarró la mochila con un gesto brusco y entró en clase.

Escribir la vida

«Historias», pensó Conor con un escalofrío mientras caminaba hacia su casa.

El colegio había acabado y él había conseguido escaparse. Había evitado a Harry y a los otros durante el resto del día, aunque posiblemente no habían querido provocarle otro «accidente» tan poco tiempo después de que casi los pillara la señorita Kwan. También había evitado a Lily, quien volvió a clase con los ojos rojos e hinchados y cara de enfadada. Cuando sonó el timbre del final de las clases, Conor salió corriendo; sentía que se le caía de los hombros el peso del colegio y de Harry y de Lily con cada calle que lo alejaba de allí.

«Historias», pensó otra vez. «Vuestras historias —había dicho la señorita Marl—. No penséis que no habéis vivido lo bastante como para no tener una historia que contar».

«Escribir la vida», lo había llamado; un trabajo sobre ellos mismos. Su árbol genealógico, dónde habían vivido, los viajes en vacaciones y los recuerdos felices.

Cosas importantes que hubieran pasado.

Conor se cambió la mochila de hombro. Se le ocurrían un par de cosas importantes que habían pasado. Nada que quisiera escribir, sin embargo. Cuando se fue su padre. Cuando el gato salió un día de casa para no regresar nunca más.

La tarde que su madre le dijo que debían tener «una pequeña charla». Arrugó el gesto y siguió caminando.

Pero también se acordaba del día anterior a ese. Su madre lo llevó a su restaurante indio favorito y le dejó pedir todo el vindaloo que quiso. Luego ella se echó a reír y dijo: «¿Y por qué no, maldita sea?», y pidió más de lo mismo para ella. Empezaron a tirarse pedos ya antes de llegar al coche. Y de camino a casa, apenas si podían hablar de tanto reírse y tirarse pedos.

Conor sonrió. Porque aquello no fue un simple regreso a casa. Fue un viaje sorpresa al cine, en un día de colegio, para ver una película que Conor ya había visto cuatro veces pero que sabía que su madre no soportaba. Y sin embargo allí estaban los dos, viéndola otra vez hasta el final, riéndose todavía ellos solos, comiendo palomitas y bebiendo Coca-Cola.

Conor no era tonto. Cuando tuvieron la «pequeña charla» al día siguiente, supo lo que su madre había hecho y por qué lo había hecho. Sin embargo, eso no le restaba nada a lo bien que se lo habían pasado la noche anterior. A lo mucho que se habían reído. Al hecho de que todo les había parecido posible. A todo lo bueno que podría perfectamente haberles sucedido allí mismo y en aquel mismo instante y a lo poco que eso les habría sorprendido.

Pero tampoco pensaba escribir sobre eso.

—¡Oye! —Una voz que lo llamaba por detrás le hizo soltar un gruñido—. ¡Oye,

Conor, espera!

Lily.

—¡Oye! —Lo alcanzó y se plantó delante de él para que tuviera que pararse si no quería arrollarla. Lily jadeaba, pero se le veía en la cara que seguía furiosa—. ¿Por qué me has hecho eso?

—Déjame en paz. —Conor se abrió camino de un empujón.

—¿Por qué no le contaste a la señorita Kwan lo que había pasado de verdad? —insistió Lily, siguiéndolo—. ¿Por qué dejaste que me metiera en problemas?

—¿Por qué te metiste si no era asunto tuyo?

—Intentaba ayudarte.

—No necesito tu ayuda. Me las estaba arreglando solo.

—¡No es cierto! —dijo Lily—. Te habías hecho sangre.

—¡No es asunto tuyo! —Conor siguió caminando.

—Estoy castigada toda la semana —se quejó Lily—. Y van a mandar una nota a mis padres.

—No es mi problema.

—Pero tú tienes la culpa.

Conor se paró de pronto y se volvió hacia ella. Tenía tal expresión de enfado que la chica se echó para atrás, sorprendida, casi como si tuviera miedo.

—La culpa es tuya —dijo—. Tuya y solo tuya.

Conor salió disparado calle abajo.

—¡Antes éramos amigos! —gritó Lily detrás de él.

—Antes —dijo Conor sin darse la vuelta.

Conocía a Lily de toda la vida. O desde que tenía memoria, lo cual venía a ser lo mismo.

Sus madres ya eran amigas antes de que ellos nacieran, y Lily era como una hermana que vivía en otra casa, sobre todo cuando una madre o la otra hacían de canguro. Pero habían sido solo amigos, nada de ese rollo romántico con el que a veces se burlaban de ellos en el colegio. En cierto sentido, a Conor le costaba mirar a Lily como a una chica, o por lo menos como a las otras chicas del colegio. ¿Cómo iba a mirarla así si los dos habían hecho de ovejitas en el mismo belén cuando tenían cinco años? ¿Si sabía que no paraba de meterse el dedo en la nariz? ¿Si ella sabía hasta cuándo tuvo la luz de la habitación encendida después de que su padre se fuera de casa? Solo había sido una amistad, algo de lo más normal.

Pero entonces sucedió lo de la «pequeña charla» con su madre, y lo que pasó después fue muy sencillo y muy repentino.

No lo sabía nadie.

Luego lo supo la madre de Lily, como era natural.

Luego lo supo Lily.

Y luego lo supo todo el mundo. Todo el mundo. Lo cual cambió las cosas de la noche a la mañana.

Y Conor jamás se lo perdonaría.

Una calle más y luego otra y allí estaba su casa, pequeña pero sin vecinos a los lados. Era lo único en lo que su madre había insistido cuando el divorcio, en que la casa era de ellos dos, libre de cargas, y que no tendrían que mudarse cuando su padre se fuera a Estados Unidos con Stephanie, la que era ahora su mujer. Eso fue hace seis años, tanto tiempo que Conor ya no se acordaba de lo que era tener a un padre en casa.

Lo que no quería decir que no pensara en ello.

Miró la colina detrás de la casa, el campanario de la iglesia se recortaba contra el cielo nublado. Y el tejo se cernía sobre el cementerio como un gigante dormido. Conor se obligó a seguir mirándolo, convenciéndose de que solo era un árbol, un árbol como otro cualquiera de los que jalonaban las vías del tren. Un árbol. No era más que eso. Siempre había sido eso. Un árbol.

Un árbol que, mientras Conor lo miraba, levantó su cara gigantesca y lo miró a plena luz del sol, con los brazos extendidos y la voz que decía: *Conor...*

Conor dio un salto y casi se cayó de la acera; tuvo que agarrarse al capó de un coche que estaba aparcado.

Tres historias

Aquella noche estaba en la cama, completamente despierto, mirando el reloj en la mesilla.

Había sido la tarde más lenta que uno pudiera imaginar. Preparar una lasaña que había descongelado dejó tan agotada a su madre que se durmió a los cinco minutos de que empezara *East Enders*. Conor odiaba esa serie, pero se la grabó, luego le echó un edredón por encima y se fue a lavar los platos.

El móvil de su madre había sonado una vez sin despertarla. Conor vio que era la madre de Lily quien llamaba y dejó que saltara el buzón de voz. Hizo los deberes en la mesa de la cocina, pero no hizo la redacción de «Escribir la vida» que había mandado la señorita Marl. Luego estuvo jugando en internet en su cuarto, se lavó los dientes y se acostó. Acababa de apagar la luz cuando su madre entró completamente adormilada y pidiendo perdón, para darle un beso de buenas noches.

Pocos minutos después la oyó vomitar en el baño.

—¿Te ayudo? —le preguntó Conor desde la cama.

—No, cariño —dijo ella con voz muy débil—. A estas alturas ya me he acostumbrado.

Eso era lo malo. Conor también se había acostumbrado. Los peores días eran siempre el segundo y el tercero después del tratamiento, los días en los que estaba más cansada, cuando vomitaba más. Se había convertido ya en algo casi normal.

Los vómitos pararon pasados unos minutos. Oyó que su madre apagaba la luz del baño y cerraba la puerta de su cuarto.

Eso había sido hacia dos horas. Llevaba despierto desde entonces, esperando.

Pero ¿esperando qué?

El reloj de la mesilla marcó las 00.05. Luego las 00.06. Miró la ventana de su cuarto, cerrada a cal y canto aunque la noche todavía era cálida. El reloj dio las 00.07.

Se levantó, fue hasta la ventana y miró fuera.

El monstruo estaba en su jardín, mirándolo fijamente.

—Ábreme —dijo el monstruo; su voz sonó clara, como si la ventana no mediara entre los dos—. Quiero hablar contigo.

—Sí, claro —dijo Conor sin levantar la voz—. Eso es lo que siempre quieren los monstruos. Hablar.

El monstruo sonrió. Daba pánico verlo.

—Si tengo que destrozar la ventana, lo haré encantado.

Levantó un puño de madera lleno de nudos con la intención de atravesar la pared de la habitación.

—¡No! —gritó Conor—. No quiero que despiertes a mi madre.

—Entonces sal —dijo el monstruo y, aun estando dentro de su habitación, a Conor se le llenó la nariz de un olor húmedo a tierra y a madera y a savia.

—¿Qué quieres de mí?

—No es lo que yo quiera de ti, Conor O’Malley. —El monstruo pegó la cara a la ventana—. Es lo que tú quieras de mí.

—Yo no quiero nada de ti —replicó Conor.

—Todavía no —dijo el monstruo—. Pero ya lo querrás.

«Es solo un sueño», se dijo Conor, en el jardín trasero de su casa, mirando hacia arriba la silueta del monstruo recortada contra la luna. No se acababa de creer que hubiera bajado la escalera de puntillas, hubiera abierto la puerta de atrás y hubiera salido.

Seguía sintiéndose tranquilo. Lo cual era extraño. Esa pesadilla (porque seguro que era una pesadilla, por descontado que lo era) era tan distinta a la otra...

Para empezar no había terror, ni pánico, ni oscuridad.

Y sin embargo allí estaba el monstruo, tan claro como la noche más clara, diez o quince metros por encima de él, respirando pesadamente en el aire de la noche.

—Es solo un sueño —dijo otra vez.

—Pero ¿qué es un sueño, Conor O’Malley? —El monstruo bajó la cabeza hasta la cara de Conor—. ¿Quién dice que no es todo *lo demás* lo que es un sueño?

Cada vez que el monstruo se movía, Conor oía el crujido de la madera, como un quejido de su cuerpo gigantesco. Veía la fuerza de sus brazos, enormes cordadas de ramas que se retorcían dando forma a los músculos del árbol, unidos al enorme tronco que era el pecho, todo coronado por una cabeza y unos dientes que podría hacerlo trizas de un mordisco.

—¿Qué eres? —preguntó Conor abrazándose el cuerpo con fuerza.

—No soy un «qué» —refunfuñó el monstruo—. Soy un «quién».

—¿Quién eres entonces?

El monstruo abrió mucho los ojos.

—¿Que quién soy? —dijo, y luego gritó—. *¿Que quién soy?*

Parecía que el monstruo seguía creciendo, cada vez era más alto y más ancho. Un viento súbito los rodeó, y el monstruo abrió los brazos tanto que parecía que le llegaban a horizontes opuestos, tanto que parecían lo bastante grandes como para abarcar el mundo.

—¡He tenido tantos nombres como años tiene el tiempo! —dijo con un rugido—. ¡Soy Herne el Cazador! ¡Soy Cernunnos! ¡Soy el eterno Hombre Verde!

El monstruo bajó uno de los brazos, atrapó a Conor y lo elevó en el aire; el viento se arremolinó en torno a ellos haciendo que las hojas que formaban la piel del

monstruo se agitaran airadamente.

—¿Que quién soy? —rugió de nuevo—. ¡Soy la espina dorsal que sostiene las montañas! ¡Soy las lágrimas que lloran los ríos! ¡Soy los pulmones que respiran el viento! ¡Soy el lobo que mata al gran ciervo, el gavilán que mata al ratón, la araña que mata a la mosca! ¡Soy el gran ciervo, el ratón, la mosca que son comidos! ¡Soy la serpiente del mundo que se devora la cola! ¡Soy todo lo que no está domesticado y no se puede domesticar! —Acercó a Conor uno de sus ojos—. Soy esta tierra salvaje, y he venido a por ti, Conor O’Malley.

—Pareces un árbol.

El monstruo lo apretó hasta que Conor empezó a gritar.

—No echo a andar todos los días, muchacho, solo cuando es cuestión de vida o muerte. Y espero que se me escuche.

El monstruo aflojó la presión y Conor pudo respirar de nuevo.

—Vale, ¿y qué quieres de mí?

El monstruo esbozó una sonrisa diabólica. El viento se aplacó y sucedió la calma.

—Por fin —dijo—. La razón por la que he echado a andar.

Conor se puso tenso, de pronto tenía miedo.

—Esto es lo que pasará, Conor O’Malley —continuó el monstruo—: Vendré a ti de nuevo otras noches y... —Conor sintió que se le encogía el estómago, como si se estuviera preparando para recibir un golpe— te contaré tres historias. Tres historias de otras veces en las que tuve que echar a andar.

Conor pestañeó. Luego volvió a pestañear.

—¿Me vas a contar historias?

—Así es —dijo el monstruo.

—Bueno... —Conor miró a un lado y a otro sin dar crédito—. ¿Y qué clase de pesadilla es esa?

—Las historias son lo más salvaje de todo —tronó la voz del monstruo—. Las historias persiguen y muerden y cazan.

—Eso dicen siempre los profesores —dijo Conor—. Y tampoco los cree nadie.

—Y cuando yo haya terminado mis tres historias —continuó el monstruo, como si Conor no hubiera hablado—, tú me contarás a mí una cuarta.

Conor se revolvió en la mano del monstruo.

—No se me dan bien las historias.

—Tú me contarás a mí una cuarta —repitió el monstruo—, y será la verdad.

—¿La verdad?

—No una verdad cualquiera. Tu verdad.

—Vale —dijo Conor—, pero dijiste que antes del final pasaría miedo, y eso no da nada de miedo.

—Sabes que no es cierto —dijo el monstruo—. Sabes que tu verdad, esa verdad que escondes, Conor O’Malley, es lo que más miedo te da en el mundo.

Conor dejó de revolverse. No se referiría a... No podía ser que se estuviera refiriendo a... No podía ser que supiera eso.

No. ¡No! No le contaría nunca a nadie lo que pasaba en la pesadilla de verdad. Ni en un millón de años.

—Me la contarás —dijo el monstruo—. Pues esa es la razón por la que me has llamado.

Conor se sintió todavía más confundido.

—¿Que yo te he llamado? Yo no te llamé...

—Me contarás la cuarta historia. Me contarás la verdad.

—Y si no te la cuento ¿qué? —dijo Conor.

El monstruo volvió a esbozar su sonrisa diabólica.

—Entonces te comeré vivo. —Y abrió la boca hasta lo indescriptible, tanto que podría comerse el mundo entero, tanto que podría hacer que Conor desapareciera para siempre...

Conor se sentó en la cama y dio un grito.

Su cama. Estaba otra vez ahí. Era un sueño, claro. Por supuesto que era un sueño. Otra vez. Suspiró enfadado y se frotó los ojos. ¿Cómo iba a descansar con sueños tan agotadores?

Iría a por un vaso de agua, pensó mientras retiraba las mantas. Se levantaría y empezaría esa noche desde el principio, olvidándose de ese sueño que no tenía ni pies ni cabe... Algo crujío bajo sus pies.

Encendió la lámpara. El suelo estaba lleno de bayas de tejo, rojas y venenosas. Y la ventana estaba cerrada a cal y canto.

La abuela

—¿Estás siendo bueno con mamá?

La abuela le pellizcó las mejillas con tanta fuerza que Conor habría jurado que le había hecho sangre.

—Se está portando muy bien —dijo la madre de Conor; llevaba su pañuelo favorito atado alrededor de la cabeza—. Así que no hace falta que le hagas daño.

—Bobadas —dijo la abuela dándole dos cachetes juguetones que le dolieron bastante—. ¿Por qué no vas y pones la tetera a hervir para mí y para mamá? —Tal como lo dijo no parecía una pregunta.

Mientras Conor salía de la habitación con gesto de alivio, su abuela se puso en jarras y miró a su madre.

—Y ahora, querida —la oyó decir Conor cuando entraba en la cocina—, ¿qué vamos a hacer contigo?

Su abuela no era como otras abuelas. Él había visto a la abuela de Lily muchas veces, y era como se supone que tenían que ser todas las abuelas: llena de arrugas y siempre sonriente, con el pelo blanco y todo lo demás. Cuando cocinaba ponía a cada uno, como guarnición, sus tres clases de verduras cocidas durante una eternidad, y en Navidad le daba la risa tonta con una copita de jerez y una corona de papel en la cabeza.

La abuela de Conor llevaba pantalones, se teñía el pelo y decía cosas sin sentido como «Los sesenta de ahora son los cincuenta de antes» o «A los coches clásicos hay que darles la cera más cara». A saber lo que significaba eso... Mandaba las felicitaciones de cumpleaños por correo electrónico, discutía con los camareros por el vino y todavía trabajaba. Su casa estaba llena de antigüallas que valían una fortuna y que no te dejaba tocar, como un reloj al que ni la señora de la limpieza podía quitarle el polvo. Y esa era otra. ¿Cuántas abuelas tenían señora de la limpieza?

—Con doble de azúcar y sin leche —dijo desde el salón mientras Conor preparaba el té. Como si no lo supiera después de las miles de veces que había ido a visitarlos.

—Gracias, muchachito —dijo su abuela cuando Conor entró con el té.

—Gracias, cariño —dijo su madre con una sonrisa que la abuela no vio, como invitándolo a que se uniera a ella contra su madre. Conor no pudo evitar sonreír un poco.

—¿Y qué tal hoy en el colegio, jovencito?

—Bien —respondió Conor.

La verdad era que no había ido bien. Lily estaba todavía que echaba humo; Harry le había metido en la mochila un rotulador gordo sin capuchón, y la señorita Kwan lo había llevado aparte para preguntarle, muy seria, «cómo lo estaba llevando».

—¿Sabes? —Su abuela dejó la taza de té sobre la mesa—. A apenas unos cientos de metros de mi casa hay un colegio privado para chicos fabuloso. Me he estado informando, y el nivel académico es bastante alto, mucho más que en el instituto, eso seguro.

Conor la miró fijamente. Esa era la otra razón por la que no le gustaban las visitas de su abuela. Lo que acababa de decir era lo que diría un esnob sobre el colegio del barrio.

O podía ser algo más. Podría ser una insinuación sobre un futuro posible. Un posible después.

Conor sintió que la rabia le subía por la boca del estómago...

—Está feliz donde está, mamá —dijo enseguida su madre—. ¿A que sí, Conor?

Conor apretó los dientes y respondió:

—Estoy bien donde estoy.

La cena fue comida china para llevar. La abuela de Conor no era muy de cocinar. Eso era cierto. Siempre que Conor se quedaba con ella, en la nevera había poca cosa aparte de un huevo y medio aguacate. Su madre estaba todavía demasiado cansada para ponerse a cocinar y, aunque Conor podía haber preparado algo, a su abuela ni se le pasó por la cabeza esa posibilidad.

Le habían dejado recoger, eso sí, y estaba metiendo los envoltorios de papel de plata encima de la bolsa con las bayas venenosas que había escondido en el cubo de la basura cuando su abuela entró en la cocina.

—Tú y yo tenemos que hablar, muchachito.

—Tengo nombre, ¿sabes? Y no es «muchachito».

—No seas descarado —dijo su abuela. Seguía allí de pie, con los brazos cruzados. La miró unos instantes. Ella le devolvió la mirada. Luego chasqueó la lengua—. No soy tu enemiga, Conor. Estoy aquí para ayudar a tu madre.

—Sé por qué estás aquí —dijo él, y tomó un paño para limpiar una encimera que ya estaba limpia de sobra.

Su abuela dio un paso adelante y le quitó el paño.

—Estoy aquí porque los chicos de trece años no deberían ponerse a limpiar la cocina sin que se lo manden.

—¿Ibas a hacerlo tú si no?

—Conor...

—Vete de aquí —dijo Conor—. No nos haces ninguna falta.

—Conor —dijo ella con mayor firmeza—, tenemos que hablar de lo que va a pasar.

—No tenemos que hablar de nada. Siempre empeora después del tratamiento. Mañana estará mejor. —Le lanzó una mirada desafiante—. Y entonces podrás irte a tu casa.

Su abuela miró al techo y soltó un suspiro. Luego se frotó la cara con las manos, y Conor se sorprendió al ver que estaba enfadada, pero enfadada de verdad. Aunque quizá no con él.

Sacó otro paño y empezó a pasarlo de nuevo por la encimera, para no tener que mirarla. Pasó el paño por toda la superficie hasta llegar al fregadero y miró sin darse cuenta por la ventana.

El monstruo estaba en el jardín de la parte de atrás de la casa, tan grande como el sol que ya se ponía. Miraba a Conor.

—Mañana parecerá que está mejor —dijo su abuela, con voz más ronca—, pero no lo estará, Conor.

Ahí no tenía razón. Conor se dio la vuelta y volvió a mirarla.

—El tratamiento hace que se ponga buena. Por eso va.

Su abuela se limitó a mirarlo fijamente unos instantes, como si tuviera que tomar una decisión.

—Tienes que hablar de esto con ella, Conor —dijo por fin. Luego, como si hablara consigo misma añadió—: Ella tiene que hablar de esto contigo.

—¿Hablar conmigo de qué? —preguntó Conor.

Su abuela se cruzó de brazos.

—De venirte a vivir conmigo.

Conor frunció el ceño, y por un segundo pareció que la estancia se quedaba a oscuras, por un segundo fue como si la casa temblara de arriba abajo, por un segundo Conor sintió que podía hundir la mano y arrancar el suelo de cuajo de la tierra oscura y palpitante...

Parpadeó. Su abuela todavía esperaba una respuesta.

—No pienso irme a vivir contigo.

—Conor...

—No pienso irme a vivir contigo nunca.

—Sí que vendrás —dijo ella—. Sintiéndolo mucho, tendrás que venir. Sé que ella intenta protegerte, pero debes saber que cuando todo esto haya acabado, tendrás un hogar, muchachito. Con alguien que te querrá y cuidará de ti.

—Cuando todo esto haya acabado —dijo Conor, con voz furiosa—, tú te irás y nosotros estaremos bien.

—Conor...

Y entonces oyeron la voz que venía del salón.

—Mamá... Mamá...

Su abuela salió de la cocina tan deprisa que Conor dio un salto del susto. Oyó que su madre tosía y que su abuela le decía «Tranquila, cariño, tranquila, chist, chist, chist». Miró por la ventana de la cocina de camino hacia el salón.

El monstruo había desaparecido.

Su abuela estaba en el sofá, abrazando a su madre, acariciándole la espalda mientras ella vomitaba en una palangana que tenían siempre a mano por si acaso.

Su abuela lo miraba; tenía una expresión dura y decidida y completamente indescifrable.

Las historias son criaturas salvajes

La casa estaba a oscuras. Su abuela había logrado por fin llevar a su madre hasta la cama y luego había ido a acostarse a la habitación de Conor; había cerrado la puerta y no le había preguntado si quería coger algo de su dormitorio.

Conor estaba echado en el sofá, despierto. Le parecía que le iba a ser imposible conciliar el sueño después de las cosas que había dicho su abuela y de ver lo mal que se había puesto su madre aquella noche. Habían pasado ya tres días desde el tratamiento, más o menos lo que solía tardar en recuperarse, pero seguía vomitando, seguía cansada, más que otras veces...

Apartó aquellos pensamientos de su cabeza, pero volvieron y tuvo que apartarlos otra vez. Al final debió de quedarse dormido, pero solo supo que estaba dormido cuando vino la pesadilla.

El árbol no. La pesadilla.

Con el rugir del viento y el temblor de la tierra y las manos que él sujetaba bien fuerte pero que al final resbalaban, con Conor haciendo toda la fuerza que podía pero sin que eso fuera suficiente, con las manos que se soltaban, con la caída, con los gritos...

—¡No! —gritó Conor, y el pánico lo siguió hasta que despertó, oprimiéndole el pecho tan fuerte que apenas podía respirar, presionándole la garganta, llenándole los ojos de lágrimas.

—No —dijo otra vez, en voz baja.

La casa estaba en silencio y a oscuras. Aguzó el oído un instante, pero no se oía nada, ningún ruido de su madre o de su abuela. Entreabrió los ojos en la oscuridad y miró el reloj del reproductor de DVD.

Las 00.07. Pues claro.

Aguzó más el oído intentando desentrañar el silencio. Pero no pasó nada. No oyó su nombre, no oyó el crujido de la madera.

Quizá esa noche no viniera.

Las 00.08, marcaba el reloj.

Las 00.09.

Un poco enfadado, Conor se levantó y fue a la cocina. Miró por la ventana.

El monstruo estaba en el jardín de la parte de atrás.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó.

—Es hora de que te cuente la primera historia.

Conor no se movió de la silla de jardín en la que se había sentado nada más salir fuera. Tenía las piernas flexionadas contra el pecho y la cara apretada contra las

rodillas.

—¿Me estás escuchando? —preguntó el monstruo.

—No —dijo Conor.

Sintió cómo el aire se arremolinaba otra vez a su alrededor.

—¡Pues escúchame! —gritó el monstruo—. He vivido tanto como esta tierra y me vas a prestar el respeto que me es debido...

Conor se levantó y se dirigió hacia la puerta de la cocina.

—¿Adónde crees que vas? —quiso saber el monstruo.

Conor se dio la vuelta, y había tanta ira en su cara, tanto dolor, que hasta el monstruo se puso derecho, y levantó las cejas, enormes y boscosas, con un gesto de sorpresa.

—¿Qué sabrás tú? —le espetó Conor—. ¿Qué sabrás tú de nada?

—Sé de ti, Conor O'Malley —dijo el monstruo.

—No —repuso Conor—. Si supieras de mí, sabrías que no tengo tiempo para escuchar historias estúpidas y aburridas de un árbol estúpido y aburrido que ni siquiera es real...

—Vaya —dijo el monstruo—. ¿Acaso soñaste las bayas que había en el suelo de tu habitación?

—¿Y a quién le importa si las soñé o no? —gritó Conor—. Son solo unas bayas estúpidas. Uhhh, ¡qué miedo! Oh, por favor, por favor, ¡sálvame de las bayas!

El monstruo lo miró inquisitivamente.

—Qué raro —dijo—. Tus palabras me dicen que te dan miedo las bayas, pero tus actos parecen que digan otra cosa.

—¿Eres tan viejo como el mundo y nunca has oído hablar del sarcasmo? —preguntó Conor.

—Ah, sí, he oído hablar de ello. —El monstruo puso las enormes ramas de sus manos en las caderas—. Pero la gente, por lo general, se cuida mucho de usarlo conmigo.

—¿No puedes dejarme en paz?

El monstruo meneó la cabeza, pero no como respuesta a la pregunta de Conor.

—Es extraño —dijo—. Haga lo que haga no te doy miedo.

—Solo eres un árbol —dijo Conor. Aunque caminase y hablara, aunque fuera más grande que su casa y se lo pudiera tragar de un bocado, el monstruo no era más que un tejo. Le crecían bayas hasta en las ramas de los codos.

—Tienes cosas peores que temer —dijo el monstruo, pero no como una pregunta.

Conor miró al suelo, luego a la luna, a cualquier parte menos a los ojos del monstruo. La sensación de la pesadilla crecía dentro de él, lo volvía todo oscuridad, hacía que todo pareciera pesado e imposible, como si le hubieran pedido que levantara una montaña con las manos o no lo dejarían marcharse.

—Pensé... —dijo—. Te vi mirándome antes, cuando estaba peleándome con mi abuela, y pensé...

—¿Qué pensaste? —preguntó el monstruo.

—Olvídalo. —Conor se dio la vuelta para entrar en la casa.

—Pensaste que quizás estaba aquí para ayudarte —dijo el monstruo.

Conor se quedó parado.

—Pensaste que quizás había venido a derrocar a tus enemigos. A dar muerte a tus dragones.

Conor seguía sin volverse, aunque tampoco entró en la casa.

—Sentiste que esa era la razón cuando te dije que tú me habías llamado, que tú eras el motivo por el que había venido andando hasta aquí. ¿A qué sí?

Conor se dio la vuelta.

—Pero tú solo quieres contarme historias —dijo con una nota de desencanto en la voz.

El monstruo se puso de rodillas para que su cara quedase a la altura de la de Conor.

—Historias de cómo derroqué a enemigos —dijo—. Historias de cómo di muerte a dragones.

Conor parpadeó ante la mirada del monstruo.

—Las historias son criaturas salvajes —dijo el monstruo—. Cuando las sueltas, ¿quién sabe los desastres que pueden causar?

El monstruo miró la ventana de la habitación de Conor. La habitación en la que dormía su abuela.

—Déjame que te cuente una historia de cuando eché a andar. Déjame que te cuente el final que tuvo una reina malvada y cómo me encargué de que desapareciera de la faz de la tierra.

Conor tragó saliva y miró al monstruo a la cara.

—Adelante —dijo.

La primera historia

—Hace mucho tiempo —dijo el monstruo—, antes de que todo esto fuera una ciudad con carreteras y trenes y coches, era un lugar lleno de vegetación. Los árboles cubrían las colinas y crecían bordeando los senderos. Daban sombra a los arroyos y protegían las casas, pues también entonces había casas, hechas de piedra y tierra.

»Esto era un reino.

—¿Qué? —dijo Conor, recorriendo con la mirada todo su jardín—. ¿Aquí? El monstruo lo miró con curiosidad y ladeó la cabeza.

—¿Nunca habías oído hablar de él?

—De un reino por aquí, no —dijo Conor—. Ni siquiera tenemos un McDonald's.

—Y sin embargo —continuó el monstruo— era un reino, pequeño pero feliz, porque el rey era un rey justo, un hombre que había alcanzado la sabiduría tras muchas dificultades. Su mujer le había dado cuatro robustos hijos varones, pero mientras estuvo en el trono se vio obligado a luchar en muchas batallas para preservar la paz de su reino. Batallas contra gigantes y dragones, batallas contra lobos negros de ojos rojos, batallas contra ejércitos de hombres dirigidos por grandes magos.

»Estas batallas aseguraron los límites del reino y trajeron la paz a sus tierras. Pero la victoria tuvo un precio. Uno tras otro los cuatro hijos del rey murieron en la contienda. Bajo el fuego de un dragón o a manos de un gigante o entre los dientes de un lobo o atravesado por la lanza de un hombre. Uno tras otro cayeron los cuatro príncipes del reino, dejando al rey un único heredero. Su nieto recién nacido.

—Todo esto suena a cuento de hadas —dijo Conor con desconfianza.

—No dirías eso si oyeras los alaridos de un hombre atravesado por una lanza —dijo el monstruo—. O sus gritos de terror mientras lo despedazaban los lobos. Y ahora estate callado.

»Al poco tiempo la mujer del rey murió de pena, y también la madre del joven príncipe. Todo lo que le quedó al rey por compañía fue el niño y más tristeza de la que un hombre puede soportar solo.

«Tengo que volver a casarme», decidió el rey. «Por el bien de mi príncipe y de mi reino, aunque no lo haga por mí».

»Así que el rey volvió a casarse, y lo hizo con una princesa de un reino vecino, un matrimonio de conveniencia que hizo más fuertes ambos reinos. Ella era joven y bella y, aunque puede que fuera de facciones un poco duras y de lengua un poco afilada, parecía que hacía feliz al rey.

»Pasó el tiempo. El joven príncipe creció hasta convertirse casi en un hombre, le faltaban apenas dos años para cumplir los dieciocho que le permitirían ascender al trono a la muerte del viejo rey. Fueron días felices para el reino. Se habían acabado las batallas, y el futuro parecía asegurado en las manos del aguerrido y joven

príncipe.

»Pero un día el rey cayó enfermo. Se extendió el rumor de que su joven esposa lo había envenenado. Se contaban historias de que la nueva reina había utilizado conjuros de magia negra para parecer más joven de lo que en realidad era y de que bajo esa cara jovial se escondía el ceño torvo de una vieja arpía. Todos estaban seguros de que había sido ella la que había envenenado al rey, pero él suplicó a sus súbditos hasta su postrer aliento que no la culparan.

»Y así murió, un año antes de que su nieto tuviera edad para subir al trono. La reina, su abuelastra, se convirtió en regente en su lugar: todos los asuntos de Estado quedarían a su cargo hasta que el príncipe tuviera edad para reemplazarla.

»Al principio, para sorpresa de muchos, gobernó bien. Su semblante, pese a los rumores, era joven y grato, y se esforzaba por seguir rigiendo a la manera del rey muerto.

»El príncipe, entretanto, se había enamorado.

—Lo sabía —refunfuñó Conor—. En este tipo de historias siempre sale un príncipe estúpido que se enamora. —Empezó a caminar hacia la casa—. Yo creía que iba a ser una buena historia.

Con un rápido movimiento, el monstruo agarró a Conor de los tobillos con una mano larga y grande y lo levantó boca abajo, dejándolo suspendido en el aire de tal manera que se le bajó la camiseta y los latidos del corazón le retumbaban en la cabeza.

—Como estaba diciendo —continuó el monstruo—, el príncipe se había enamorado. Ella no era más que la hija de un granjero, pero era muy hermosa, y también inteligente, como tienen que ser las hijas de los granjeros, pues llevar una granja es un asunto muy complicado. Todo el reino veía con buenos ojos aquella boda.

»Pero no la reina. Había disfrutado de su tiempo de regente y sentía una extraña reuencia a dejarlo. Empezó a pensar que quizá fuera mejor que la corona se quedara en la familia, que el reino lo gobernarán personas lo suficientemente sabias, ¿y qué mejor solución que el príncipe se casara con *ella*?

—¡Qué asco! —dijo Conor, todavía colgando boca abajo—. ¡Era su abuela!

—Su *abuelastra* —le corrigió el monstruo—. No eran parientes de sangre, y para el caso ella era también una mujer joven.

—Eso no está bien... —dijo Conor meneando la cabeza, con el pelo oscilando en el aire. Luego hizo una pausa—. ¿Podrías bajar me?

El monstruo lo dejó en el suelo y siguió con la historia.

—Al príncipe tampoco le parecía bien casarse con la reina. Dijo que se mataría antes que hacer algo así. Juró que huiría con la hermosa hija del granjero y que el día en que cumpliera dieciocho años volvería para liberar a su pueblo de la tiranía de la

reina. Así que una noche salieron a todo galope, parando solo para dormir a la sombra de un tejo gigantesco.

—¿Tú? —preguntó Conor.

—Yo —dijo el monstruo—. Aunque en realidad es solo una parte de mí. Puedo tomar cualquier forma de cualquier tamaño, pero la del tejo es de lo más cómoda.

El príncipe y la hija del granjero se abrazaron bajo la creciente aurora. Habían jurado ser castos hasta que pudieran casarse en el futuro reino, pero la pasión los pudo y al poco tiempo dormían desnudos uno en los brazos del otro.

Durmieron todo el día a la sombra de mis ramas y sobrevino otra vez la noche. El príncipe se despertó. «Levántate, amada mía», le susurró a la hija del granjero, «pues debemos cabalgar hacia ese día en que seremos esposo y esposa».

»Pero su amada no despertó. La movió de lado y cuando el cuerpo de la joven volvió a caer por su propio peso, el príncipe vio bajo la luz de la luna la sangre que manchaba el suelo.

—¿Sangre? —dijo Conor, pero el monstruo siguió hablando.

—El príncipe también tenía sangre en las manos, y vio un cuchillo ensangrentado en la hierba, junto a ellos, apoyado contra las raíces del árbol. Alguien había asesinado a su amada y lo había dispuesto todo de tal modo que parecía que el príncipe era quien había cometido el crimen.

«¡La reina!», gritó el príncipe. «¡La reina es la responsable de esta traición!».

A lo lejos oyó que se acercaba gente del lugar. Si lo hallaban allí, verían el cuchillo y la sangre, y lo acusarían de asesinato. Lo ejecutarían por ese crimen.

—Y la reina podría gobernar sin obstáculo alguno —dijo Conor con una mueca de asco—. Espero que esta historia acabe con que tú le arrancas la cabeza.

—El príncipe no tenía adónde huir. Habían espantado a su caballo mientras él dormía. El tejo era su único cobijo.

Y también el único sitio al que podía dirigirse para buscar ayuda.

Ahora bien, el mundo era más joven entonces. La barrera entre las cosas era más fina, más fácil de atravesar. El príncipe lo sabía. Y levantó la cabeza hacia el gran tejo y le habló.

El monstruo hizo una pausa.

—¿Qué dijo? —preguntó Conor.

—Dijo lo bastante como para que yo echara a andar —explicó el monstruo—. Reconozco la injusticia nada más verla.

El príncipe echó a correr hacia los lugareños que se acercaban. «¡La reina ha asesinado a mi prometida!», gritaba. «¡Hay que detener a la reina!».

Los rumores sobre la brujería de la reina llevaban ya bastante tiempo circulando, y el príncipe era tan amado por el pueblo que les costó muy poco ver la obvia verdad. Menos les costó todavía cuando vieron a aquel enorme Hombre Verde, tan alto como

una montaña, caminando detrás del príncipe, pidiendo venganza.

Conor volvió a mirar los gigantescos brazos y piernas del monstruo, la boca llena de dientes aserrados, toda su abrumadora monstruosidad. Imaginó lo que debió de pensar la reina cuando lo vio acercarse.

Sonrió.

—Los súbditos irrumpieron en el castillo de la reina con tanta furia que temblaron hasta los cimientos. Cayeron las fortificaciones y los techos se vinieron abajo, y cuando hallaron a la reina en sus aposentos, la muchedumbre la agarró y se la llevó a rastras hasta una pira para quemarla viva allí mismo.

—Bien hecho —dijo Conor con una sonrisa—. Se lo merecía. —Miró hacia la ventana de su habitación, donde dormía su abuela—. Supongo que a mí no puedes ayudarme con ella, ¿no? —preguntó—. No es que quiera que la quemen viva ni nada parecido, pero a lo mejor un poco de...

—La historia —dijo el monstruo— no ha acabado todavía.

El resto de la primera historia

—¿No? —preguntó Conor—. Pero si la reina fue derrocada...

—Lo fue —dijo el monstruo—. Pero no por mí.

Conor, confuso, titubeó.

—Dijiste que te habías asegurado de que no se la volviera a ver jamás.

—Y en efecto, eso hice. Cuando los lugareños prendieron fuego a la pira para quemarla viva, yo la cogí y la salvé.

—¿Qué hiciste qué? —dijo Conor.

—La tomé entre mis manos y me la llevé allí donde los lugareños no pudieran encontrarla nunca, más allá incluso de los confines del reino en el que había nacido, a un pueblo al lado del mar. Y allí la dejé para que viviera en paz.

Conor, atónito, se puso de pie y elevó la voz sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

—¡Pero ella asesinó a la hija del granjero! —gritó—. ¿Cómo pudiste salvar a una asesina?

Entonces su cara adoptó una expresión sombría y dio un paso atrás.

—Sí que es verdad que eres un monstruo.

—En ningún momento he dicho que fuera ella la que mató a la hija del granjero —dijo el monstruo—. Lo único que he dicho es que el *príncipe* dijo que había sido ella.

Conor parpadeó. Luego se cruzó de brazos.

—¿Y quién la mató entonces?

El monstruo abrió sus enormes manos y se levantó una brisa que trajo consigo una neblina. La casa de Conor seguía allí, pero la neblina cubrió el jardín de la parte de atrás, sustituyéndolo por un campo con un tejo gigante en el centro y un hombre y una mujer durmiendo junto a sus raíces.

—Después de haber hecho el amor —dijo el monstruo—, el *príncipe* siguió despierto.

Conor vio que el joven *príncipe* se levantaba y miraba a sus pies a la hija del granjero; también a Conor la joven le pareció una belleza. El *príncipe* la miró unos instantes, luego se envolvió con una manta y fue hasta su caballo. El *príncipe* tomó algo de las alforjas, luego desató el caballo, lo golpeó con fuerza en las ancas y dejó que se alejara al galope. El *príncipe* sostuvo en alto lo que había sacado de las alforjas.

Un cuchillo que brillaba a la luz de la luna.

—¡No! —gritó Conor.

El monstruo cerró las manos y la niebla descendió otra vez mientras el *príncipe* se acercaba cuchillo en mano a la hija del granjero, que seguía durmiendo.

—¡Tú dijiste que se sorprendió al ver que ella no despertaba!

—Después de matar a la hija del granjero —dijo el monstruo—, el príncipe se echó junto a ella y se durmió otra vez. Cuando despertó, representó una pantomima, no fuera a ser que alguien lo estuviera viendo. Pero te sorprenderá saber que también lo hizo para él mismo. —Las ramas del monstruo crujieron—. A veces la gente necesita mentirse a sí misma más que ninguna otra cosa.

—¡Tú dijiste que fue a buscar ayuda! ¡Y que tú lo ayudaste!

—Solo dije que me contó lo bastante como para que yo echara a andar.

Conor miró con los ojos muy abiertos primero al monstruo y luego a su jardín, que empezaba a emerger de los últimos flecos de neblina.

—¿Qué te contó? —preguntó.

—Me contó que lo había hecho por el bien de su reino. Que la nueva reina era de hecho una bruja, que su abuelo ya lo sospechaba cuando se casó con ella, pero que lo pasó por alto debido a su belleza. El príncipe no podía derrocar a una poderosa bruja él solo. Necesitaba que lo ayudara la furia de los lugareños. La muerte de la hija del granjero sirvió para eso. El príncipe lamentó hacerlo, se le partió el corazón, dijo, pero igual que su propio padre había muerto defendiendo el reino, también su hermosa doncella tenía que morir. Su muerte serviría para derrocar un mal mucho mayor. Cuando dijo que la reina había asesinado a su prometida, él creía, a su manera, que era verdad.

—¡Todo eso es una chorrada! —gritó Conor—. No hacía falta que la matara. La gente estaba con él. Lo habrían seguido de todas formas.

—Siempre hay que escuchar con escepticismo la justificación de los hombres que matan —dijo el monstruo—. La injusticia que vi, la razón por la que eché a andar, se cometió con la reina, no con el príncipe.

—¿Llegaron a descubrirlo? —dijo Conor, horrorizado—. ¿Lo castigaron?

—Fue un rey muy querido —respondió el monstruo—, y reinó feliz hasta el final de su larga vida.

Conor miró hacia la ventana de su habitación, otra vez con el ceño fruncido.

—Así que el buen príncipe era un asesino y la malvada reina no era una bruja después de todo. ¿Se supone que esa es la lección de todo esto? ¿Que yo debería ser amable con mi abuela?

Oyó un rumor raro, distinto a todo lo que había oído a lo largo de su vida. Tardó un minuto en darse cuenta de que el monstruo se estaba riendo.

—¿Crees que teuento historias para darte *lecciones*? —dijo el monstruo—. ¿Crees que he salido andando del tiempo y de la mismísima tierra para darte *lecciones de amabilidad*?

Se reía cada vez más alto, hasta que el suelo empezó a temblar y parecía que el cielo se iba a venir abajo.

—Sí, eso creía —dijo Conor, avergonzado.

—No, no —repuso el monstruo cuando por fin se calmó—. La reina *era* con toda certeza una bruja y es posible que estuviera planeando grandes males. ¿Quién sabe? Al fin y al cabo intentaba aferrarse al poder.

—Entonces ¿por qué la salvaste?

—Porque lo que no era, era una asesina.

Conor dio unos pasos por el jardín, pensando. Luego dio unos cuantos pasos más.

—No lo entiendo. ¿Aquí quién es el bueno?

—No siempre hay un bueno. Ni siempre hay un malo. Casi todo el mundo está en algún punto intermedio.

Conor negó con la cabeza.

—Es una historia horrible. Y falsa.

—Es una historia *verídica* —dijo el monstruo—. Muchas cosas que son verdad parecen falsas. Los reinos tienen los príncipes que se merecen, las hijas de los granjeros mueren sin razón, y algunas veces las brujas son dignas de salvación. Muchas veces, la verdad sea dicha. Te sorprendería saber cuántas.

Conor volvió a mirar hacia la ventana de su habitación, e imaginó a su abuela durmiendo en su cama.

—¿Y cómo se supone que eso me salvará a mí de ella?

El monstruo se puso en pie cuan largo era, y miró a Conor desde las alturas.

—No es de *ella* de quien necesitas salvarte.

Conor se sentó con la espalda pegada al respaldo del sofá; respiraba de nuevo con dificultad.

El reloj marcaba las 00.07.

—¡Maldita sea! —dijo Conor—. ¿Estoy soñando o no?

Se levantó, enfadado...

E inmediatamente se dio con algo en el dedo gordo del pie.

—¿Y ahora qué? —refunfuñó al tiempo que alargaba la mano para encender la luz.

De un nudo en la tarima del suelo había brotado, con fuerza y esplendor, un arbolito de unos treinta centímetros de alto.

Conor lo miró durante un rato. Luego fue a la cocina a por un cuchillo para arrancarlo del suelo.

Un acuerdo

—Te perdonó —dijo Lily cuando lo alcanzó de camino al colegio al día siguiente.

—¿Por qué? —preguntó Conor sin mirarla. Estaba todavía enfadado por la historia del monstruo, por las falsedades y los retorcimientos de la trama, nada de lo cual le servía de ninguna ayuda. Se había pasado media hora arrancando del suelo el arbolito, de una resistencia increíble, y tenía la sensación de que apenas se había quedado dormido otra vez cuando ya era la hora de levantarse, de lo cual se enteró porque su abuela empezó a gritarle que llegaba tarde. Ni siquiera le dejó despedirse de su madre, quien, le dijo, había tenido una noche difícil y debía descansar. Lo cual le hizo sentirse culpable, porque si su madre había tenido una noche difícil, él tendría que haber estado allí para ayudarla, no su abuela, quien apenas lo dejó lavarse los dientes antes de ponerle una manzana en la mano y echarlo fuera.

—Te perdonó por haberme metido en problemas, imbécil —dijo Lily, pero sin demasiada dureza en la voz.

—Fuiste tú la que te metiste en problemas —repuso Conor—. Fuiste tú la que tiraste a Sully al suelo.

—Te perdonó por haber mentido —dijo Lily; llevaba los rizos de caniche sujetos concienzudamente con una diadema.

Conor siguió caminando sin hacerle caso.

—¿No vas a decir que tú también lo sientes? —le preguntó Lily.

—No —dijo Conor.

—¿Por qué no?

—Porque no lo siento.

—Conor...

—No lo siento —dijo Conor deteniéndose—, y además no te perdonó.

Se miraron desafiantes bajo el frío sol de la mañana, ninguno quería ser el primero que desviara la mirada.

—Mi madre dice que tenemos que ser indulgentes contigo —dijo Lily por fin—. Por todo lo que estás pasando.

Y por un momento el sol pareció ocultarse detrás de las nubes. Por un momento Conor solo vio súbitas tormentas eléctricas que se aproximaban, sintió que estaban a punto de explotar en el cielo y de atravesarle el cuerpo y de salirle por los puños. Por un momento sintió que podría agarrar todo el aire, retorcerlo alrededor del cuerpo de Lily y partirla en dos...

—¿Conor? —dijo Lily, asustada.

—Tu madre no sabe nada de nada —dijo él—. Y tú tampoco.

Echó a andar a toda prisa, dejándola atrás.

Hacía algo más de un año desde que Lily les contó a algunas de sus amigas lo de la madre de Conor, aunque él no le había dicho que podía contarla. Esas amigas se lo contaron a unas cuantas más, quienes se lo contaron a otras, y antes de que acabara el día era como si alrededor de Conor se hubiera abierto un círculo, una zona muerta con él en el centro, rodeado de minas terrestres que todo el mundo tenía miedo de pisar. De repente, los que él creía que eran sus amigos dejaban de hablar cuando se acercaba a ellos, aunque la verdad era que no tenía muchos aparte de Lily, pero aun así. Conor sorprendía a la gente susurrando por los pasillos o durante la comida. Hasta los profesores ponían una cara distinta cuando él levantaba la mano en clase.

Así que al final dejó de acercarse a sus amigos, dejó de mirar cuando oía susurros, e incluso dejó de levantar la mano.

Aunque al parecer nadie se dio cuenta. Era como si de repente se hubiese vuelto invisible.

Nunca le había resultado tan duro el colegio ni se había sentido tan aliviado con las vacaciones de verano como en ese curso. Su madre estaba en pleno tratamiento, algo que, repetía ella una y otra vez, era duro pero «estaba funcionando», el ciclo se acercaba a su fin. El plan era que ella lo terminaría, un nuevo curso empezaría, y podrían pasar página y comenzar de cero.

Solo que no había sido así. El tratamiento de su madre se había prolongado más de lo esperado, un segundo ciclo y luego un tercero. Los profesores del nuevo curso eran todavía peores porque solo lo conocían por lo de su madre, y no por el que era antes. Y sus compañeros lo trataban como si fuera él el enfermo, sobre todo desde que Harry y sus compinches se fijaron en él.

Y ahora tenía a su abuela en casa y soñaba con árboles.

O quizás no fuera un sueño. Lo que sería todavía peor.

Siguió caminando hacia el colegio sin que se le pasara el enfado. Le echaba la culpa a Lily porque casi todo había sido culpa de ella, ¿o no?

Le echaba la culpa a Lily, porque ¿a quién culpar si no?

Esta vez tenía el puño de Harry en el estómago.

Conor se cayó al suelo, se raspó la rodilla con el escalón de cemento, y se hizo un agujero en los pantalones del uniforme. Lo peor era el agujero. Se le daba fatal coser.

—Qué patoso eres, O’Malley —dijo Sully riéndose detrás de él—. Te caes todos los días.

—Deberías hacértelo mirar —oyó que decía Anton.

—A lo mejor está borracho —dijo Sully, y sonaron más risas; pero entre ellos había un punto silencioso: Conor sabía que Harry no se estaba riendo. Sabía, sin levantar la vista, que Harry se limitaba a mirarlo, esperaba a ver qué haría.

Al levantarse, vio a Lily junto a la pared del colegio. Estaba con otras chicas, volvían a clase tras el recreo. Lily no hablaba con ellas, solo miraba a Conor mientras se alejaba.

—Hoy la Super Caniche no te ayuda —dijo Sully, todavía riéndose.

—Mejor para ti, Sully —dijo Harry, hablando por primera vez. Conor todavía no se había vuelto hacia ellos, pero sabía que Harry no le estaba riendo la gracia a Sully. Conor siguió mirando a Lily hasta que desapareció de su vista.

—Oye, míranos cuando te hablamos —dijo Sully, sin duda echando chispas por el comentario de Harry; agarró a Conor por los hombros, y le dio la vuelta.

—No lo toques —dijo Harry con calma, en voz baja, pero en un tono tan amenazante que Sully retrocedió de inmediato—. O’Malley y yo tenemos un acuerdo —añadió Harry—. Yo soy el único que lo toca. ¿No es así?

Conor esperó un momento y luego asintió despacio con la cabeza. Ese parecía ser el acuerdo.

Harry, con expresión impasible, con los ojos fijos en Conor, se acercó a él. Conor ni siquiera parpadeó, y se quedaron así, cara a cara, mientras Anton y Sully se miraban nerviosos.

Harry ladeó ligeramente la cabeza, como si se le hubiera ocurrido una pregunta, algo que intentara entender. Conor seguía sin moverse. Todos los de su curso ya habían entrado. Conor sentía el vacío que se abría a su alrededor, incluso el silencio de Anton y de Sully. Deberían volver a clase enseguida. Deberían entrar ya.

Pero nadie se movió.

Harry levantó un puño y lo echó hacia atrás, como si se dispusiera a golpear a Conor en la cara.

Tampoco entonces Conor parpadeó. No se movió. Se limitó a mirar a Harry a los ojos, a la espera de que llegara el golpe.

Pero no llegó.

Harry bajó el puño, lo dejó caer despacio a un costado; seguía mirando todavía a Conor.

—Sí —dijo por fin, en voz baja, como si hubiera entendido algo—. Ya me parecía a mí.

Y entonces, una vez más, llegó la voz fatídica.

—¡Eh, vosotros! —gritó la señorita Kwan cruzando el patio en dirección a ellos como un demonio con patas—. ¡El recreo se acabó hace tres minutos! ¿Se puede saber qué hacéis aquí?

—Perdone, señorita —dijo Harry, con una voz de repente más suave—. Estábamos hablando con Conor de los deberes que la señorita Marl mandó sobre la «Escritura de la vida» y perdimos la noción del tiempo. —Le dio un manotazo a

Conor en el hombro, como si fueran amigos íntimos—. Nadie sabe tanto de historias como Conor.—Harry miró muy serio a la señorita Kwan—. Y hablar de ello lo ayuda a sacarlo fuera.

—Sí —dijo la señorita Kwan frunciendo el ceño—, seguro que hablabais de eso. Tenéis todos un aviso. Un solo problema más hoy y os quedáis castigados.

—Sí, señorita —dijo Harry alegremente, y Anton y Sully lo repitieron.

Volvieron a clase; Conor los seguía a un metro de distancia.

—Un momento, Conor, por favor —dijo la señorita Kwan.

Conor se detuvo y se volvió pero no la miró a la cara.

—¿Seguro que todo va bien entre tú y esos chicos? —dijo la señorita Kwan con la voz en modo «amable», que daba solo un poco menos de miedo que cuando gritaba a pleno pulmón.

—Sí, señorita —dijo Conor, todavía sin mirarla.

—No estoy ciega y sé cómo funciona Harry —dijo—. Un acosador con carisma y buenas notas sigue siendo un acosador. —Suspiró, irritada—. Seguramente un día será primer ministro. Que Dios nos coja confesados.

Conor no dijo nada, y el silencio adquirió una cualidad especial que él conocía muy bien, porque la señorita Kwan inclinó el cuerpo hacia delante, dejó caer los hombros, y bajó la cabeza hacia la de Conor.

Sabía lo que venía ahora. Lo sabía y lo odiaba.

—No puedo imaginar lo que debes de estar pasando, Conor —dijo la señorita Kwan, casi en un susurro—, pero si alguna vez quieres hablar, mi puerta siempre está abierta.

No podía mirarla, no podía ver el cariño que había en ella, no podía soportar oírselo en la voz.

Porque él no se lo merecía.

Tuvo un fagonazo de la pesadilla, los gritos, el pánico, lo que pasaba al final...

—Estoy bien, señorita —masculló mirándose los zapatos—. No estoy pasando por nada.

Oyó que la señorita Kwan daba otro suspiro.

—Vale. Olvídate del primer aviso y vuelve a clase. —Le dio unas palmaditas en el hombro y fue hacia la entrada.

Y por un momento Conor se quedó completamente solo.

Supo que si se pasara todo el día fuera no lo castigarían.

Por algún motivo eso hizo que se sintiera todavía peor.

Una pequeña charla

Después del colegio, su abuela lo esperaba en el sofá.

—Tenemos que hablar —dijo antes incluso de que Conor cerrara la puerta, y puso una cara que lo dejó en el sitio. Puso una cara que hizo que le doliera el estómago.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Su abuela tomó aire por la nariz, una inhalación larga y sonora, y miró por la ventana del salón, como si estuviera tomando fuerzas. Parecía un ave de presa. Un gavilán capaz de llevarse en las garras una oveja.

—Tu madre tiene que volver al hospital —dijo—. Te quedarás en mi casa unos días. Tienes que hacer la maleta.

—¿Qué le pasa? —Conor no se movió.

Su abuela abrió mucho los ojos durante un segundo, como si no acabara de creerse que le hiciera una pregunta tan rematadamente estúpida. Luego se aplacó.

—Le duele mucho —dijo—. Más de lo que debería dolerle.

—Tiene medicamentos para el dolor... —empezó a decir Conor, pero su abuela dio una palmada en el aire, solo una, pero muy fuerte, lo suficiente para que no siguiera.

—No le está haciendo nada, Conor —dijo secamente; parecía que estuviera mirando a algún punto por encima de él más que a él mismo—. No le está haciendo nada.

—¿Qué es lo que no le está haciendo nada?

Su abuela juntó las manos y dio unas cuantas palmaditas, como si las estuviera poniendo a prueba o algo así, luego miró otra vez por la ventana, sin abrir la boca en ningún momento. Por fin se puso de pie, se concentró en estirarse el vestido.

—Tu madre está arriba —dijo—. Quiere hablar contigo.

—Pero...

—Tu padre llegará el domingo.

De repente Conor se puso tenso.

—¿Que viene papá?

—Tengo que hacer unas llamadas —dijo ella sacando el móvil y pasando por su lado para salir.

—¿Por qué viene papá? —preguntó Conor.

—Tu madre te está esperando —dijo su abuela cerrando la puerta detrás de ella.

Conor ni siquiera había dejado la mochila en el suelo.

Venía su padre. Su padre. De Estados Unidos. No venía desde hacía dos Navidades. Al parecer a su nueva mujer le ocurría siempre algo de extrema urgencia en el último

minuto, por eso su padre no podía ir a verlo más a menudo, y más ahora que había nacido el bebé. Su padre, cuyas visitas eran cada vez menos frecuentes y cuyas llamadas se espaciaban cada vez más en el tiempo.

Venía su padre. ¿Por qué?

—Conor —oyó que lo llamaba su madre.

No estaba en su habitación. Estaba en la de Conor, echada en su cama, sobre el edredón, mirando por la ventana el cementerio en la colina.

Y el tejo. Que solo era un tejo.

—Hola, cariño —dijo con una sonrisa, pero él supo por las líneas alrededor de los ojos que le dolía, le dolía como solo le había dolido una vez antes. Entonces tuvieron que ingresarla y no le dieron el alta hasta casi quince días después. Fue la última Semana Santa, y el tiempo que pasó Conor en casa de su abuela estuvo a punto de acabar con los dos.

—¿Qué pasa? ¿Por qué van a ingresarte otra vez?

Ella dio unas palmaditas en el edredón para que se sentara a su lado.

Él se quedó donde estaba.

—¿Qué pasa?

Su madre todavía sonreía, pero ahora con una sonrisa más tensa; pasó los dedos por el dibujo bordado del edredón, aquellos osos pardos de los que Conor se había cansado hacía años. Se había atado el pañuelo rojo alrededor de la cabeza, pero sin ajustarlo, y se le veía el cráneo pelado debajo. Conor no creía que hubiera llegado a probarse las viejas pelucas de su abuela.

—Me pondré bien —dijo ella—. De verdad.

—¿De verdad? —preguntó él.

—Hemos pasado antes por esto, Conor —dijo ella—. Así que no te preocupes. Me he sentido muy mal antes y me han ingresado y se han ocupado de ello. Eso será lo que pase esta vez. —Dio otra palmadita en el edredón—. ¿No quieres venir a sentarte con tu mamá, que está mayor y fatigada?

Conor tragó saliva, pero entonces a su madre se le iluminó la cara y él supo que sonreía de verdad. Se acercó a la cama y se sentó junto a ella en el lado de la ventana. Ella le pasó la mano por el pelo, apartándoselo de los ojos, y Conor vio lo delgado que tenía el brazo, como si solo fuera piel y huesos.

—¿Por qué viene papá?

La mano de su madre se detuvo, luego bajó a su regazo.

—Hace mucho que no lo ves. ¿No te hace ilusión que venga?

—A la abuela no parece que le haga mucha.

—Bueno, ya sabes lo que piensa ella de tu padre. No le hagas caso. Tú pásatelo bien con él.

Se quedaron sentados en silencio unos instantes.

—Hay algo más —dijo Conor por fin—. ¿Verdad?

Sintió que su madre se incorporaba un poco.

—Mírame, hijo —dijo dulcemente.

Él se volvió para mirarla, aunque habría pagado un millón de libras por no tener que hacerlo.

—Este último tratamiento no está haciendo lo que se esperaba —dijo ella—. Eso solo quiere decir que van a tener que ajustarlo, probar con otra cosa.

—¿Solo es eso? —preguntó Conor.

—Solo es eso. Pueden probar todavía con muchas más cosas. Es normal. No te preocupes.

—¿Estás segura?

—Estoy segura.

—Porque... —Y ahí Conor se calló un segundo y miró al suelo—. Porque me lo podrías decir, ya lo sabes.

Y entonces ella lo rodeó con sus brazos, tan delgados ahora, tan blandos antes cuando lo abrazaba. No decía nada, solo lo abrazaba. Conor volvió a mirar por la ventana, y al poco su madre se volvió y también miró.

—Sabes que eso es un tejo, ¿verdad? —dijo ella por fin.

Conor entornó los ojos, pero no en señal de protesta.

—Sí, mamá, me lo has dicho cientos de veces.

—Échale un ojo mientras yo no estoy, ¿vale? —dijo ella—. Asegúrate de que sigue ahí cuando yo vuelva.

Y Conor supo que estaba diciéndole que volvería, así que asintió y se quedaron los dos contemplando el árbol.

Que, por mucho que lo miraran, seguía siendo un árbol.

La casa de la abuela

Cinco días. Hacía cinco días que no veía al monstruo.

Quizá no sabía dónde vivía su abuela. O quizás estaba demasiado lejos para que fuera hasta allí. De todas formas, aunque la casa de la abuela era con diferencia más grande que la de Conor y su madre, apenas tenía jardín. Había llenado el jardín trasero con cobertizos, un estanque con piedras y un «despacho» con paneles de madera que había instalado en el centro y que era donde hacía la mayor parte de su trabajo como agente inmobiliario, una ocupación tan aburrida que, cuando ella se ponía a describirla, Conor nunca escuchaba más allá de la primera frase. Todo lo demás eran veredas de ladrillo y flores en tiestos. No había espacio para un árbol. Ni siquiera había hierba.

—No te quedes ahí pasmado, jovencito —dijo su abuela, asomada a la puerta de atrás y poniéndose un pendiente—. Tu padre estará pronto aquí, y yo me voy a ver a tu madre.

—No estaba pasmado —dijo Conor.

—Y qué tendrá que ver el tocino con la velocidad. Ven, entra.

Su abuela desapareció dentro de la casa, y él la siguió con desgana. Era domingo, el día en que su padre iría a buscarlo desde el aeropuerto. Lo recogería, irían a ver a su madre, y luego pasarían el día juntos como «padre e hijo». Conor estaba casi seguro de que eso significaba otra ronda de «Tenemos que hablar». Su abuela no estaría en casa cuando llegara su padre. Y eso le venía bien a todo el mundo.

—Haz el favor de llevarte la mochila del recibidor —dijo ella, pasando por su lado y cogiendo el bolso—. No vaya a pensar tu padre que te tengo en una pocilga.

—Difícil que lo piense —dijo Conor entre dientes mientras ella examinaba su maquillaje en el espejo del recibidor.

La casa de su abuela estaba más limpia que la habitación de su madre en el hospital. La señora de la limpieza, Marta, iba los miércoles, pero Conor no entendía para qué se molestaba. Su abuela se levantaba temprano para pasar la aspiradora, hacía la colada cuatro veces a la semana, y una vez por semana limpiaba el baño antes de irse a la cama. No dejaba ni que los cacharros pasaran por el fregadero antes de meterlos en el lavavajillas, y una vez hasta le quitó el plato a Conor cuando todavía no había terminado.

«Una mujer de mi edad que vive sola... —decía al menos una vez al día—. Si no estoy yo en todo, ¿quién lo va a estar?». Lo decía como un reto, como desafiando a Conor a que contestara.

Lo llevaba al colegio en coche; Conor llegaba pronto todos los días, y eso que eran cuarenta y cinco minutos de viaje. Cada día, cuando él salía del colegio, ella lo estaba esperando y se iban derechos al hospital. Solían quedarse una hora o así,

excepto si su madre estaba demasiado cansada para hablar (había ocurrido dos veces en los últimos cinco días), y luego se iban a casa de su abuela, donde él hacía los deberes y ella encargaba por teléfono algo de comida para llevar que no hubieran probado todavía.

Era como el verano en que Conor y su madre se alojaron en una pensión en Cornwall. Pero más limpio. Y más de ordeno y mando.

—A ver, Conor —dijo ella poniéndose la chaqueta del traje. Era domingo, pero no tenía que enseñar ninguna casa, así que Conor no entendía por qué se había arreglado tanto solo para ir al hospital. Sospechó que quizás quería que su padre se sintiera incómodo—. Puede que tu padre no se dé cuenta de lo cansada que está tu madre, ¿vale? —dijo ella—. Así que entre los dos tendremos que asegurarnos de que no se quede demasiado tiempo. —Se miró otra vez en el espejo y bajó la voz—. Aunque hasta ahora eso no haya sido un problema.

Se dio la vuelta y agitó una mano que parecía una estrella de mar a modo de despedida.

—Sé bueno —dijo.

La puerta se cerró detrás de ella con un sonoro golpe. Conor estaba solo en casa de su abuela.

Subió a la habitación de invitados, donde dormía. Su abuela la llamaba «la habitación de Conor», sin embargo él siempre decía «la habitación de invitados», y entonces su abuela movía la cabeza y decía algo entre dientes.

Pero ¿qué esperaba? No se parecía en nada a su habitación. No se parecía a la habitación de nadie, y menos a la de un chico. Tenía las paredes desnudas y blancas salvo por tres grabados diferentes de barcos veleros; su abuela debía de pensar que eso le gustaría a un chico. Las sábanas y el edredón eran también de un blanco cegador, y solo había otro mueble, un armario de roble tan grande como para comer dentro.

Podría haber sido una habitación cualquiera de una casa cualquiera en un planeta cualquiera de un lugar cualquiera del universo. No le gustaba estar en ella, ni siquiera para escapar de su abuela. Ahora solo había subido para coger un libro, pues su abuela había prohibido los juegos de ordenador en su casa. Sacó el libro de la mochila y al salir de la habitación, miró por la ventana que daba al jardín de la parte de atrás.

Solo senderos de piedra, cobertizos y el despacho.

Nada que le devolviera la mirada.

El salón era uno de esos salones en los que no se sienta nunca nadie. Su abuela no lo

dejaba entrar, no fuera a manchar la tapicería, así que sería allí donde esperaría a que llegara su padre leyendo el libro.

Conor se dejó caer en el sofá, que tenía unas patas de madera curvadas y tan finas que parecía que llevaba tacones. Enfrente había una vitrina llena de platos expuestos y tazas con tantas florituras que parecía imposible beber sin cortarse los labios. Sobre la chimenea estaba el reloj favorito de su abuela, que solo ella podía tocar. Lo había heredado de su madre, y llevaba años diciendo que lo iba a llevar a la Feria de Antigüedades para que se lo tasaran. En la parte de abajo tenía un péndulo que oscilaba, y daba la hora cada quince minutos, tan alto que te hacía dar un brinco si no lo esperabas. Toda la estancia era como un museo de cómo vivía la gente antiguamente. Ni siquiera había televisión. Estaba en la cocina y casi nunca la encendían.

Se puso a leer. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Había tenido la esperanza de hablar con su padre antes de que cogiera el avión, pero entre las visitas al hospital y la diferencia horaria y las migrañas tan oportunas de su nueva mujer iba a tener que esperar a que llegara.

Cuando fuera que llegara. Conor miró el reloj de péndulo. La una menos veinte. Daría el cuarto en cinco minutos.

Cinco vacíos y silenciosos minutos.

Se dio cuenta de que estaba nervioso. Hacía mucho tiempo que no veía a su padre en persona, fuera del Skype. ¿Estaría cambiado? ¿Estaría Conor cambiado?

Y luego estaban las otras preguntas. ¿Por qué venía precisamente ahora? Su madre no tenía buen aspecto, peor incluso tras cinco días en el hospital, pero aún confiaba en la medicación nueva que le estaban dando. Faltaban meses para Navidad, y el cumpleaños de Conor ya había pasado. Así que ¿por qué ahora?

Miró el suelo, cuyo centro estaba cubierto por una alfombra oval muy cara y que parecía muy vieja. Se agachó, levantó uno de los bordes y miró las pulidas tablas debajo. Había un nudo en una de ellas. Pasó el dedo, pero la tabla era tan vieja y tan lisa que no se notaba la diferencia entre el nudo y el resto.

—¿Estás ahí? —susurró Conor.

El timbre de la puerta sonó y Conor dio un brinco. Salió del salón más nervioso de lo que pensaba que se pondría. Abrió la puerta de la calle.

Allí estaba su padre: muy cambiado pero igual que siempre.

—Hey, hijo —dijo su padre de esa forma tan extraña con la que Estados Unidos le estaba moldeando la voz.

Conor sonrió de oreja a oreja, como hacía al menos un año que no sonreía.

Colega

—¿Cómo te va, colega? —le preguntó su padre mientras esperaban que la camarera les sirviera las pizzas.

—¿Colega? —preguntó Conor levantando una ceja.

—Perdona —dijo su padre sonriendo con timidez—. Estados Unidos es casi un idioma aparte.

—Cada vez que hablo contigo tu voz es más rara.

—Bueno... —Su padre jugueteó con la copa de vino—. Me alegro de verte.

Conor le dio un sorbo a la Coca-Cola. Su madre se encontraba realmente mal cuando llegaron al hospital. Tuvieron que esperar a su abuela para que la ayudara a salir del baño, y entonces estaba tan cansada que todo lo que pudo decir fue «Hola, cariño», a Conor, y «¿Qué tal, Liam?», a su padre, antes de quedarse dormida. Su abuela les pidió que se marcharan a los pocos minutos, y puso tal cara que su padre no se atrevió a rechistar.

—Tu madre es, esto... —decía su padre en ese momento, con los ojos entrecerrados pero sin mirar nada en particular—. Es una persona muy luchadora, ¿verdad?

Conor se encogió de hombros.

—¿Cómo te va, Con?

—Me has preguntado eso como ochocientas veces desde que llegaste —dijo Conor.

—Perdona.

—Estoy bien —dijo Conor—. A mamá están poniéndole una medicación nueva. Hará que se sienta mejor. Tiene mal aspecto, pero ya ha estado así antes. ¿Por qué todo el mundo se comporta como si...? —Se calló y dio otro sorbo a la Coca-Cola.

—Tienes razón, hijo —dijo su padre—. Tienes toda la razón. —Dejó la copa en la mesa y empezó a girarla sobre la base—. Sin embargo, vas a tener que ser valiente por ella, Con. Vas a tener que ser muy valiente, mucho, por ella.

—Hablas como en las películas americanas.

Su padre rió bajito.

—Tu hermana está muy bien. Ya casi anda.

—Mi medio hermano —dijo Conor.

—Estoy deseando que la conozcas —dijo su padre—. Tenemos que organizar una visita pronto. Quizá incluso estas Navidades. ¿Te gustaría?

Conor miró a su padre a los ojos.

—¿Y mamá?

—Lo he hablado con tu abuela. Diría que no le parece mal, siempre y cuando te mandemos de vuelta a tiempo para el nuevo trimestre en el colegio.

Conor pasó una mano por el borde de la mesa.

—Entonces ¿solo sería una visita?

—¿A qué te refieres? —dijo su padre, parecía sorprendido—. Una visita en vez de... —lo dejó ahí, y Conor supo deducir lo que quería decir—. Conor...

Pero de repente Conor no quería que terminara la frase.

—Hay un árbol que viene a visitarme —dijo hablando rápido; empezó a quitarle la etiqueta a la botella de Coca-Cola—. Viene a casa por la noche, me cuenta historias.

Su padre parpadeó, desconcertado.

—¿Qué?

—Al principio creía que era un sueño —dijo Conor, raspando la etiqueta con la uña del pulgar—, pero cuando me despertaba siempre había hojas y arbolitos que brotaban del suelo. Los he ido escondiendo para que nadie lo descubra...

—Conor...

—Todavía no ha ido a casa de la abuela. Supongo que porque vive demasiado lejos...

—¿Qué estás...?

—Pero ¿qué importaría la distancia si solo fuera un sueño? ¿Acaso un sueño no podría cruzar toda la ciudad andando? No si es tan viejo como la tierra y tan grande como el mundo...

—Conor, déjalo ya...

—No quiero vivir con la abuela —dijo Conor de repente con una voz tan fuerte y engolada que parecía que lo estaba ahogando. Fijó la mirada en la etiqueta de la botella de Coca-Cola y siguió raspando con la uña del pulgar el papel mojado—. ¿Por qué no puedo ir a vivir contigo? ¿Por qué no puedo ir a Estados Unidos?

Su padre se pasó la lengua por los labios.

—Te refieres a cuando...

—La casa de la abuela es la casa de una señora mayor —dijo Conor.

Su padre soltó una risita.

—Pienso decirle que la has llamado señora mayor.

—No puedes tocar nada ni sentarte en ningún sitio —dijo Conor—. No puedes dejar nada desordenado ni siquiera un segundo. Y solo tiene internet en el despacho de fuera, y ahí no me deja entrar.

—Estoy seguro de que podemos hablar con ella de esas cosas. Estoy seguro de que hay un montón de espacio en la casa para que todo sea más fácil, para que tú te sientas cómodo.

—¡No quiero estar cómodo en esa casa! —dijo Conor levantando la voz—. Quiero mi propia habitación en mi propia casa.

—En Estados Unidos tampoco tendrías eso —dijo su padre—. Casi no tenemos

sitio ni para nosotros tres, Con. Tu abuela tiene mucho más dinero y espacio que nosotros. Además, tú vas al colegio aquí, tus amigos están aquí, toda tu vida está aquí. Sería injusto sacarte sin más de todo eso.

—¿Injusto para quién? —preguntó Conor.

Su padre suspiró.

—A eso me refería —dijo—. A eso me refería cuando te dije que ibas a tener que ser valiente.

—Eso es lo que me dice todo el mundo —repuso Conor—. Como si significara algo.

—Lo siento —dijo su padre—. Sé que parece algo completamente injusto, y me gustaría tanto que fuera diferente...

—¿De veras?

—Pues claro que sí. —Su padre se inclinó sobre la mesa—. Pero es mejor así. Ya lo verás.

Conor tragó saliva, seguía sin mirarlo a los ojos. Luego tragó saliva otra vez.

—¿Podríamos hablar de esto cuando mamá se recupere?

Su padre volvió a echarse hacia atrás despacio.

—Pues claro, colega. Eso es exactamente lo que haremos.

Conor lo miró.

—¿Colega?

Su padre sonrió.

—Perdona. —Levantó la copa y bebió hasta que no quedó nada de vino. La dejó encima de la mesa y chasqueó la lengua, luego le dirigió a Conor una mirada inquisitiva—. ¿Qué era todo eso que decías de un árbol?

Pero llegó la camarera y se hizo un silencio mientras dejaba las pizzas delante de ellos.

—Americana —dijo Conor mirando la suya con el ceño fruncido—. Si esta pizza hablara, seguro que tendría tu acento.

Los estadounidenses no tienen muchas vacaciones

—Parece que tu abuela no ha llegado todavía —dijo el padre de Conor aparcando el coche de alquiler delante de la casa de su abuela.

—A veces vuelve al hospital cuando yo ya me he acostado —dijo Conor—. Las enfermeras la dejan dormir en un sillón.

Su padre asintió con la cabeza.

—Puede que yo no le caiga bien —dijo—, pero eso no quiere decir que sea mala persona.

Conor miró la casa por la ventanilla.

—¿Hasta cuándo te quedas? —preguntó. Le había dado miedo preguntarlo antes.

Su padre soltó un largo suspiro, el tipo de suspiro que anunciable malas noticias.

—Solo unos días, me temo.

Conor se volvió hacia él.

—¿Nada más?

—Los estadounidenses no tienen muchas vacaciones.

—Tú no eres estadounidense.

—Pero ahora vivo allí. —Sonrió nervioso—. Llevas toda la noche burlándote de mi acento.

—Entonces ¿para qué has venido? —preguntó Conor—. ¿Por qué te has molestado en venir?

Su padre esperó un momento antes de responder.

—He venido porque tu madre me lo pidió. —Parecía que iba a decir algo más, pero no lo hizo.

Conor tampoco dijo nada.

—Pero volveré —dijo su padre—. Ya sabes, cuando haga falta. —Y añadió en un tono más animado—: ¡Y en Navidad irás a visitarnos! Lo pasaremos muy bien.

—En esa casa tuya en la que no se cabe y donde no hay sitio para mí —dijo Conor.

—Conor...

—Y luego volveré aquí para ir al colegio.

—Con...

—¿Para qué has venido? —preguntó Conor otra vez, en voz baja.

Su padre no respondió. Se abrió un silencio tal en el coche que tuvieron la sensación de estar sentados en los extremos opuestos de un desfiladero. Entonces su padre alzó una mano para posarla en el hombro de Conor, pero Conor se apartó y abrió la puerta para salir del coche.

—Espera, Conor.

Conor esperó pero no se dio la vuelta.

—¿Quieres que entre contigo hasta que vuelva tu abuela? —preguntó su padre—. Para hacerte compañía...

—Estoy bien solo —dijo Conor, y salió del coche.

La casa estaba en calma cuando entró. ¿Por qué no iba a ser así?

Estaba solo.

Se tiró otra vez en el sofá, y oyó cómo crujía con el impacto. Era un sonido tan gratificante que se levantó y se volvió a tirar. Luego se puso de pie y empezó a saltar en el sofá, las patas de madera gimieron y se arrastraron unos centímetros por el suelo, dejando cuatro arañazos idénticos en la madera noble.

Sonrió. Aquello le sentaba bien.

Bajó de un salto y dio una patada al sofá para echarlo todavía más atrás. Apenas era consciente de que jadeaba. Sentía que le ardía la cabeza, como si tuviera fiebre. Levantó un pie para darle otra patada al sofá.

Entonces alzó la vista y vio el reloj.

Elpreciado reloj de su abuela, colgando sobre la chimenea, con el péndulo oscilando a un lado y a otro, a un lado y a otro, como si llevara su propia vida privada y Conor no le importara nada.

Se acercó despacio, con los puños cerrados. Faltaba muy poco para que sonara el tong, tong, tong... de las nueve. Conor se quedó allí hasta que el segundero dio toda la vuelta y llegó a las doce. En el instante en que iban a empezar los tong, tong..., cogió el péndulo, y lo sujetó en el punto más alto de su oscilación.

Oyó cómo se quejaba el mecanismo del reloj mientras la primera «t» del tong interrumpido permanecía en el aire. Con la mano libre, Conor adelantó las manecillas de los minutos y los segundos pasando de las doce. Se resistían, pero empujó más y, al hacerlo, oyó un clic que no sonó precisamente bien. Las manecillas de los minutos y los segundos se liberaron de repente de lo que fuera que las sujetaba, y Conor las hizo girar, hasta que alcanzaron a la manecilla de la hora, y entonces arrastró también esa, mientras se oían lastimeros tongs que solo sonaban a medias y más clics dolorosos que salían de dentro de la caja de madera.

Sintió que las gotas de sudor le surcaban la frente y que el pecho le ardía por el calor.

(... casi como en la pesadilla, con esa fiebre que le hacía ver el contorno del mundo borroso y saliéndose de su eje, pero en ese momento el que mandaba era él, en ese momento la pesadilla era él...).

La segunda manecilla, la más fina de las tres, de pronto se desgajó de la esfera con un chasquido, dio un bote en la alfombra que cubría el suelo y desapareció entre

las cenizas de la chimenea.

Conor dio al instante un paso atrás y soltó el péndulo. Este cayó hasta su punto central pero ya no volvió a oscilar. No se oía el tictac ni el característico zumbido que el reloj solía hacer cuando estaba en marcha. Las manecillas seguían clavadas donde las había dejado.

Ohoh.

Cuando Conor se dio cuenta de lo que había hecho se le encogió el estómago.

«Oh, no», pensó.

«Oh, no».

Lo había roto.

Un reloj que quizá valiera más que la carraca de coche que tenía su madre.

Su abuela lo iba a matar, quizá literalmente, lo iba a matar...

Entonces se dio cuenta.

La manecilla de las horas y la de los minutos se habían parado a una hora concreta.

Las 00.07.

—Como ejemplo de destrucción —dijo el monstruo detrás de él—, esto es bastante penoso.

Conor se dio la vuelta rápidamente. De alguna manera, de algún modo, el monstruo había entrado en el salón de su abuela. Era demasiado grande, por supuesto, y tenía que agacharse mucho, pero mucho, para caber debajo del techo; las ramas y las hojas se retorcían y se apretaban para ocupar menos espacio, pero allí estaba, llenando todos los huecos.

—Es el tipo de destrucción que uno esperaría de un muchacho —dijo, y su aliento le echó el pelo hacia atrás.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Conor. Sintió un súbito ramalazo de esperanza—. ¿Estoy dormido? ¿Esto es un sueño? Como cuando rompiste la ventana de mi cuarto y me desperté y...

—He venido a contarte la segunda historia —dijo el monstruo.

Conor soltó un sonido de exasperación y volvió a mirar el reloj roto.

—¿Será tan mala como la última? —preguntó, preocupado.

—Termina con una destrucción como Dios manda, si es que te refieres a eso.

Conor se volvió hacia el monstruo. La expresión de su cara había dado forma a lo que reconoció como su sonrisa malvada.

—¿Es una historia tramposa? —preguntó Conor—. ¿Que parece que va a ser de una manera y luego es de otra completamente distinta?

—No —dijo el monstruo—. Es sobre un hombre que solo pensaba en sí mismo. —El monstruo sonrió otra vez, lo que le dio un aspecto todavía más perverso—. Y recibe un castigo duro de verdad.

Conor se quedó parado respirando durante un segundo, pensando en el reloj roto, en los araÑazos en la madera noble, en las bayas venenosas que caían del monstruo sobre el suelo limpio de su abuela.

Pensó en su padre.

—Te escucho —dijo Conor.

La segunda historia

—Hace ciento cincuenta años —empezó el monstruo—, esta tierra se había transformado en un lugar lleno de industrias. Las fábricas crecían en el paisaje como la mala hierba. Se talaron árboles, se destruyeron los campos, los ríos se volvieron negros. El cielo se asfixiaba por el humo y la ceniza, y también la gente, que no paraba de toser y rascarse, siempre con la vista baja, mirando el suelo. Las aldeas se convirtieron en pueblos; los pueblos, en ciudades. Y la gente empezó a vivir *sobre* la tierra en vez de vivir en ella.

»Pero había todavía espacios verdes, si sabías dónde mirar.

El monstruo abrió las manos y una niebla invadió el salón de su abuela. Cuando se aclaró, Conor y el monstruo estaban en un campo lleno de verdor con vistas a un valle de metal y ladrillo.

—Estoy dormido, ¿verdad? —dijo Conor.

—Silencio —dijo el monstruo—. Aquí viene.

Y Conor vio a un hombre, con pinta de amargado, pesadas ropas negras y el ceño muy, muy fruncido, que subía por la colina hacia ellos.

—En el borde de todo este verdor vivía un hombre. Su nombre no tiene importancia, pues nadie lo usaba nunca. Los lugareños lo llamaban simplemente el boticario.

—¿El qué? —preguntó Conor.

—El boticario —dijo el monstruo.

—¿El qué?

—Un boticario es un farmacéutico; ya entonces era una palabra pasada de moda.

—Ah —dijo Conor—. Haberlo dicho antes.

—Pero él se había ganado el nombre a pulso, porque el oficio de boticario era antiguo, tiene que ver con los viejos usos de la medicina. Con hierbas y cortezas de árboles, con brebajes preparados con bayas y hojas.

—La nueva mujer de mi padre hace eso —dijo Conor mientras veían al hombre extraer una raíz de la tierra—. Tiene una tienda en la que vende cuarzos y minerales.

El monstruo arrugó el ceño.

—No es ni mucho menos lo mismo.

»Muchos días el boticario iba andando a recoger hierbas y hojas por el campo verde que rodeaba su casa. Pero con el paso de los años sus caminatas se hicieron cada vez más largas, pues las fábricas y las carreteras se expandían alrededor de la ciudad como esos sarpullidos que a él se le daba tan bien tratar. Mientras que antes a media mañana ya había recogido el heliacanto y la bellarosa, ahora tardaba todo el día.

»El mundo estaba cambiando, y el boticario se convirtió en un hombre amargado.

O mejor dicho, en un hombre *más* amargado todavía, pues siempre había sido un antipático. Era avaricioso y cobraba demasiado por sus curas, muchas veces más de lo que el paciente podía pagar. Sin embargo, se sorprendía de lo poco que lo querían los lugareños, pensaba que deberían tratarlo con mucho más respeto. Y como su actitud hacia ellos era penosa, la de ellos hacia él también lo era, hasta que, según iba pasando el tiempo, sus pacientes empezaron a buscar otros remedios más modernos de otros curanderos más modernos. Lo que, como es lógico, solo sirvió para hacer del boticario un hombre todavía más amargado.

La niebla los rodeó de nuevo y la escena cambió. Ahora estaban en un prado sobre un pequeño altozano. A un lado se levantaba la casa de un párroco y en medio de un grupo de lápidas recientes se erigía un tejo gigantesco.

—En el pueblo del boticario también vivía un párroco...

—Esta es la colina que hay detrás de mi casa —lo interrumpió Conor. Miró alrededor, pero no vio ni la vía del tren ni las hileras de casas, solo unos cuantos senderos y el lecho cenagoso de un arroyuelo.

—El párroco tenía dos hijas —continuó el monstruo—, que eran la alegría de sus días.

Dos chicas salieron de la casa; gritaban, se reían y se lanzaban puñados de hierba. Corrían alrededor del tronco del tejo y se escondían la una de la otra.

—Ese eres tú —dijo Conor señalando el árbol, que por el momento era solo un árbol.

—Sí, vale, en las tierras que rodeaban la casa del párroco también había un tejo. Y bien bonito que era —dijo el monstruo.

—Si tú lo dices —dijo Conor.

—Resulta que el boticario quería hacerse con el tejo a cualquier precio.

—Ah, ¿sí? —preguntó Conor—. ¿Por qué?

El monstruo parecía sorprendido.

—El tejo es el más importante de los árboles medicinales —dijo—. Vive miles de años. Sus bayas, su corteza, sus hojas, su pulpa, su madera, todo bulle y crepita y se retuerce en él lleno de vida. Mezclado y tratado por el boticario adecuado, puede curar casi todas las dolencias que afectan al hombre.

Conor arrugó la frente.

—Eso te lo estás inventando.

La cara del monstruo se oscureció cual una nube de tormenta.

—¿Te atreves a cuestionar lo que yo digo, muchacho?

—No —dijo Conor, dando un paso atrás al ver la ira del monstruo—. Es que nunca había oído eso antes.

El monstruo, enfadado, permaneció un rato con el entrecejo fruncido, luego siguió con la historia.

—Para recolectar esas cosas del árbol, el boticario tendría que haberlo talado. Y el párroco no se lo permitía. El tejo llevaba en aquel terreno desde mucho antes de que se destinara a la parroquia. Habían empezado a dar uso al cementerio y había planes de construir una iglesia nueva. El tejo protegería la iglesia de la lluvia torrencial y de las inclemencias del tiempo, y el párroco, por muchas veces que el boticario se lo pidiera, y se lo pidió muchas, no le dejaba acercarse al árbol.

Bien. El párroco era un hombre ilustrado, y también amable. Quería lo mejor para su congregación, sacarlos de la edad oscura de la superstición y la brujería. Predicaba contra los viejos usos del boticario, y este, con su carácter de mil demonios y su avaricia, contribuía en gran medida a que estos sermones no cayeran en saco roto. Su negocio se redujo todavía más.

Pero entonces un día las hijas del párroco cayeron enfermas, primero una, y luego la otra, por una epidemia que se había extendido por toda la comarca.

El cielo se oscureció, y Conor oyó las toses de las hijas dentro de la casa del párroco, oyó también al párroco rezando en voz alta y el llanto de la mujer del párroco.

—Nada de lo que hizo el párroco sirvió de ayuda. Ni las oraciones, ni las curas de un médico moderno que vivía dos pueblos más arriba, ni los remedios del campo que le ofrecían tímidamente y en secreto sus feligreses. Nada. Las hijas se consumían y se acercaban a la muerte. Finalmente, no quedaba otra opción que acudir al boticario. El párroco se tragó su orgullo y fue a suplicarle que lo perdonara.

«Te ruego que ayudes a mis hijas», pidió el párroco, de rodillas a la puerta del boticario. «Si no lo haces por mí, hazlo al menos por mis dos hijas inocentes».

«¿Por qué iba a hacerlo?», preguntó el boticario. «Has alejado a mi clientela con tus prédicas. Me has negado el tejo, la mejor fuente de curación que tengo. Has vuelto al pueblo en mi contra».

«Podrás quedarte con el tejo», dijo el párroco. «Predicaré sermones a tu favor. Diré a mis feligreses que acudan a ti para cualquier dolencia que tengan. Te daré todo lo que me pidas a cambio de que salves a mis hijas».

El boticario estaba sorprendido.

«¿Estarías dispuesto a renunciar a todo aquello en lo que crees?».

«Si sirviera para salvar a mis hijas», dijo el párroco, «renunciaría a todo».

«Entonces», dijo el boticario cerrándole la puerta en las narices, «no puedo hacer nada por ti».

—¿Qué? —dijo Conor.

—Esa misma noche las dos hijas del párroco murieron.

—¿Qué? —dijo Conor de nuevo, con una sensación igual que la de la pesadilla creciéndole en las entrañas.

—Y esa misma noche, eché a andar.

—¡Bien! —gritó Conor—. Ese imbécil se merece un buen castigo.

—Eso pensé yo también —dijo el monstruo.

»Poco antes de la medianoche arranqué de sus cimientos la casa del párroco.

El resto de la segunda historia

—¿La del párroco? —exclamó Conor.

—Sí —dijo el monstruo—. Tiré el tejado al valle que había más abajo y tumbé a puñetazos todas las paredes de su casa.

La casa del párroco seguía delante de ellos, y Conor vio que el tejo se convertía en el monstruo y, hecho una furia, se ponía a golpear la casa del párroco. De pronto la puerta se abrió y el párroco y su mujer huyeron despavoridos. El monstruo les lanzó el tejado y no les dio por poco.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Conor—. ¡El boti como se diga es el malo!

—Sí? —preguntó detrás de él el monstruo de verdad.

Hubo un estruendo: el otro monstruo estaba derribando la pared frontal de la casa del párroco.

—¡Pues claro que sí! —gritó Conor—. ¡No quiso curar a las hijas del párroco! ¡Y murieron!

—El párroco se negó a creer que el boticario era capaz de curar —dijo el monstruo—. Cuando todo iba bien, casi acabó con el boticario, pero cuando las cosas se torcieron, no le importó renunciar a todas sus creencias si eso podía salvar a sus hijas.

—¿Y qué? —dijo Conor—. ¡Cualquiera habría hecho lo mismo! ¡Cualquiera habría hecho lo mismo! ¿Qué esperabas que hiciera?

—Esperaba que le hubiera dado el tejo al boticario la primera vez que se lo pidió.

Esto dejó a Conor sin palabras. Se oyó el estrépito de otra pared que se derrumbaba en la casa del párroco.

—¿Habrías dejado que te mataran?

—Soy mucho más que un árbol —dijo el monstruo—, pero sí, habría dejado que hicieran astillas el tejo. Habría salvado a las hijas del párroco. Y a muchos, muchos otros además de a ellas.

—¡Pero habría matado el árbol y se habría hecho rico! —gritó Conor—. ¡El boticario era malo!

—Era avaricioso y maleducado y estaba amargado, pero también era curandero. El párroco, sin embargo, ¿qué era? No era *nada*. La creencia es la mitad de toda curación. La creencia en la cura, la creencia en el futuro que nos espera. Y he aquí un hombre que vivía de la creencia, pero que la sacrificó a la primera de cambio, justo cuando más la necesitaba. Creía de un modo egoísta y temeroso. Y eso les costó la vida a sus hijas.

—Dijiste que esta era una historia sin trucos.

—Dije que esta era una historia de un hombre que recibió su castigo por egoísta. Y eso es lo que es.

Conor miró otra vez al monstruo que estaba destruyendo la casa del párroco. Una pierna monstruosa y gigantesca tiró de una patada una escalera. Un brazo monstruoso y gigantesco demolió las habitaciones.

—Dime, Conor O’Malley —le preguntó el monstruo detrás de él—. ¿Te gustaría unirte a nosotros?

—¿Unirme a vosotros? —dijo Conor, sorprendido.

—Te aseguro que es de lo más gratificante.

El monstruo dio un paso adelante, uniéndose a su segundo yo, y atravesó con un pie gigante un sofá no muy distinto del de la abuela de Conor. El monstruo miró a Conor, expectante.

—¿Qué quieres que destruya? —preguntó; dio otro paso hacia el segundo monstruo y, tras una imagen terriblemente borrosa, los dos se fundieron en un solo monstruo todavía más grande—. Espero tus órdenes, muchacho.

Conor empezó a respirar entrecortadamente. El corazón le latía a mil por hora y aquella sensación febril se había apoderado de él de nuevo. Esperó durante un largo instante.

—Tira abajo la chimenea —dijo al cabo.

El puño del monstruo salió disparado al instante y la chimenea cayó con un estruendo.

Conor respiraba como si fuera él el que estuviera destruyéndolo todo.

—Tira las camas —dijo.

El monstruo cogió las camas de los dos dormitorios, que ya no tenían tejado, y las lanzó con tanta fuerza que parecía que llegarían volando casi hasta la línea del horizonte.

—¡Destroza los muebles! —gritó Conor—. ¡Destrózalo todo!

El monstruo pisoteaba todos los muebles que encontraba, entre crujidos y estallidos que lo llenaban de satisfacción.

—¡HAZLO TODO AÑICOS! —rugió Conor, y el monstruo rugió a su vez y derrumbó las paredes que quedaban en pie. Conor echó a correr para ayudarlo, tomó una rama del suelo y rompió los cristales de las ventanas que todavía los conservaban. Gritaba tan fuerte que no podía oír sus propios pensamientos, perdido en aquel frenesí de destrucción, enceguecido, destrozando y destrozando y destrozando. El monstruo tenía razón, era muy gratificante. Conor gritó hasta que se quedó ronco, destrozó hasta que le dolían los brazos, rugió hasta casi quedar exhausto. Cuando por fin paró, vio que el monstruo lo miraba en silencio, lejos de los escombros. Conor jadeaba y se apoyaba en la rama para mantener el equilibrio.

—Ahora sí —dijo el monstruo—, esto sí es una destrucción como Dios manda.

Y de repente estaban de vuelta en el salón de la abuela.

Conor vio que no había dejado casi nada sin destruir.

La destrucción

El sofá estaba hecho pedazos. Todas las patas de madera estaban rotas, la tapicería, rajada y desgarrada, había puñados del relleno por todo el suelo, además de los restos del reloj, arrancado de la pared y hecho añicos casi irreconocibles. También estaban destrozadas las lámparas y las dos mesitas que había a ambos lados del sofá, así como la estantería bajo los ventanales, de cuyos libros no quedaba ni una hoja intacta. Hasta el papel de la pared había sido arrancado en tiras sucias e irregulares. Lo único que quedaba en pie era la vitrina, aunque las puertas de cristal estaban rotas y todo lo que contenía había caído al suelo.

Conor se quedó allí parado en estado de shock. Se miró las manos: estaban cubiertas de araños y de sangre, tenía las uñas rotas y arrancadas, y le dolían del esfuerzo.

—Oh, Dios —susurró.

Se dio la vuelta para mirar al monstruo.

Ya no estaba allí.

—¿Qué has hecho? —gritó en aquella calma súbita.

Era imposible que hubiera hecho todo eso él solo.

Imposible.

¿O no?

—Oh, Dios —dijo otra vez—. Oh, Dios.

—La destrucción es algo muy gratificante —escuchó, pero era como una voz en la brisa, algo que casi no estaba allí.

Y entonces oyó el coche de su abuela en la entrada.

No había escapatoria. Ni tiempo para salir por la puerta de atrás y huir a donde fuera que ella no lo encontrara jamás.

Pero, pensó, ni siquiera su padre se lo llevaría cuando averiguase lo que había hecho. Nunca dejarían que un chico capaz de aquello fuera a vivir en una casa con un bebé...

—Oh, Dios —dijo Conor otra vez; el corazón le latía tan fuerte que casi se le salía del pecho.

Su abuela metió la llave en la cerradura y abrió la puerta.

En la décima de segundo que siguió a su entrada en la casa, mientras se dirigía al salón todavía hurgando en el bolso, antes de que se diera cuenta de dónde estaba Conor o de lo que había pasado, él le vio la cara, vio lo cansada que estaba pero

ninguna noticia, ni buena ni mala, solo lo mismo de todas las noches en el hospital con la madre de Conor, lo mismo de todas las noches que las estaba dejando a las dos tan delgadas.

Entonces ella levantó la vista.

—¿Qué...? —dijo, se calló para no decir «demonios» delante de Conor. Se quedó petrificada, agarrada todavía al bolso. Solo sus ojos se movían, asimilando incrédula la destrucción del salón, casi negándose a ver lo que realmente había allí. Conor ni siquiera la oía respirar.

Y entonces lo miró a él, con la boca abierta, con los ojos como platos. Lo vio de pie en medio de todo, con las manos ensangrentadas por su labor.

Se le cerró la boca, pero no con la dura mueca de siempre. Le temblaba, como si estuviera haciendo esfuerzos por no llorar, como si le costara mantener el resto de la cara en su sitio.

Y entonces gimió, desde lo más hondo, con la boca cerrada.

Era un sonido tan lastimero que Conor tuvo que hacer un esfuerzo para no taparse los oídos.

Gimió otra vez. Y otra. Y luego otra vez, hasta que fue un único sonido, un único y horrible gemido sin final. Se le cayó el bolso al suelo. Se puso las palmas de las manos en la boca como si eso fuera a detener el horrible sonido de dolor, de queja y de lamento que le salía a borbotones.

—¿Abuela? —dijo Conor en voz alta y tensa, aterrorizado.

Y entonces su abuela gritó.

Retiró las manos, las cerró en sendos puños, abrió completamente la boca y gritó. Gritó tan fuerte que Conor al final se tapó los oídos. No lo miraba, no miraba nada, solo le gritaba al aire.

Conor nunca en toda su vida había tenido tanto miedo. Era como estar en el fin del mundo, casi como estar vivo y despierto en su pesadilla, los gritos, el vacío...

Entonces su abuela entró en el salón.

Se abrió paso a patadas entre los escombros casi como si no los viera. Conor se apartó rápidamente de su camino y tropezó con los restos del sofá. Levantó una mano para protegerse, esperando los tortazos que iban a caerle en cualquier momento...

Pero su abuela no iba a por él.

Pasó de largo, con la cara contorsionada por el llanto, el gemido saliéndole otra vez de dentro. Fue hasta la vitrina, lo único que quedaba en pie en el salón.

Y la aferró por un lado...

Y tiró de ella con todas sus fuerzas una vez...

Dos veces...

Y una tercera vez.

La estantería se vino estrepitosamente abajo y se estrelló contra el suelo con un crujido final.

Su abuela emitió un último gemido, se inclinó hacia delante y apoyó las manos en las rodillas; jadeaba.

No miró a Conor, no lo miró ni una sola vez cuando se puso derecha y salió del salón; dejó el bolso donde se le había caído, se fue directa a su habitación y cerró la puerta despacio.

Conor se quedó allí un rato, no sabía si debía moverse o no.

Después de lo que pareció una eternidad, fue a la cocina de su abuela a por bolsas de basura. Estuvo trabajando entre aquel caos hasta bien entrada la noche, pero era mucho para él. Clareaba el alba cuando por fin se rindió.

Subió la escalera, ni siquiera se molestó en lavarse la mugre y la sangre seca. Al pasar junto a la habitación de su abuela supo por la luz que se colaba bajo la puerta que todavía estaba despierta.

La oyó llorar.

Invisible

Conor se quedó esperando en el patio del colegio.

Había visto a Lily. Estaba con un grupo de chicas a las que él sabía que Lily no les caía muy bien y que ellas tampoco le caían bien a ella, pero allí estaba, en silencio mientras las otras no paraban de hablar. Conor se sorprendió buscando su mirada, pero ella no lo miró. Como si ya no lo viera.

Así que esperó solo, apoyado contra un muro de piedra, lejos de los otros chicos que chillaban y reían y miraban sus móviles como si nada malo pasara en el mundo, como si en la inmensidad del universo a ellos nunca pudiera pasarles nada.

Entonces los vio. Harry, Sully y Anton, atravesando el patio hacia él, con los ojos de Harry fijos en él, serio pero al acecho, y sus compinches prometiéndoselas muy felices.

Se acercaban. Conor sintió que le flaqueaban las fuerzas de puro alivio.

Aquella mañana había dormido lo suficiente para tener la pesadilla, como si las cosas no estuvieran ya lo bastante mal. Había soñado otra vez con el terror y la caída, y aquello tan horroroso que pasaba al final. Se había despertado gritando. Así había comenzado un día que no pintaba mucho mejor.

Cuando por fin se atrevió a bajar, su padre estaba en la cocina de su abuela, preparando el desayuno.

No vio a su abuela por ninguna parte.

—¿Revueltos? —preguntó su padre, levantando la sartén en la que estaba haciendo los huevos.

Conor asintió, aunque no tenía ni pizca de hambre, y se sentó a la mesa. Su padre terminó de hacer los huevos y los puso sobre unas tostadas con mantequilla; colocó dos platos en la mesa: uno para Conor, otro para él. Se sentó y comieron.

El silencio se hizo tan pesado que a Conor le costaba respirar.

—La liaste buena —dijo por fin su padre.

Conor siguió comiendo, daba los bocados más pequeños que podía.

—Me llamó esta mañana. Muy, muy temprano.

Conor tomó otro bocado microscópico.

—Tu madre ha empeorado, Con —dijo su padre. Conor levantó rápidamente la vista—. Tu abuela se ha ido al hospital a hablar con los médicos —siguió su padre—. Te acercaré al colegio...

—¿Al colegio? —dijo Conor—. ¡Quiero ver a mamá!

Pero su padre ya estaba negando con la cabeza.

—No es lugar para un niño en este momento. Te llevaré al colegio y me iré al

hospital, pero a la salida te recogeré y te llevaré a verla. —Su padre miró el plato—. Te recogeré antes si... es necesario.

Conor dejó el cuchillo y el tenedor en el plato. No le apetecía comer más. Quizá ya no le apetecería nunca más.

—Oye —dijo su padre—. ¿Recuerdas que te dije que ibas a tener que ser valiente? Pues ese momento ha llegado. —Señaló el salón—. Veo cuánto te está afectando esto. —Esbozó una sonrisa triste—. Tu abuela también lo ve.

—No quería hacerlo —dijo Conor, y el corazón empezó a latirle con fuerza—. No sé qué pasó.

—No pasa nada —dijo su padre.

—¿No pasa nada? —Conor arrugó el entrecejo.

—No te preocupes por eso. Más se perdió en la guerra.

—¿Eso qué quiere decir?

—Quiere decir que vamos a hacer como que nunca ocurrió —dijo su padre con firmeza—, porque ahora mismo están pasando otras cosas.

—¿Otras cosas como lo de mamá?

Su padre suspiró.

—Acábate el desayuno.

—¿No me vais a castigar?

—¿De qué serviría, Con? —dijo su padre, moviendo la cabeza—. Dime, ¿de qué serviría?

En clase, Conor no se había enterado de una sola palabra, pero los profesores no lo habían regañado por su falta de atención. La señorita Marl ni siquiera le hizo entregar la redacción de «Escribir la vida», aunque el plazo acababa ese día. Conor no había escrito ni una sola frase.

Sus compañeros también mantenían la distancia, como si oliera mal. Intentó recordar si había hablado con alguno de ellos desde que llegó por la mañana. Creía que no. Lo que quería decir que no había hablado con nadie desde la conversación con su padre durante el desayuno.

¿Cómo era posible?

Pero allí estaba Harry. Y al menos eso parecía algo normal.

—Conor O’Malley —dijo Harry deteniéndose a un paso de él. Sully y Anton se quedaron detrás, riéndose.

Conor se separó del muro y dejó caer las manos en los costados, preparándose para el puñetazo que estaría al llegar.

Solo que no llegó.

Harry simplemente se quedó ahí delante. Sully y Anton también; la sonrisa se les fue encogiendo poco a poco.

—¿A qué esperas? —preguntó Conor.

—Sí —le dijo Sully a Harry—, ¿a qué esperas?

—Pégale —dijo Anton.

Harry no se movió, lo miraba fijamente. Conor no podía hacer otra cosa que sostenerle la mirada, hasta que le pareció que no había nada más en el mundo aparte de Harry y de él. Le sudaban las manos. El corazón le latía desbocado.

«Venga, hazlo», pensó, y entonces se dio cuenta de que lo decía en voz alta.

—¡Venga, hazlo!

—¿Que haga qué? —dijo Harry con calma—. ¿Qué narices quieres que haga, O'Malley?

—Quiere que le des una paliza y lo tumbes —dijo Sully.

—Quiere que le sacudas —dijo Anton.

—¿Es cierto eso? —preguntó Harry, y parecía realmente interesado—. ¿Es eso lo que quieres?

Conor no dijo nada, se limitó a seguir allí, con los puños cerrados. Esperando.

Y entonces sonó el timbre, muy alto, y la señorita Kwan empezó a cruzar el patio, hablaba con otra profesora pero no perdía de vista a los alumnos que había a su alrededor, con un ojo puesto especialmente en Conor y Harry.

—Me parece que nunca sabremos —dijo Harry— lo que quiere O'Malley.

Anton y Sully se rieron, aunque no habían entendido la broma, y los tres se dieron la vuelta para entrar en clase.

Pero Harry miraba a Conor mientras se alejaba, no apartó la vista de él en ningún momento.

Mientras dejaba a Conor allí solo.

Como si fuera invisible para el resto del mundo.

Los tejos

—Hola, cariño —dijo su madre, incorporándose un poco en la cama, cuando Conor entró por la puerta.

Conor vio cuánto le costaba hacerlo.

—Estaré fuera. —Su abuela se levantó de la silla y pasó a su lado sin mirarlo.

—Voy a por algo a la máquina, colega —dijo su padre desde la puerta—. ¿Quieres algo?

—Quiero que dejes de llamarme «colega» —respondió Conor sin apartar los ojos de su madre.

Que rió.

—Vuelvo enseguida —dijo su padre, y lo dejó solo con ella.

—Ven, acércate.

Su madre dio unos golpecitos en la cama.

Él fue hasta allí y se sentó junto a ella, con cuidado de no tocar ni el tubo que le habían clavado en el brazo ni el que le enviaba aire a los pulmones ni el que sabía que le ponían a veces en el pecho, cuando le metían las sustancias químicas de color naranja brillante durante los tratamientos.

—¿Cómo está mi Conor? —preguntó levantando una mano delgada para pasársela por el pelo. Él vio que tenía una mancha amarilla en el brazo, alrededor del punto en el que le habían metido el tubo, y pequeños moratones en la parte interior del codo.

Pero sonreía. Era una sonrisa cansada, una sonrisa agotada, pero era una sonrisa.

—Sé que debo parecer un adefesio —dijo ella.

—No, no es cierto —dijo Conor.

Ella volvió a pasarle los dedos por el pelo.

—Creo que sé perdonar una mentira piadosa.

—¿Estás bien? —preguntó Conor, y aunque la pregunta era completamente absurda, ella supo lo que quería decir.

—Bueno, cariño —dijo—, han probado con dos cosas distintas y no han funcionado. Y han visto que no funcionaban bastante antes de lo que esperaban. Si es que eso tiene sentido.

Conor negó con la cabeza.

—No, para mí tampoco lo tiene, la verdad —dijo ella.

Él vio que su sonrisa se contraía, le resultaba más difícil mantenerla. Su madre respiró hondo, y el aire resonó, como si tuviera algo pesado dentro del pecho.

—Va todo un poco más rápido de lo que yo esperaba, cariño —dijo ella, y su voz era pastosa, tanto que a Conor se le estrechó el nudo que tenía en el estómago. De pronto se alegró de no haber comido nada desde el desayuno—. Aunque —dijo su

madre; su voz seguía siendo pastosa, pero volvía a sonreír— van a probar con otra cosa, un medicamento que en algunos casos ha dado buenos resultados.

—¿Por qué no lo intentaron antes? —preguntó Conor.

—¿Te acuerdas de los tratamientos? —dijo ella—. ¿Lo de perder el pelo y todos esos vómitos?

—Pues claro.

—Bueno, esto es algo que tomas cuando lo otro no ha funcionado como ellos querían —dijo ella—. Siempre era una posibilidad, pero esperaban no tener que usarlo. —Bajó la mirada—. Y esperaban no tener que usarlo tan pronto.

—¿Eso quiere decir que es demasiado tarde? —le preguntó Conor antes incluso de saber lo que estaba diciendo.

—No, Conor —respondió ella enseguida—. No pienses eso. No es demasiado tarde. Nunca es demasiado tarde.

—¿Seguro?

Ella sonrió de nuevo.

—Estoy convencida de todo lo que digo —dijo, con un poco más de fuerza en la voz.

Conor recordó lo que había dicho el monstruo. «La creencia es la mitad de la curación».

Le costaba respirar, pero la tensión aflojó un poco, empezando por el estómago. Su madre vio que estaba algo más relajado, y le frotó la piel del brazo.

—Y hay algo interesante de verdad —dijo ella, y su voz sonó un poco más alegre—. ¿Te acuerdas del árbol que hay en la colina de detrás de casa?

Conor abrió unos ojos como platos.

—Bueno, aunque te cueste creerlo —siguió su madre—, ese medicamento lo extraen de los tejos.

—¿De los tejos? —preguntó Conor en voz baja.

—Sí —dijo su madre—. Había leído sobre el tema hace tiempo, cuando empezó todo esto. —Tosió tapándose la boca con la mano, luego tosió otra vez—. Esperaba que no llegáramos a este punto, pero me parecía increíble que durante todo ese tiempo viéramos un tejo desde nuestra casa. Y que justo ese árbol pudiera ser lo que me curase.

A Conor le daba vueltas la cabeza, tan rápido que casi se mareó.

—Las cosas verdes de este mundo son maravillosas, ¿verdad? —siguió diciendo su madre—. Nos empeñamos en deshacernos de ellas y resulta que muchas veces son justo lo que nos salva.

—¿Te va a salvar a ti? —preguntó Conor, casi incapaz de hablar.

Su madre sonrió otra vez.

—Espero que sí —dijo—. Creo que sí.

¿Podría ser?

Conor salió al pasillo del hospital, la cabeza le iba a mil por hora. Un medicamento que se extrae de los tejos. Un medicamento que podía curar de verdad. Un medicamento como el que el boticario se negó a hacer para el párroco. Aunque, para ser sinceros, Conor no tenía todavía del todo claro por qué fue la casa del párroco la que acabó demolida.

A no ser que...

A no ser que el monstruo hubiera ido por una razón. A no ser que hubiera echado a andar para curar a la madre de Conor.

Casi no se atrevía a tener esperanzas. Casi no se atrevía a pensar lo. No.

No, claro que no. No podía ser verdad, qué bobo era. El monstruo era un sueño. Eso era todo, un sueño.

Pero las hojas. Y las bayas. Y el arbolito saliendo del suelo. Y la destrucción del salón de su abuela.

De repente se sintió ligero, como si flotara.

¿Podría ser? ¿Podría ser de verdad?

Oyó voces y miró hacia el fondo del pasillo. Su padre y su abuela estaban discutiendo.

No podía oír lo que decían, pero su abuela le apuntaba airadamente con un dedo a la altura del pecho. «Vale, ¿y qué quieras que haga?», le decía su padre, lo bastante alto como para atraer la atención de la gente que pasaba por el pasillo. Conor no oyó la respuesta de su abuela, pero ella volvió hecha una furia por el pasillo y pasó de largo, sin mirarlo siquiera mientras se metía en la habitación de su madre.

Su padre se acercó poco después, con los hombros caídos.

—¿Qué pasa? —preguntó Conor.

—Bah, tu abuela se ha enfadado conmigo —dijo su padre con una sonrisa rápida—. Nada nuevo.

—¿Por qué?

Su padre hizo una mueca.

—Hay malas noticias, Conor —dijo—. Tengo que volver esta noche.

—¿Esta noche? —preguntó Conor—. ¿Por qué?

—La niña está enferma.

—Vaya —dijo Conor—. ¿Qué tiene?

—Seguramente nada grave, pero Stephanie se ha puesto nerviosa y la ha llevado al hospital y quiere que vuelva ya.

—¿Y vas a ir?

—Voy a ir pero volveré —dijo su padre—. El domingo que viene no, el otro, así que ni siquiera son dos semanas. En el trabajo me darán más días para venir a verte.

—Dos semanas —dijo Conor hablando casi consigo mismo—. Pero bueno, está bien. A mamá le están dando esa medicación nueva y se pondrá mejor. Así que cuando vuelvas...

Se calló al ver la cara de su padre.

—Hijo, ¿por qué no vamos a dar un paseo?

Frente al hospital había un pequeño parque con senderos entre los árboles. Mientras Conor y su padre caminaban hacia un banco vacío, se cruzaron con pacientes que llevaban el uniforme del hospital; paseaban con sus familiares o solos, fumando a escondidas. Como si el parque fuera un ala al aire libre del hospital. O un lugar de recreo para los fantasmas.

—Tenemos que hablar, ¿no? —dijo Conor cuando se sentaron—. Últimamente todo el mundo quiere hablar conmigo.

—Conor —dijo su padre—. Esa medicación nueva que le están dando a tu madre...

—La va a poner buena —dijo Conor con firmeza.

Su padre se quedó en silencio un momento.

—No, Conor —dijo—. Probablemente no.

—Sí, se va a poner buena —insistió Conor.

—Es un último intento, un intento a la desesperada. Lo siento, hijo, pero las cosas están yendo demasiado rápido.

—La curará. Sé que la curará.

—Conor —dijo su padre—. La otra razón por la que tu abuela está enfadada conmigo es porque cree que ni tu madre ni yo hemos sido sinceros contigo. Sobre lo que está pasando.

—¡Qué sabrá la abuela!

Su padre le puso una mano en el hombro.

—Conor, tu madre...

—Se va a curar —dijo Conor, apartando la mano y poniéndose de pie—. El secreto es ese nuevo medicamento. El medicamento es la razón. Te lo digo yo, lo sé.

Su padre parecía confuso.

—¿La razón de qué?

—Así que vuélvete a Estados Unidos —siguió Conor—, con tu otra familia, aquí estaremos bien sin ti. Porque esto va a funcionar.

—Conor, no...

—Sí. Va a funcionar.

—Hijo —dijo su padre inclinándose hacia delante—. Las historias no tienen

siempre un final feliz.

Eso lo desconcertó. Porque era verdad, no siempre acababan bien. El monstruo se lo había enseñado. Las historias eran criaturas salvajes, muy salvajes, y salían disparadas en la dirección que menos esperabas.

Su padre meneaba la cabeza.

—Es demasiado pedirte esto. Lo es, sé que lo es. Es injusto y cruel y no es como deberían ser las cosas.

Conor guardó silencio.

—Volveré en una semana a partir del domingo —dijo su padre—. No lo olvides, ¿vale?

Conor miró al sol con los ojos entrecerrados. Había sido un octubre increíblemente cálido, como si el verano se empeñara en quedarse.

—¿Cuánto tiempo te quedarás?

—Lo que haga falta.

—Y luego volverás a irte.

—Tendré que irme. Allí tengo...

—Otra familia —terminó Conor.

Su padre alargó la mano otra vez, pero Conor ya iba de vuelta hacia el hospital.

Porque sí que daría resultado, funcionaría, esa era la verdadera razón por la que el monstruo había echado a andar. Tenía que serlo. Si el monstruo era real, esa tenía que ser la razón.

Antes de entrar en el hospital, Conor miró el reloj que había en la fachada. Ocho horas todavía hasta las 00.07.

Ninguna historia

—¿La puedes curar? —preguntó Conor.

—El tejo es un árbol que cura —dijo el monstruo—. Es la forma en que elijo caminar la mayor parte de las veces.

Conor torció el gesto.

—Eso no es lo que se dice una respuesta.

El monstruo le respondió con su sonrisa malvada.

La abuela de Conor lo había llevado de vuelta a casa cuando su madre se quedó dormida sin haber probado la cena. No había hablado con él de lo del salón. Apenas le había dirigido la palabra.

—Me vuelvo al hospital —había dicho mientras Conor salía del coche—. Prepárate algo de cena. Sé que al menos eso sabes hacerlo.

—¿Crees que papá estará ya en el aeropuerto? —preguntó Conor.

Su abuela se había limitado a lanzar un suspiro de impaciencia. Él había cerrado la puerta y ella se había ido. Llevaba bastante tiempo dentro de la casa; el reloj —el reloj barato de la cocina que iba con pilas y que era todo lo que tenían ahora— se arrastraba con lentitud hacia la medianoche y su abuela ni había regresado ni había llamado. Pensó en llamarla él, pero en una ocasión ya le había gritado porque el sonido del teléfono había despertado a su madre.

Daba igual. De hecho era más fácil así. No tenía por qué fingir que se iba a la cama. Esperaría hasta que el reloj diera las 00.07. Entonces saldría fuera y diría: «¿Dónde estás?».

Y el monstruo diría: «Estoy aquí», y pasaría por encima del despacho que su abuela tenía en el jardín con un fácil movimiento.

—¿La puedes curar? —le preguntó Conor otra vez, con mayor firmeza.

El monstruo lo miró desde lo alto.

—Eso no depende de mí.

—¿Por qué no? —preguntó Conor—. Derribas casas y rescatas brujas. Dices que en cada parte de ti hay un remedio si la gente sabe cómo usarlo.

—Si a tu madre se la puede curar —dijo el monstruo—, el tejo la curará.

Conor se cruzó de brazos.

—¿Es eso un sí?

Entonces el monstruo hizo algo que no había hecho hasta ese momento.

Se sentó.

Apoyó toda la magnitud de su peso sobre el despacho de su abuela. Conor oyó cómo crujía la madera y vio que el tejado se combaba. El corazón se le salía por la garganta. Si el monstruo destruía también el despacho de su abuela, a saber lo que ella le haría a él. Quizá mandarlo derecho a la cárcel. O peor todavía, a un internado.

—Todavía no sabes por qué me llamaste, ¿verdad? —preguntó el monstruo—. Todavía no sabes por qué he venido andando. No creas que es algo que haga todos los días, Conor O’Malley.

—Yo no te llamé —dijo Conor—. A no ser que fuera en un sueño o algo. Y si lo hice, es obvio que fue por mi madre.

—Ah, ¿sí?

—Bueno, ¿y por qué si no? —dijo Conor elevando la voz—. No iba a llamarte para oír esas horribles historias que no tienen ningún sentido.

—¿Te olvidas del salón de tu abuela?

A Conor se le escapó una sonrisita.

—Ya me parecía a mí —dijo el monstruo.

—Estoy hablando en serio —dijo Conor.

—Yo también. Pero aún no estamos preparados para la tercera y última historia. Será pronto. Y después tú me contarás tu historia, Conor O’Malley. Me contarás tu verdad. —El monstruo se inclinó hacia delante—. Ya sabes de qué te hablo.

La niebla los rodeó de repente y el jardín de su abuela desapareció de la vista. El mundo se transformó en un lugar gris y vacío, y Conor supo exactamente dónde estaba, y en qué exactamente se había transformado el mundo.

Estaba dentro de la pesadilla.

Eso era lo que se sentía dentro de la pesadilla, eso era lo que se veía, los bordes del mundo desmoronándose y Conor sujetándole las manos, sintiendo cómo se le escurrían de entre los dedos, sintiendo cómo ella caía...

—¡No! —gritó—. ¡No! ¡Eso no!

La niebla escampó y Conor estaba de nuevo en el jardín de su abuela, con el monstruo todavía sentado sobre el despacho.

—Eso no es mi verdad —dijo Conor con voz temblorosa—. Eso solo es una pesadilla.

—Sin embargo —dijo el monstruo poniéndose de pie, y pareció que las vigas del tejado del despacho suspiraran de alivio—, eso es lo que pasará tras la tercera historia.

—Fantástico —dijo Conor—, otra historia cuando están pasando cosas más importantes.

—Las historias son importantes —dijo el monstruo—. Pueden ser más importantes que cualquier otra cosa. Si portan la verdad.

—Escribir la vida —dijo Conor amargamente entre dientes.
El monstruo pareció sorprendido.
—En efecto —dijo. Se dio la vuelta para marcharse, pero miró otra vez a Conor
—. Búscame pronto.
—Quiero saber qué va a pasar con mi madre —dijo Conor.
El monstruo se detuvo.
—¿Es que no lo sabes ya?
—Dijiste que eras un árbol que curaba —dijo Conor—. ¡Bueno, pues yo necesito que cures!
—Y curaré —dijo el monstruo.
Y con un golpe de viento desapareció.

Ya no te veo

—Yo también quiero ir al hospital —dijo Conor a la mañana siguiente mientras iba en el coche con su abuela—. Hoy no quiero ir al colegio.

Su abuela se limitó a seguir conduciendo. Había bastantes posibilidades de que no volviera a hablarle nunca más.

—¿Qué tal estaba anoche? —preguntó Conor. Después de que se fuera el monstruo, había aguantado despierto, esperando, durante un buen rato, pero, a pesar de todo, se había quedado dormido antes de que volviera su abuela.

—Igual —dijo ella lacónicamente, con los ojos fijos en la carretera.

—¿Le está haciendo algo la nueva medicación?

Su abuela tardó tanto tiempo en contestar a esa pregunta que Conor pensó que ya no iba a hacerlo, y estaba a punto de preguntárselo otra vez cuando ella dijo:

—Es demasiado pronto para saberlo.

Conor dejó que pasaran unas cuantas calles, luego le preguntó:

—¿Cuándo va a volver a casa?

A esa pregunta su abuela no respondió, y eso que aún les quedaba otra media hora de viaje para llegar al colegio.

No había manera de que prestara atención en clase. Algo que de todas formas no tenía importancia porque ninguno de los profesores le preguntó nada. Tampoco los compañeros. Para cuando llegó la hora de la comida, se había tirado otra mañana sin cruzar una palabra con nadie.

Se sentó solo en el extremo del comedor, sin probar la comida que tenía delante. Había un ruido increíble, los gritos, los chillidos, las peleas y las risas de sus compañeros resonaban en la sala. Conor hizo lo posible por ignorarlos.

El monstruo la curaría. Por supuesto que lo haría. ¿Qué otra razón podría haber para que hubiera ido? No había otra explicación. Había ido hasta él andando como el árbol de la curación, el mismo árbol del que sacaban el medicamento para su madre, ¿para qué otra cosa si no?

«Por favor», pensó Conor mientras miraba la bandeja de la comida todavía intacta. «Por favor».

Desde el otro lado de la mesa, dos manos dieron un fuerte golpe a ambos lados de la bandeja, y le tiraron encima el zumo de naranja.

Conor se levantó, aunque no lo bastante rápido. Tenía los pantalones empapados, el líquido se deslizaba por sus piernas.

—¡O’Malley se ha hecho pis encima! —estaba gritando ya Sully, con Anton a su lado partiéndose de risa.

—¡Toma! —le dijo Anton salpicándole con los dedos un poco del zumo que había caído en la mesa—. ¡Te dejabas esto!

Harry estaba entre Anton y Sully, como siempre, con los brazos cruzados, mirándolo.

Conor le devolvió la mirada.

Ninguno de los dos se movió durante un rato tan largo que Sully y Anton se quedaron callados. Empezaron a ponerse nerviosos mientras la lucha de miradas continuaba; se preguntaban qué iba a hacer Harry a continuación.

También Conor se lo preguntaba.

—Me parece que ya te he calado, O’Malley —dijo Harry por fin—. Creo que ya sé lo que estás pidiendo.

—Y ahora te lo van a dar —dijo Sully.

Él y Anton rieron y entrechocaron los puños.

Conor no vio a ningún profesor con el rabillo del ojo, así que supo que Harry había elegido un momento en el que pudieran meterse con él sin ser vistos.

Conor estaba solo.

Harry dio un paso al frente, todavía mantenía la calma.

—Aquí tienes el golpe más duro de todos, O’Malley —dijo Harry—. Esto es lo peor que te puedo hacer.

Tendía la mano, como si quisiera estrechársela.

Quería estrechársela.

Conor reaccionó de manera casi automática: alargó la mano y estrechó la de Harry sin pararse siquiera a pensar lo que estaba haciendo. Se estrecharon la mano como dos hombres de negocios al final de una reunión.

—Adiós, O’Malley —dijo Harry mirándolo a los ojos—. Ya no te veo.

Le soltó la mano, se dio la vuelta y se fue. Anton y Sully parecían todavía más desconcertados, pero después de un segundo se fueron también.

Ninguno se dio la vuelta para mirar a Conor.

En la pared del comedor había un reloj digital gigante, adquirido como lo último en tecnología en algún momento en los años setenta y que nunca habían cambiado, aunque era más viejo que la madre de Conor. Mientras Conor veía cómo se alejaba Harry, cómo se alejaba sin mirar atrás, cómo se alejaba sin hacer nada, Harry pasó bajo el reloj digital.

La comida empezaba a las 11.55 y terminaba a las 12.40.

En el reloj eran ahora las 12.06.

Las palabras de Harry sonaban como un eco en la cabeza de Conor.

«Ya no te veo».

Harry seguía alejándose, cumpliendo su promesa.

«Ya no te veo».

El reloj marcó las 12.07

—Es la hora de la tercera historia —dijo el monstruo, detrás de él.

La tercera historia

—Había una vez un hombre invisible —continuó diciendo el monstruo, aunque Conor seguía con los ojos clavados en Harry—, que se cansó de que no lo vieran.

Conor echó a andar.

A andar detrás de Harry.

—No es que fuera *de verdad* invisible —dijo el monstruo siguiendo a Conor; el comedor parecía pequeño allí por donde pasaban—. Sino que la gente se había acostumbrado a no verlo.

—¡Oye! —dijo Conor.

Harry no se dio la vuelta. Tampoco Sully ni Anton, aunque seguían con sus risitas mientras Conor apretaba el paso.

—Y si nadie te ve —dijo el monstruo apretando también el paso—, ¿se puede decir que estés ahí?

—¡OYE! —gritó Conor.

El comedor se había quedado en silencio mientras Conor y el monstruo seguían a Harry a toda prisa.

A Harry, que todavía no se había dado la vuelta.

Conor lo alcanzó, lo agarró por el hombro e hizo que se girara. Harry fingió que no sabía qué estaba sucediendo y dirigió a Sully una mirada acusadora, como si se lo hubiera hecho él.

—Deja de hacer el tonto —dijo Harry y se volvió otra vez.

Se volvió de espaldas a Conor.

—Y entonces un día el hombre invisible decidió —dijo el monstruo, y su voz resonaba en los oídos de Conor—: «*Haré que me vean*».

—¿Cómo? —preguntó Conor, respirando entrecortadamente; no se volvió para ver al monstruo; no observó la reacción de todo el comedor al ver un monstruo tan grande allí en medio, pero era consciente de los murmullos de nerviosismo y de la extraña expectación que había en el aire—. ¿Cómo lo hizo ese hombre?

Conor sintió que el monstruo se arrodillaba detrás de él y se acercaba a su oído para susurrarle el resto de la historia.

—Llamó —dijo— a un *monstruo*. —Y alargó una mano enorme y monstruosa que pasó junto a Conor y tiró a Harry al suelo de un tremendo empujón.

Se oyó un estruendo de bandejas y gritos mientras Harry rodaba por el suelo. Anton y Sully miraron aterrados, primero a Harry, luego de nuevo a Conor.

Les cambió la cara al verlo. Conor dio otro paso hacia ellos; sentía la mole del monstruo detrás de él.

Anton y Sully dieron media vuelta y echaron a correr.

—¿A qué te crees que estás jugando, O’Malley? —dijo Harry mientras se

levantaba del suelo, con una mano en la frente, donde se había golpeado al caer. Apartó la mano y algunos gritaron al ver la sangre.

Conor seguía avanzando, la gente se apartaba como podía. El monstruo iba con él, pisando exactamente donde él pisaba.

—¿No me ves? —gritó Conor—. ¿No me ves?

—¡No, O'Malley! —gritaba Harry sin moverse del sitio—. No te veo. ¡Nadie aquí te ve!

Conor se paró y miró despacio a su alrededor. Todo el comedor los observaba, esperando a ver qué pasaba.

Pero cuando Conor los miraba, apartaban la vista, como si les diera demasiada vergüenza o les doliera mirarlo directamente a los ojos. Solo Lily le sostuvo la mirada durante más de un segundo; había angustia y dolor en su cara.

—¿Crees que esto me da miedo, O'Malley? —dijo Harry tocándose la sangre en la frente—. ¿Crees que te voy a tener miedo algún día?

Conor no decía nada, solo seguía avanzando.

Harry dio un paso atrás.

—Conor O'Malley —dijo con voz venenosa—. A quien todo el mundo compadece por lo de su madre. Que va por el colegio pavoneándose como si fuera diferente, como si nadie supiera lo que está sufriendo.

Conor siguió andando, casi lo había alcanzado.

—Conor O'Malley, que quiere que lo castiguen —dijo Harry, que continuaba retrocediendo con la mirada fija en Conor—. Conor O'Malley, que necesita que lo castiguen. ¿Y por qué, Conor O'Malley? ¿Qué secretos tan terribles escondes?

—Cállate —dijo Conor.

Y oyó que la voz del monstruo lo decía con él.

Harry dio otro paso atrás y chocó con una ventana. Era como si todo el colegio estuviera conteniendo la respiración a la espera de qué iba a hacer Conor. Oyó a un par de profesores dando voces fuera, por fin se habían enterado de que pasaba algo.

—Pero ¿sabes lo que veo cuando te miro, O'Malley?

Conor cerró los puños.

Harry se inclinó hacia delante con los ojos echando chispas.

—No veo nada —dijo.

Sin darse la vuelta, Conor le hizo una pregunta al monstruo.

—¿Qué hiciste para ayudar al hombre invisible?

Y sintió de nuevo la voz del monstruo, como si estuviera dentro de su cabeza.

—Hice que *vieran* —dijo.

Conor cerró todavía más los puños.

Entonces el monstruo dio un salto adelante para hacer que Harry viera.

El castigo

—Ni siquiera sé qué decir. —La directora soltó un suspiro de exasperación y movió la cabeza de un lado a otro—. ¿Qué puedo decirte, Conor?

Conor seguía con los ojos fijos en la alfombra, que tenía el color de una gran mancha de vino. La señorita Kwan estaba sentada detrás de él, como si Conor pudiera intentar escaparse. Sintió, más que vio, que la directora se inclinaba hacia delante. Era mayor que la señorita Kwan. Y daba el doble de miedo.

—Lo has mandado al hospital, Conor —dijo—. Le has roto un brazo, la nariz, y seguro que ya no tendrá los dientes tan bonitos como antes. Sus padres han amenazado con llevar a juicio al colegio y presentar cargos contra ti.

Al oír eso Conor levantó la mirada.

—Estaban histéricos, Conor —dijo la señorita Kwan detrás de él—, y no me extraña. Les expliqué lo que había estado pasando. Que estaba acosándote y que tu situación era... especial.

Conor torció el gesto al oír aquella palabra.

—De hecho, lo del acoso es lo que más les ha asustado —dijo la señorita Kwan en un tono de desdén—. Al parecer es difícil que te acepten en una universidad si te han acusado de acoso en el colegio.

—¡Pero esa no es la cuestión! —dijo la directora, levantando tanto la voz que Conor y la señorita Kwan dieron un bote—. Es que ni siquiera entiendo lo que pasó realmente. —Miró unos papeles que tenía encima de la mesa; informes de profesores y de otros alumnos, pensó Conor—. Ni siquiera entiendo cómo un chico puede haber causado tanto daño él solo.

Conor había sentido lo que el monstruo le estaba haciendo a Harry, lo había sentido en sus propias manos. Cuando el monstruo agarró a Harry por la camisa, Conor sintió hasta la tela en las palmas de las manos. Cuando el monstruo le daba un puñetazo, Conor sentía el impacto del golpe en su propio puño. Cuando el monstruo le retorció el brazo a Harry por detrás de la espalda, Conor había sentido la resistencia que oponían los músculos de Harry.

La resistencia, pero no la victoria.

Porque, ¿cómo iba un chico a vencer a un monstruo?

Recordaba el criterio y el correr de aquí para allá. Recordaba que los otros niños habían salido disparados a buscar a los profesores. Recordaba el círculo a su alrededor abriéndose más y más mientras el monstruo le contaba la historia de todo lo que había hecho por el hombre invisible.

—Nunca más invisible —seguía diciendo el monstruo mientras daba una paliza a

Harry—. Nunca más invisible.

Llegó un momento en que Harry dejó de oponer resistencia: los golpes del monstruo eran demasiado fuertes, demasiados golpes, demasiado rápidos, y empezó a suplicarle al monstruo que parara.

—Nunca más invisible —dijo el monstruo, deteniéndose por fin; las enormes ramas de sus puños se enroscaron y crujieron como el estallido de un trueno.

Se volvió hacia Conor.

—Pero hay cosas peores que ser invisible —dijo.

Y se desvaneció, dejando a Conor solo ante Harry, que temblaba y sangraba.

Ahora en el comedor todo el mundo miraba a Conor. Todos podían verlo, todos los ojos se fijaban en él. Reinaba el silencio, demasiado silencio para tantos niños, y durante unos instantes, antes de que los profesores lo rompieran —¿dónde habían estado los profesores? ¿Los había apartado el monstruo para que no vieran nada? ¿O en realidad todo había pasado muy rápido?—, se oyó entrar el viento por una ventana abierta, un viento que dejó en el suelo unas cuantas hojas picudas.

Luego unas manos de adulto se posaron en Conor y se lo llevaron de allí.

—¿Qué puedes decir en tu defensa? —preguntó la directora.

Conor se encogió de hombros.

—Me va a hacer falta más que eso —dijo ella—. Lo dejaste gravemente herido.

—No fui yo —murmuró Conor.

—¿Qué has dicho? —dijo ella con un hilo de voz.

—No fui yo —dijo Conor más claramente—. Fue el monstruo el que lo hizo.

—El monstruo —dijo la directora.

—Yo ni siquiera toqué a Harry.

La directora miró a la señorita Kwan.

—Todo el comedor te vio pegar a Harry —dijo la señorita Kwan—. Te vieron tirarlo al suelo. Te vieron lanzarlo por encima de una mesa. Te vieron golpearle la cabeza contra el suelo. —La señorita Kwan se inclinó hacia delante—. Te oyeron gritar algo acerca de ser visto. Acerca de no ser invisible nunca más.

Conor flexionó las manos despacio. Las tenía otra vez doloridas. Igual que tras la destrucción del salón de su abuela.

—Puedo comprender lo enfadado que tienes que estar —dijo la señorita Kwan, suavizando la voz—. Me refiero a que ni siquiera hemos podido contactar con un familiar o un tutor.

—Mi padre ha vuelto a Estados Unidos —dijo Conor—. Y mi abuela pone el móvil en silencio para que no despierte a mi madre. Pero seguramente le devolverá la llamada.

La directora se echó hacia atrás en la silla.

—El reglamento del colegio exige la expulsión inmediata.

Conor sintió que se le hundía el estómago, sintió que se le encogía todo el cuerpo bajo una tonelada de peso.

Pero entonces se dio cuenta de que se le encogía porque le habían quitado el peso de encima.

Lo anegaba el entendimiento, también el alivio, un alivio tan grande que casi lloró, allí, en la oficina de la directora.

Lo iban a castigar. Por fin iba a suceder. Todo tendría sentido otra vez. La directora lo iba a expulsar.

El castigo estaba llegando. Gracias a Dios. Gracias a Dios...

—Pero ¿cómo podría hacer eso?

Conor se quedó de piedra.

—¿Cómo podría hacer eso y llamarme profesora? —dijo—. Con todo lo que estás pasando. —Frunció el ceño—. Con todo lo que sabemos de Harry. —Movió ligeramente la cabeza—. Llegará un día en que hablaremos de esto, Conor O'Malley. Y créeme que llegará. Pero hoy no es ese día. —Lo miró una última vez—. Tienes cosas más importantes en las que pensar.

Conor tardó un instante en comprender que ya estaba. Eso era todo. Eso era todo lo que iba a recibir.

—¿No me van a castigar? —dijo.

La directora le sonrió con severidad, con amabilidad casi, y entonces dijo prácticamente lo mismo que había dicho su padre.

—¿Qué sentido tendría?

La señorita Kwan lo llevó de vuelta a clase. Los dos alumnos con los que se cruzaron en el pasillo se pegaron a la pared para dejarlo pasar.

En su clase todos se quedaron en silencio cuando abrió la puerta, y nadie, ni siquiera el profesor, dijo una sola palabra mientras se dirigía hacia su pupitre. Lily, en el pupitre de al lado, lo miró como si fuera a decir algo. Pero no lo dijo.

Nadie le dirigió la palabra en todo el día.

«Hay cosas peores que ser invisible», había dicho el monstruo, y tenía razón.

Conor ya no era invisible. Ahora todos lo veían.

Pero estaba más lejos que nunca.

Una nota

Pasaron unos días. Luego unos días más. Era difícil saber cuántos exactamente. A Conor le parecían un único día grande y gris. Se levantaba por las mañanas y su abuela no hablaba con él, ni siquiera sobre la llamada de la directora. Iba al colegio y tampoco allí le hablaba nadie. Iba al hospital a ver a su madre, y estaba demasiado cansada para hablar con él. Su padre lo llamaba por teléfono, y no tenía nada que decirle.

El monstruo no se había dejado ver desde el ataque a Harry, aunque se suponía que ahora era Conor quien tenía que contarle una historia. Noche tras noche lo esperó en vano. Quizá el monstruo supiera que Conor no sabía qué historia contarle. O que Conor sí sabía pero no quería.

Al final Conor se quedaba dormido, y llegaba la pesadilla. Ahora llegaba siempre que se quedaba dormido, y peor que antes, si es que eso era posible. Se despertaba gritando tres o cuatro veces cada noche, una vez gritó tan fuerte que su abuela llamó a la puerta para ver si estaba bien.

Pero no entró.

Llegaba el fin de semana y lo pasaban en el hospital; la nueva medicación estaba tardando en hacer efecto, y entretanto, le habían diagnosticado una infección en los pulmones. El dolor había aumentado, así que se pasaba casi todo el tiempo dormida o diciendo cosas sin sentido por los calmantes. La abuela de Conor lo mandaba salir de la habitación cuando su madre se ponía así, y se acostumbró tanto a vagar por el hospital que una vez llevó al ala de rayos X a una mujer que se había perdido.

Lily y su madre también iban a verla el fin de semana pero, mientras estaban allí, Conor siempre se iba al quiosco a leer revistas.

Luego, casi sin darse cuenta, estaba otra vez en el colegio. Por increíble que pudiera parecer, el tiempo seguía pasando para el resto del mundo.

El resto del mundo que no estaba a la espera.

La señorita Marl estaba devolviéndoles la redacción de «Escribir la vida». Al menos a todos los que tenían una vida.

Conor se quedó sentado a su pupitre, con la mano apoyada en la barbilla, mirando el reloj. Todavía faltaban dos horas y media para las 12.07. No es que eso fuera importante. Estaba empezando a pensar que el monstruo se había ido para siempre.

Otro más que tampoco le hablaría.

—Eh —oyó que alguien susurraba cerca de él. Burlándose, sin duda. «Mira a Conor O’Malley, ahí sentado como un fardo. Qué friki».

—¡Eh! —oyó otra vez, esta vez con más insistencia.

Se dio cuenta de que el susurro iba dirigido a él.

Lily estaba sentada al otro lado del pasillo, donde se había sentado siempre en todos los años que llevaban juntos en el colegio. Miraba a la señorita Marl, pero tenía una nota escondida entre los dedos.

Una nota para Conor.

—¡Cógela! —le susurró sin mover los labios, haciéndole señales con la nota.

Conor levantó la vista para ver si la señorita Marl los miraba, pero estaba demasiado ocupada expresando cierta decepción porque la vida de Sully se pareciera tanto a la de un héroe de cómic inspirado en un insecto. Conor alargó la mano hacia el pasillo y cogió la nota.

Estaba doblada como unas doscientas veces; abrirla fue como deshacer un nudo. Miró irritado a Lily, pero ella seguía fingiendo que atendía a la profesora.

Conor alisó la nota encima del pupitre y la leyó. Para haberla doblado tanto, solo había escrito cuatro líneas.

Cuatro líneas, y el mundo enmudeció.

«Siento haberle contado a todo el mundo lo de tu madre», ponía en la primera línea.

«Echo de menos ser amiga tuya», ponía en la segunda.

«¿Estás bien?», ponía en la tercera.

«Yo te veo», ponía en la cuarta, con el «Yo» subrayado unas cien veces.

La leyó otra vez. Y otra.

Miró hacia atrás para ver a Lily, quien estaba recibiendo todo tipo de elogios de la señorita Marl, pero vio que se estaba poniendo roja y no solo por lo que decía la profesora.

La señorita Marl pasó a otro alumno.

Lily miró a Conor. Lo miró a los ojos.

Y tenía razón. Ella lo veía, lo veía de verdad.

Conor tuvo que tragarse saliva antes de poder hablar.

—Lily... —empezó a decir, pero la puerta de la clase se abrió y la secretaria del colegio entró, hizo señas a la señorita Marl y le susurró algo al oído.

Las dos se volvieron para mirar a Conor.

Cien años

En el hospital, la abuela de Conor se detuvo ante la puerta de la habitación de su madre.

—¿No vas a entrar? —preguntó Conor.

Ella negó con la cabeza.

—Estaré abajo en la sala de espera —dijo, y lo dejó solo.

Tenía una sensación agria en el estómago ante lo que podía encontrarse dentro. Nunca lo habían sacado del colegio a media mañana, ni siquiera cuando la ingresaron en Semana Santa.

Se le agolpaban las preguntas en la cabeza.

Preguntas a las que no prestó atención.

Empujó la puerta temiéndose lo peor.

Pero su madre estaba despierta, con la cama en la posición de sentada. Más aún, le sonreía, y por un segundo a Conor le dio un vuelco el corazón. El medicamento había funcionado. El tejo la había curado. El monstruo lo había conseguido...

Entonces vio que la sonrisa no se correspondía con los ojos de su madre. Se alegraba de verlo, pero también tenía miedo. Y estaba triste. Y más cansada de lo que nunca la había visto, que ya era decir.

Y no lo habrían sacado del colegio para decirle que su madre estaba un poco mejor.

—Hola, hijo —dijo y, cuando lo dijo, los ojos se le llenaron de lágrimas y Conor notó la preocupación en su voz.

Conor notó que se estaba poniendo muy, muy enfadado.

—Ven aquí —dijo ella, dando golpecitos en la colcha.

Sin embargo, Conor se dejó caer en una silla junto a la cama.

—¿Qué tal estás, cariño? —le preguntó ella; tenía la voz muy débil, su respiración era todavía más temblorosa que el día anterior. Parecía más llena de tubos que le daban medicamentos y aire y a saber qué más. No llevaba el pañuelo y su cabeza se veía pelada y blanca bajo la luz fluorescente de la habitación. Conor sintió una urgencia casi irresistible de tapársela con algo, de protegerla, antes de que nadie viera lo vulnerable que era.

—¿Qué pasa? —preguntó él—. ¿Por qué me ha sacado la abuela del colegio?

—Quería verte, y la morfina me está dejando tan rápido fuera de combate, que no sabía si más tarde sería posible.

Conor se cruzó firmemente de brazos.

—A veces estás despierta por las noches —dijo—. Me podrías haber visto esta

noche.

Sabía que estaba haciendo una pregunta. Sabía que ella también lo sabía.

Y por eso supo, cuando ella habló de nuevo, que le estaba dando una respuesta.

—Quería verte ahora, Conor —dijo, y su voz volvió a sonar preocupada y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Tenemos que hablar, ¿no? —dijo Conor con más brusquedad de la que habría querido—. Hablar de...

No terminó la frase.

—Mírame, hijo —dijo ella, porque él estaba mirando al suelo. Despacio, él levantó la vista. Le sonreía con su sonrisa llena de cansancio, y Conor vio lo hundida que estaba en las almohadas, como si ni siquiera tuviera fuerzas para alzar la cabeza. Se dio cuenta de que habían levantado la cama porque si no, no alcanzaría a verlo.

Ella respiró hondo para decir algo, lo que le provocó un ataque terrible de tos ronca. Tardó un rato largo en poder volver a hablar.

—He hablado con el médico esta mañana —dijo con voz muy débil—. El tratamiento nuevo no funciona, Conor.

—¿El del tejo?

—Sí.

Conor frunció el ceño.

—¿Cómo puede ser que no funcione?

Su madre tragó saliva.

—Las cosas han ido demasiado deprisa. Era una vaga esperanza. Y ahora tengo esta infección...

—Pero ¿cómo es posible que no funcione? —dijo Conor de nuevo, como si se lo estuviera preguntando a otra persona.

—Ya lo sé —dijo su madre; la sonrisa triste seguía ahí—. Ver ese tejo todos los días era como tener un amigo ahí fuera que me ayudaría si todo salía mal.

Conor seguía cruzado de brazos.

—Pero no ha ayudado.

Su madre negó ligeramente con la cabeza. Había preocupación en su mirada, y Conor comprendió que estaba preocupada por él.

—Entonces ¿ahora qué pasa? —preguntó Conor—. ¿Cuál es el siguiente tratamiento?

Ella no respondió. Lo cual era una respuesta en sí misma.

Conor lo dijo en alto de todas formas.

—No hay más tratamientos.

—Lo siento, hijo —dijo su madre, y se le escaparon unas lágrimas, aunque mantenía intacta la sonrisa—. No he sentido nunca nada tanto en la vida.

Conor no podía respirar, la pesadilla lo asfixiaba por dentro.

—Dijiste que funcionaría —dijo con la voz entrecortada.

—Ya lo sé.

—Lo dijiste. Creías que iba a funcionar.

—Lo sé.

—Mentiste —dijo Conor, mirándola a los ojos—. Has estado todo este tiempo mintiendo.

—Yo creía de verdad que iba a funcionar —dijo ella—. Es posible que eso haya sido lo que me ha mantenido aquí tanto tiempo, Conor. Creerlo para que tú lo creyeras.

Su madre quiso cogerle la mano, pero él la retiró.

—Mentiste —volvió a decir él.

—Me parece que en lo más hondo de tu corazón siempre lo has sabido —dijo su madre—. ¿A que sí?

Conor no respondió.

—Es normal que estés enfadado, cariño —dijo ella—. De verdad, es normal. —Y soltó una risita—. Yo también estoy bastante enfadada si te digo la verdad. Pero quiero que sepas esto, Conor, es importante que me escuches. ¿Me estás escuchando?

Quiso cogerle otra vez la mano. Tras un segundo, él la dejó, pero la apretó con tan poca fuerza... ¡con tan poca fuerza...!

—Enfádate todo lo que tengas que enfadarte —dijo ella—. Que nadie te lo impida. Ni tu abuela, ni tu padre, nadie. Y si tienes que romper cosas, por Dios, hazlas añicos.

No podía mirarla. De veras que no podía.

—Y si un día —dijo ella, llorando ahora sin poder contenerse—, echas la vista atrás y te sientes mal por haberte enfadado tanto, por haberte enfadado tanto conmigo que no podías ni hablarme, entonces tienes que saber, Conor, tienes que saber que no pasó nada porque te enfadaras. No pasó nada. Y que yo lo sabía. Yo lo sé, ¿vale? Sé todo lo que tienes que decirme sin necesidad de que lo digas en alto. ¿Vale?

Conor seguía sin poder mirarla. No podía levantar la cabeza de lo mucho que le pesaba. Estaba partido en dos, como si le hubieran cortado justo por la mitad.

Pero asintió con la cabeza.

La oyó dar un suspiro largo y quejumbroso, y oyó el alivio que había en él, y también la extenuación.

—Lo siento, hijo —dijo—. Voy a necesitar más calmantes.

Él le soltó la mano. Ella apretó el botón de una máquina que administraba unos calmantes tan fuertes que no podía seguir despierta cuando se los ponía. Luego le tomó la mano de nuevo.

—Ojalá me quedaran cien años —dijo con voz muy baja—. Cien años que darte.

Él no respondió. Unos segundos más tarde el medicamento la había dormido, pero no importaba.

Habían hablado. No había nada más que decir.

—¿Conor? —dijo su abuela asomando la cabeza por la puerta algo más tarde, Conor no sabía cuánto más tarde.

—Quiero irme a casa —dijo él con voz queda.

—Conor...

—A mi casa —dijo, levantando la cabeza, los ojos rojos, con pena, con vergüenza, con ira—. La del tejo.

¿Qué sentido tienes tú?

—Me vuelvo al hospital, Conor —dijo su abuela cuando lo dejó frente a la casa—. No me gusta dejarla así. ¿Qué necesitas que es tan importante?

—Tengo que hacer una cosa —dijo Conor con la mirada clavada en el hogar en el que había pasado toda su vida. Parecía vacío y extraño, aunque no hacía mucho que se habían ido.

Se dio cuenta de que, posiblemente, ya nunca más sería su hogar.

—Volveré a recogerte dentro de una hora —dijo su abuela—. Cenaremos en el hospital.

Conor no la escuchaba. Estaba ya cerrando la puerta del coche detrás de él.

—¡Una hora! —le gritó su abuela a través de la puerta cerrada—. Esta noche querrás estar allí.

Conor empezó a subir los escalones de su casa.

—¿Conor? —lo llamó su abuela. Pero él no se dio la vuelta.

Cuando su abuela enfiló el coche hacia la calle y se alejó, él apenas la oyó.

Dentro, la casa olía a polvo y aire rancio. Ni siquiera se preocupó de cerrar la puerta detrás de él. Fue derecho a la cocina y miró por la ventana. Allí estaba la iglesia en la colina. Allí estaba el tejo vigilando su cementerio.

Conor salió al jardín de atrás. De un salto se encaramó a la mesa en la que su madre solía beber Pimm's en verano, y se dio impulso para pasar por encima de la valla de atrás. No lo había hecho desde que era un niño muy pequeño, hacía tanto tiempo ya de eso que era su padre el que lo castigaba por ello. El boquete en el alambre de espino junto a la vía del tren seguía allí, y se coló por el agujero sin importarle rasgarse la camisa. Cruzó las vías casi sin mirar si venía un tren, sorteó otra valla, y ya estaba en la base de la colina que llevaba a la iglesia. Saltó la pared baja de piedra que la rodeaba y subió por la ladera, entre las lápidas, todo el tiempo con la vista fija en el árbol.

Y todo el tiempo, seguía siendo un árbol.

Conor echó a correr.

—¡Despierta! —gritó antes de llegar a él—. ¡DESPPIERTA!

Llegó al tronco y empezó a darle patadas.

—¡Te he dicho que despiertes! ¡Me da igual la hora que sea!

Le dio otra patada.

Y otra más fuerte.

Y otra más.

Y el árbol se apartó tan rápido que Conor perdió el equilibrio y se cayó al suelo.

—Si sigues con eso te vas a hacer daño —dijo el monstruo, erguido cuan alto era.

—¡No funcionó! —gritó Conor poniéndose de pie—. Dijiste que el tejo la curaría, pero no la ha curado!

—Dije que si tenía cura, el tejo la curaría —dijo el monstruo—. Al parecer no tenía cura.

La ira creció en el pecho de Conor, oprimiéndole el corazón contra las costillas. Atacó al monstruo en las piernas, golpeando la corteza con las manos, magullándoselas.

—¡Cúrala! ¡Tienes que curarla!

—Conor —dijo el monstruo.

—¿Qué sentido tienes tú si no puedes curarla? —dijo Conor, dándole puñetazos—. Solo esas estúpidas historias y los líos en los que me metes, y todo el mundo mirándome como si estuviera enfermo...

Se detuvo porque el monstruo lo levantó en el aire.

—Tú me llamaste, Conor O’Malley —dijo mirándolo muy serio—. Tú eres el que tiene las respuestas para esas preguntas.

—¡Si yo te llamé —dijo Conor con la cara roja y lágrimas que casi no sentía corriéndole por las mejillas—, fue para salvarla! ¡Para salvarla!

Un susurro recorrió las hojas del monstruo, como si se mecieran con un golpe de viento largo y lento.

—No vine para curarla a ella —dijo el monstruo—. Vine para curarte a ti.

—¿A mí? —Conor dejó de retorcerse en la mano del monstruo—. Yo no necesito que me curen. Mi madre es la que...

Pero no fue capaz de decirlo. Ni siquiera ahora era capaz de decirlo. Ni aunque hubieran hablado. Ni aunque lo hubiera sabido todo el tiempo. Porque claro que lo sabía, claro que lo había sabido, por mucho que hubiera querido creer que no era verdad, claro que lo sabía. Pero aun así no podía decirlo.

No podía decir que su madre se estaba...

Seguía gritando enfurecido y le costaba respirar. Se sentía como si lo estuvieran rajando de arriba abajo, como si el cuerpo se le descoyuntara.

Miró de nuevo al monstruo.

—Ayúdame —dijo en voz baja.

—Ha llegado el momento —dijo el monstruo— de la cuarta historia.

Conor soltó un chillido de rabia.

—¡No! ¡No me refería a eso! ¡Están pasando cosas más importantes!

—Sí —dijo el monstruo—. Es cierto.

Abrió la mano que tenía libre. La niebla los envolvió de nuevo.
Y otra vez estaban en mitad de la pesadilla.

La cuarta historia

Hasta sostenido en la gigantesca y poderosa mano del monstruo, Conor sentía que el terror se filtraba dentro de él, sentía su negrura encharcándole los pulmones, sentía que el estómago se le iba hundiendo...

—¡No! —gritó, retorciéndose un poco más, pero el monstruo lo sujetaba fuerte—.
¡No! ¡Por favor!

La colina, la iglesia, el cementerio, todo había desaparecido, hasta el sol había desaparecido, dejándolos en medio de una fría oscuridad, una oscuridad que llevaba persiguiéndolo desde que ingresaron a su madre la primera vez, desde antes de eso, cuando empezó con los tratamientos que hacían que se le cayera el pelo, desde antes de eso, cuando tuvo una gripe que no se le curaba y fue a un médico y resultó que no era gripe, desde antes de eso, cuando empezó a quejarse de lo cansada que se sentía, incluso antes de eso, incluso desde siempre, le parecía, la pesadilla estaba allí, acechándolo, rodeándolo, aislando del resto, haciéndole sentirse solo.

Era como si Conor nunca hubiera estado en otra parte.

—¡Sácame de aquí! —gritó—. ¡Por favor!

—Ha llegado el momento de la cuarta historia.

—¡Yo no sé ninguna historia! —dijo Conor, con la mente sacudida por el miedo.

—Si no la cuentas tú —dijo el monstruo—, tendré que contarla yo. —Acercó la cara a Conor—. Y créeme si te digo que no es *eso* lo que necesitas.

—Por favor. Tengo que volver con mi madre.

—Tu madre ya está aquí —dijo el monstruo girándose hacia las sombras.

El monstruo lo bajó, casi lo dejó caer, y Conor se dio de brúces.

Reconoció la tierra fría bajo las manos, reconoció el claro en el que estaba, rodeado en tres de sus lados por un bosque oscuro e impenetrable, reconoció el cuarto lado, un precipicio que caía en picado hacia las sombras, más abajo.

Y al borde del precipicio, su madre.

Estaba de espaldas, pero lo miraba por encima del hombro, sonriendo. Parecía tan débil como cuando estaba en el hospital, pero le decía adiós con una mano, en silencio.

—¡Mamá! —gritó Conor; sentía que el cuerpo le pesaba demasiado y no podía ponerse en pie, como siempre que empezaba la pesadilla—. ¡Tienes que salir de aquí!

Su madre no se movió, aunque pareció preocupada por lo que él había dicho.

Conor se arrastró hacia delante, tenso por el esfuerzo.

—¡Mamá, tienes que echar a correr!

—Estoy bien, cariño —dijo—. No hay nada de que preocuparse.

—¡Mamá, corre! ¡Por favor, corre!

—Pero, cariño, está el...

Su madre se interrumpió y se volvió hacia el borde del precipicio, como si hubiera oído algo.

—No —susurró Conor para sí mismo. Se arrastró otro poco más, pero ella estaba demasiado lejos, demasiado lejos para que él la alcanzara a tiempo, y sentía el cuerpo tan pesado...

Salió un sonido grave del fondo del precipicio. Un estruendo que retumbaba.

Como si algo grande se moviera allí abajo.

Algo más grande que el mundo.

Y estaba subiendo por la pared del precipicio.

—¿Conor? —preguntó su madre, volviéndose para mirarlo.

Pero Conor ya lo sabía. Era demasiado tarde.

Venía el monstruo de verdad.

—¡Mamá! —gritó Conor, haciendo lo que podía para ponerse de pie, luchando contra el peso invisible que tiraba de él hacia abajo—. ¡MAMÁ!

—¡Conor! —gritó su madre, retirándose del precipicio.

Pero el estruendo sonaba cada vez más alto. Y más alto. Y todavía más alto.

—¡MAMÁ!

Sabía que no llegaría a tiempo.

Porque, con un rugido, una nube de oscuridad ardiente sacó dos puños enormes por encima del borde del precipicio. Se cernieron en el aire un demorado instante, sobre su madre, mientras ella intentaba alejarse.

Pero estaba muy débil, demasiado débil...

Y los dos puños cayeron a la vez sobre ella, la agarraron y tiraron hacia el fondo del precipicio.

Y por fin Conor pudo echar a correr. Cruzó el claro gritando, corría tan rápido que estuvo a punto de caerse, y se lanzó hacia ella, hacia las manos que ella le tendía mientras los puños la arrastraban precipicio abajo.

Y sus manos tomaron las de su madre.

La pesadilla que lo despertaba gritando todas las noches estaba teniendo lugar en ese preciso instante, allí mismo.

Conor estaba al borde del precipicio, preparándose para aquel momento, aferrando con todas sus fuerzas las manos de su madre para que la negrura no se la llevara, para que la criatura no la arrastrara al fondo del precipicio.

Al fin lo veía.

El monstruo de verdad, el que de verdad le daba miedo, el que él esperaba ver la primera vez que se presentó el tejo, el de la pesadilla, hecho de nube y de ceniza y de

llamas oscuras, pero con músculos reales, con fuerza real, con ojos rojos y reales que lo fulminaban con la mirada y dientes relucientes que se comerían viva a su madre. «He visto cosas peores», le había dicho Conor al monstruo la primera noche.

Y ahí estaba lo peor.

—¡Ayúdame, Conor! —gritó su madre—. ¡No me sueltes!

—¡No te soltaré! —gritó a su vez Conor—. ¡Te lo prometo!

El monstruo de la pesadilla dio un rugido y tiró más fuerte, con los puños apretados alrededor del cuerpo de su madre.

Y ella empezó a resbalar de las manos de Conor.

—¡Por favor, Conor! —gritó ella aterrorizada—. ¡No me sueltes!

—¡No te soltaré! —gritó Conor. Se volvió hacia el tejo, que seguía allí, sin moverse—. ¡Ayúdame! ¡No puedo sujetarla!

Pero el tejo se quedó allí, mirando.

Las manos de su madre se deslizaban de las suyas.

—¡Conor! —gritó ella.

—¡Mamá! —gritó él, sujetándola más fuerte.

Pero se le escapaba, cada vez pesaba más y más, el monstruo de la pesadilla cada vez tiraba más y más fuerte.

—¡Me estoy escurriendo! —gritó su madre.

—¡NO! —gritó él.

Se cayó de bruces sobre el pecho de tanto que pesaba su madre con los puños de la pesadilla tirando de ella.

Su madre gritó otra vez.

Y otra.

Y pesaba tanto, tanto que parecía imposible.

—¡Por favor! —susurró Conor para sí mismo—. ¡Por favor!

—Y aquí —dijo el tejo detrás de él— está la cuarta historia.

—¡Cállate! —gritó Conor—. ¡Ayúdame!

—Aquí está la verdad de Conor O’Malley.

Y su madre gritaba.

Y se estaba escurriendo.

Costaba tanto sujetarla...

—Es ahora o nunca —dijo el tejo—. Tienes que decir la verdad.

—¡No! —dijo Conor con voz entrecortada.

—*Debes* hacerlo.

—¡No! —dijo Conor otra vez, mirando abajo la cara de su madre...

Y la verdad llegó de repente...

Cuando la pesadilla alcanzó su máxima perfección...

—¡No! —gritó Conor una vez más...

Y su madre cayó.

El resto de la cuarta historia

Ese era el momento en que solía despertarse. Cuando ella caía, gritando, alejándose de sus manos, al abismo, en los brazos de la pesadilla, perdida ya para siempre, era cuando él se incorporaba en la cama, cubierto de sudor, con el corazón latiéndole tan deprisa que creía que se iba a morir.

Pero no se despertó.

La pesadilla lo rodeaba todavía. El tejo seguía detrás de él.

—La historia todavía no ha acabado —dijo.

—Sácame de aquí —dijo Conor, poniéndose de pie, tembloroso—. Tengo que ir a ver a mi madre.

—Ya no está aquí, Conor —dijo el monstruo—. Tú la soltaste.

—Esto es solo una pesadilla —dijo Conor, jadeando—. Esto no es la verdad.

—Esto sí que es la verdad —dijo el monstruo—. Lo sabes. Tú la soltaste.

—Se cayó —dijo Conor—. No podía sujetarla más. Pesaba tanto...

—Que la soltaste.

—¡Se cayó! —gritó Conor presa casi de la desesperación.

La nube de mugre y ceniza que se había llevado a su madre volvía a subir por las paredes del precipicio en pequeños remolinos de humo, un humo que Conor no podía evitar inhalar. Se le metía por la boca y por la nariz, como el aire, lo llenaba por dentro, lo asfixiaba. Tenía que hacer un esfuerzo hasta para respirar.

—Tú la soltaste —dijo el monstruo.

—¡Yo no la solté! —gritó Conor con la voz quebrada—. ¡Se cayó!

—O dices la verdad o no saldrás nunca de esta pesadilla —dijo el monstruo, elevándose sobre él, imponente y amenazador, con la voz más terrorífica que Conor le había oído nunca—. Te quedarás aquí atrapado tú solo el resto de tu vida.

—¡Por favor, deja que me marche! —suplicó Conor intentando retroceder. Gritó aterrorizado al ver que los pequeños remolinos de humo se le habían enroscado en las piernas. Lo tiraron al suelo y empezaron a envolverle también los brazos—. ¡Ayúdame!

—¡Di la verdad! —dijo el monstruo, ahora con voz severa y terrorífica—. Di la verdad o quédate aquí para siempre.

—¿Qué verdad? —gritó Conor, luchando desesperadamente contra los remolinos—. ¡No sé a qué te refieres!

La cara del monstruo surgió de repente de entre la negrura y quedó a escasos centímetros de la de Conor.

—Sí que lo sabes —dijo en voz baja y amenazadora.

Y hubo un silencio repentino.

Porque, sí, Conor lo sabía.

Siempre lo había sabido.

La verdad.

La verdad real.

La verdad de la pesadilla.

—No —dijo, despacio, mientras la negrura empezaba a rodearle el cuello—. No, no puedo.

—Debes hacerlo.

—No puedo —repitió Conor.

—Sí puedes —dijo el monstruo, y hubo un cambio en su voz. Una nota de algo.

De amabilidad.

A Conor se le llenaron los ojos de lágrimas. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas y él no podía hacer nada para detenerlas, ni siquiera podía secárselas porque ahora los remolinos de humo de la pesadilla lo cubrían y cegaban, se habían apoderado de él casi por completo.

—Por favor, no me obligues —suplicó Conor—. Por favor, no me obligues a decirlo.

—Tú la soltaste —dijo el monstruo.

Conor negó con la cabeza.

—Por favor...

—Tú la soltaste —dijo otra vez el monstruo.

Conor cerró con fuerza los ojos.

Sin embargo, luego asintió con la cabeza.

—Podrías haber aguantado más —dijo el monstruo—, pero la dejaste caer. Abriste las manos y dejaste que la pesadilla se la llevara.

Conor asintió otra vez, tenía la cara arrugada por el dolor y el llanto.

—Querías que se cayera.

—No —dijo Conor entre grandes lágrimas.

—Querías que se fuera.

—¡No!

—Tienes que decir la verdad y tienes que decirla *ahora*. Conor O’Malley. Dila. Debes hacerlo.

Conor negó otra vez con la cabeza, apretando con fuerza la boca, pero sintió que el pecho le quemaba, como si alguien hubiera encendido allí una hoguera, un sol en miniatura que ardía y lo quemaba por dentro.

—Decirlo me matará —jadeó.

—Lo que te matará es no decirlo —repuso el monstruo—. Tienes que decirlo.

—¡No puedo!

—La soltaste. ¿Por qué?

La negrura le envolvía los ojos, le tapaba la nariz y le sofocaba la boca. Conor jadeaba, tratando de respirar, en vano. La oscuridad lo estaba asfixiando. Lo estaba matando...

—¿Por qué, Conor? —dijo furioso el monstruo—. ¡Dime POR QUÉ! ¡Antes de que sea demasiado tarde!

Y de pronto, el fuego que Conor tenía en el pecho lo abrasó, de pronto ardió como si pretendiera devorarlo vivo. Era la verdad, él sabía que lo era. Un gemido empezó a surgir de su garganta, un gemido que se elevó hasta convertirse en grito y luego en un alarido sin palabras, y Conor abrió la boca y el fuego salió ardiendo, ardiendo para consumirlo todo, estallando contra la negrura, contra el tejo también, prendiéndole fuego junto al resto del mundo, abrasando a Conor mientras gritaba y gritaba y gritaba, de dolor y de pena...

Y dijo las palabras. Dijo la verdad.

Contó el resto de la cuarta historia.

—¡Ya no puedo soportarlo más! —gritó desesperado mientras el fuego ardía furiosamente a su alrededor—. ¡No puedo soportar saber que se va a ir! ¡Quiero que pase ya! ¡Quiero que todo esto se acabe!

Y entonces el fuego devoró el mundo, arrasándolo todo, llevándoselo también a él.

Conor lo recibió con alivio, porque era, por fin, el castigo que se merecía.

Vida después de la muerte

Conor abrió los ojos. Yacía sobre la hierba en la colina de detrás de su casa.

Seguía vivo.

Lo cual era lo peor que podía haber pasado.

—¿Por qué no me ha matado? —gimió, llevándose las manos a la cara—. Me merezco lo peor.

—¿Tú crees? —le preguntó el monstruo elevándose por encima de él.

—He pensado en ello una eternidad —dijo Conor despacio, lastimeramente, esforzándose por hallar las palabras—. Siempre he sabido que ella no saldría adelante, casi desde el principio. Me decía que estaba mejor porque eso era lo que yo quería oír. Y yo la creí. Solo que no la creía.

—No —dijo el monstruo.

Conor tragó saliva, seguía esforzándose.

—Y empecé a pensar en las ganas que tenía de que se acabara. En las ganas que tenía de dejar de pensar en ello. En lo insopportable que se me hacía ya la espera. No podía soportar lo solo que hacía que me sintiera.

Empezó a llorar de verdad, más de lo que creía haber llorado nunca, más todavía que cuando se enteró de que su madre estaba enferma.

—Y una parte de ti deseaba que aquello se acabara —dijo el monstruo—, aunque eso significara perderla.

Conor asintió con la cabeza, casi incapaz de hablar.

—Y empezó la pesadilla. La pesadilla que terminaba siempre con...

—Yo la solté —dijo Conor con un suspiro—. Podría haber seguido sujetándola pero la solté.

—Y esa —dijo el monstruo— es la verdad.

—¡Pero yo no quería! —dijo Conor alzando la voz—. ¡Yo no quería soltarla! ¡Y ahora es de verdad! ¡Ahora se va a morir y es culpa mía!

—Y esa —dijo el monstruo— no es en absoluto la verdad.

La pena de Conor era algo físico, lo paralizaba como un cepo, le tensaba como si todo él fuera un solo músculo. Apenas podía respirar del agotamiento, y se dejó caer en la tierra de nuevo, deseando que se lo llevara de una vez por todas y para siempre.

Casi no sintió las enormes manos del monstruo recogiéndolo y formando un pequeño nido para acogerlo. Fue solo vagamente consciente de que las hojas y las ramas se retorcían en torno a él, blandiéndose y ensanchándose para que se tumbara en ellas.

—Es culpa mía —decía Conor—. Yo la solté. Es culpa mía.

—No es culpa tuya —dijo el monstruo, y su voz flotaba en el aire que lo rodeaba como una brisa.

—Sí lo es.

—Solo querías que se acabara el dolor —dijo el monstruo—. Tu *propio* dolor. Acabar con tu aislamiento. Es el anhelo más humano que hay.

—Yo no quería hacerlo —dijo Conor.

—Querías —dijo el monstruo—, pero no querías.

Conor se sorbió los mocos y lo miró a la cara, que era tan grande como una pared delante de él.

—¿Cómo pueden ser verdad las dos cosas a la vez?

—Porque los humanos son animales complicados —dijo el monstruo—. ¿Cómo puede una reina ser a la vez una bruja buena y una bruja mala? ¿Cómo puede un príncipe ser a la vez un asesino y un salvador? ¿Cómo puede un boticario tener un carácter del demonio pero ser recto en sus principios? ¿Cómo puede un párroco tener malos pensamientos y buen corazón? ¿Cómo es posible que los hombres invisibles estén más solos cuando consiguen que todo el mundo los vea?

—No lo sé —dijo Conor encogiéndose de hombros, agotado—. Tus historias nunca tuvieron sentido para mí.

—La respuesta es que no importa lo que *pienses* —dijo el monstruo—, porque la mente entrará en contradicción consigo misma cien veces al día. Querías que ella se fuera pero a la vez querías desesperadamente que yo la salvara. Tu mente se creerá las mentiras piadosas pero conoce también las verdades que duelen y que hacen que esas mentiras sean necesarias. Y tu mente te castigará por creer ambas cosas.

—Pero ¿cómo luchas contra eso? —preguntó Conor con voz ronca—. ¿Cómo luchas contra tus contradicciones internas?

—Diciendo la verdad —respondió el monstruo—, como tú acabas de hacer.

Conor pensó otra vez en las manos de su madre, en las suyas cuando la soltaba...

—No pienses más en eso, Conor O’Malley —dijo el monstruo con ternura—. Esta es la razón por la que eché a andar, para contarte esto y que puedas curarte. Tienes que escucharme.

Conor tragó saliva de nuevo.

—Te escucho.

—Tu vida no la escribes con palabras —dijo el monstruo—. La escribes con acciones. Lo que piensas no es importante. Lo único importante es lo que haces.

Hubo un largo silencio en el que Conor recobró el aliento.

—Entonces ¿qué hago? —preguntó por fin.

—Haces lo que acabas de hacer ahora —dijo el monstruo—. Dices la verdad.

—¿Y ya está?

—¿Crees que es fácil? —El monstruo arqueó dos enormes cejas—. Preferías morir antes que decirla.

Conor se miró las manos, y al poco las abrió.

—Porque estaba tan equivocado en lo que pensaba...

—No es que fuera equivocado —dijo el monstruo—, es que solo era un pensamiento, uno entre un millón. No una acción.

Conor dejó escapar un suspiro largo, largo, quejumbroso todavía.

Pero ya no se ahogaba. La pesadilla no lo inundaba por dentro, no le oprimía el pecho, no tiraba de él hacia abajo.

De hecho, ni siquiera sentía la pesadilla por ninguna parte.

—Estoy tan cansado... —dijo Conor poniendo la cabeza entre las manos—. Estoy tan cansado de todo esto...

—Pues duerme —dijo entonces el monstruo—. Hay tiempo.

—¿Lo hay? —murmuró Conor, incapaz de repente de mantener los ojos abiertos.

El monstruo cambió un poco más la forma de sus manos, haciendo más cómodo el nido de hojas en el que Conor estaba echado.

—Tengo que ir a ver a mi madre —protestó Conor.

—La verás —dijo el monstruo—. Te lo prometo.

Conor abrió los ojos.

—¿Estarás allí?

—Sí —dijo el monstruo—. Serán los últimos pasos de mi caminar.

Conor se sintió flotar, la marea del sueño tiraba de él con tanta fuerza que no podía resistirse.

Pero antes de dejarse llevar por completo, sintió que una pregunta le subía a la boca como una burbuja.

—¿Por qué vienes siempre a las doce y siete? —preguntó.

Se quedó dormido antes de que el monstruo pudiera contestarle.

Algo en común

—¡Oh, gracias a Dios!

Las palabras se colaron en su cabeza antes de que Conor despertara del todo.

—¡Conor! —oyó, y luego más fuerte—: ¡Conor!

La voz de su abuela.

Abrió los ojos, se incorporó despacio hasta sentarse. Era de noche. ¿Cuánto tiempo llevaba dormido? Miró a su alrededor. Todavía estaba en la colina de detrás de su casa, acurrucado en las raíces del tejo que se elevaba inmenso sobre él. Levantó la vista. Era solo un árbol.

Pero también habría jurado que no lo era.

—¡CONOR!

Su abuela se acercaba corriendo desde la iglesia; vio el coche aparcado en la carretera, con las luces encendidas y el motor en marcha. Se puso de pie mientras ella corría hacia él; su cara era una mezcla de enfado y de alivio y de algo que Conor reconoció y que le encogió el estómago.

—¡Oh, gracias a Dios, gracias a DIOS! —gritó cuando llegó hasta él.

Y entonces hizo algo sorprendente. Lo abrazó tan fuerte que a punto estuvieron de caerse los dos al suelo. Si no se cayeron fue porque Conor se apoyó contra el tronco del árbol. Luego su abuela lo soltó y empezó a gritar de verdad.

—¿Dónde has ESTADO? ¡Llevo HORAS buscándote! ¡Estaba PREOCUPADÍSIMA, Conor! ¿EN QUÉ DEMONIOS ESTABAS PENSANDO?

—Tenía que hacer una cosa —dijo Conor.

—No hay tiempo —dijo ella—, ¡tenemos que irnos!

Y echó a correr hacia el coche, lo cual era muy preocupante. Conor corrió detrás de ella de manera casi automática, y se metió de un salto en el asiento del acompañante. Ni siquiera le dio tiempo de cerrar la puerta antes de que su abuela arrancara con un chirrido de neumáticos.

No se atrevió a preguntar por qué tenían tanta prisa.

—Conor —dijo su abuela mientras el coche bajaba por la carretera a una velocidad alarmante. Solo cuando la miró vio que estaba llorando mares. Y temblando—. Conor, es que no te... —Tembló un poco más, luego Conor vio que agarraba el volante todavía con más fuerza.

—Abuela... —empezó a decir él.

—No —dijo ella—. No.

Siguieron camino sin decir nada durante un rato, pasando las señales de ceda el paso casi sin mirar. Conor volvió a comprobar su cinturón de seguridad.

—Abuela... —dijo Conor agarrándose al asiento mientras pasaban volando por encima de un bache.

Ella seguía acelerando.

—Lo siento —dijo él en voz baja.

Ella se rió, una risa triste y áspera. Movió la cabeza.

—No tiene importancia —dijo—. No tiene importancia.

—¿No?

—Pues claro que no —dijo ella, y empezó a llorar otra vez. Pero no era la clase de abuela que deja que el llanto le impida hablar—. ¿Qué te parece, Conor? ¿Tú y yo? No somos lo que se dice una pareja perfecta, ¿verdad que no?

—No —dijo Conor—. Me parece que no.

—A mí tampoco me lo parece. —Giró en una esquina tan rápido que Conor tuvo que agarrarse a la manilla de la puerta para seguir derecho.

—Pero vamos a tener que aprender, ¿sabes? —dijo ella.

Conor tragó saliva.

—Lo sé.

Conor oyó un sollozo.

—Lo sabes, ¿verdad? —dijo su abuela—. Claro que lo sabes.

Ella tosió para aclararse la garganta mientras miraba a ambos lados al acercarse a un cruce antes de saltarse el semáforo en rojo. Conor se preguntó qué hora sería. Casi no había tráfico.

—Pero ¿sabes qué, nieto? —dijo su abuela—. Tenemos algo en común.

—¿Sí? —preguntó Conor cuando el hospital apareció al final de la carretera.

—Oh, sí —dijo su abuela apretando más aún el acelerador, y él vio que seguía llorando.

—¿Y qué es? —preguntó Conor.

Su abuela se metió en el primer sitio libre que vio en la acera junto al hospital, subió el coche encima del bordillo y frenó con un golpe seco.

—Tu madre —dijo ella mirándolo fijamente a los ojos—. Eso es lo que tenemos en común.

Conor no dijo nada.

Pero sabía a qué se refería. Su madre era hija suya. Y su madre era la persona más importante para los dos. Eso era tener mucho en común.

Era sin duda un punto de partida.

Su abuela paró el motor y abrió la puerta.

—Tenemos que darnos prisa —dijo.

La verdad

Su abuela entró en la habitación de su madre en el hospital delante de él y con una pregunta terrible dibujada en la cara. Pero dentro había una enfermera que se la contestó en el acto.

—Tranquila —dijo—. Llegan a tiempo.

Su abuela se llevó las manos a la boca y dejó escapar un grito de alivio.

—Veo que lo ha encontrado —dijo la enfermera mirando a Conor.

—Sí —fue todo lo que dijo su abuela.

Tanto ella como Conor miraban a su madre. La habitación estaba casi toda en penumbra, solo con una luz encendida encima de la cama que ocupaba ella. Tenía los ojos cerrados, y su respiración sonaba como si tuviera un peso encima del pecho. La enfermera los dejó a solas, y su abuela se sentó en la silla al otro lado de la cama, se inclinó hacia delante y tomó una de las manos de su hija. La sostuvo entre las suyas, la besaba mientras se mecía adelante y atrás.

—¿Mamá? —oyó Conor. Era su madre la que hablaba, con la voz tan pastosa y baja que casi era imposible entenderla.

—Estoy aquí, cariño —dijo su abuela sin soltarle la mano—. Conor también está aquí.

—¿Sí? —dijo su madre con dificultad, sin abrir los ojos.

Su abuela lo miró para que dijera algo.

—Estoy aquí, mamá —dijo Conor.

Su madre no dijo nada, tan solo alargó la mano que tenía más cerca de él.

Le pedía que se la cogiera.

Que se la cogiera y no la soltara.

—Aquí está el final de la historia —dijo el monstruo detrás de él.

—¿Qué hago? —susurró Conor.

Sintió que el monstruo le ponía las manos en los hombros. No sabía por qué pero eran lo suficientemente pequeñas como para que Conor sintiera que lo estaban sujetando.

—Todo lo que tienes que hacer es decir la verdad —dijo el monstruo.

—Me da miedo —dijo Conor. Veía a su abuela allí en la penumbra, inclinada sobre su hija. Veía la mano de su madre, todavía tendida, sus ojos todavía cerrados.

—Pues claro que te da miedo —dijo el monstruo empujándolo despacio hacia delante—. Y aun así lo harás.

Mientras las manos del monstruo lo guiaban delicada pero firmemente hacia su madre, Conor vio el reloj que había en la pared, encima de la cama. No sabía muy

bien cómo, pero ya eran las 23.46.

Quedaban veintiún minutos para las 00.07.

Quería preguntarle al monstruo qué pasaría entonces, pero no se atrevió.

Porque sentía que lo sabía.

—Si dices la verdad —le susurró el monstruo al oído—, podrás enfrentarte a todo lo que venga.

Así que Conor miró a su madre, a su mano tendida. Sentía que se ahogaba otra vez y que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Sin embargo no era el ahogo de la pesadilla. Era más simple, más claro.

Pero igual de duro.

Tomó la mano de su madre.

Ella abrió los ojos, un instante, y lo vio allí. Luego volvió a cerrarlos.

Pero lo había visto.

Y él supo que era entonces. Supo que de verdad no había vuelta atrás. Que iba a pasar, independientemente de lo que él quisiera, independientemente de lo que sintiera.

Y supo también que lo iba a superar.

Sería terrible. Mucho más que terrible.

Pero sobreviviría.

Y esa era la razón por la que había ido el monstruo. Tenía que ser. Conor lo necesitaba, y de alguna manera su necesidad lo había llamado. Y había venido andando. Solo para ese instante.

—¿Te quedarás? —le susurró Conor al monstruo, casi incapaz de hablar—. ¿Te quedarás hasta que...?

—Me quedaré —dijo el monstruo, con las manos todavía en los hombros de Conor—. Ahora lo único que tienes que hacer es decir la verdad.

Y Conor lo hizo.

Respiró hondo.

Y, por fin, dijo la verdad y toda la verdad.

—No quiero que te vayas —dijo, con las lágrimas cayéndole por las mejillas, despacio primero, a borbotones después, igual que un río.

—Ya lo sé, mi amor —dijo su madre con su voz pastosa—. Ya lo sé.

Conor sentía al monstruo, sujetándolo y dejándolo delante de ella.

—No quiero que te vayas —dijo otra vez.

Y eso era todo lo que tenía que decir.

Se inclinó hacia delante sobre la cama y la rodeó con el brazo.

Sujetándola.

Supo que llegaría, y pronto, quizá incluso a las 00.07. El momento en que ella se escurriría de sus manos, por mucho que él la sujetara con todas sus fuerzas.

—Pero no en este momento —susurró el monstruo, todavía cerca—. Aún no.

Conor sujetaba a su madre con fuerza.

Y al hacerlo, pudo por fin dejar que ella se fuera.